

DIAS ANTES DE UN
**INVIERNO
OSCURO**

Colección Narrativa *José Gómez Zuloaga*

EDITORIAL REGIONAL MONAGAS

DIAS ANTES DE UN INVIERNO OSCURO

Obai Maaruf Abochah



OBAI MAARUF ABOCHAH

DÍAS ANTES DE UN
INVIERNO
OSCURO

DÍAS ANTES DE UN
INVIERNO
OSCURO

OBAI MAARUF ABOCHAH

Fundación Editorial



© Autor © Obai Maaruf Abochah
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2016
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.
comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve/mppc/

Sistema Nacional de Imprentas, (Monagas)
Complejo Cultural de Maturín, calle Bermúdez, entre calle Carlos Möhle y 8,
Maturín-Venezuela, 6201

snimprentas@fepr.gob.ve
sniestado@fepr.gob.ve
Red Nacional de Escritores Socialistas de Venezuela

Diseño de portada: Johan Arcaya
Diagramación: Johan Arcaya
Corrección: Noraly Mirabal R, Nomar Oporte, Tomas Freites
Impresión y montaje: Rafael Mendoza

ISBN 978-980-14-3586-0
LF DC2016000932
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

El Sistema Nacional de Imprentas Regionales es un proyecto editorial impulsado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, a través de la Fundación Editorial El perro y la rana, en corresponsabilidad con la Red Nacional de Escritores Socialistas de Venezuela. Este sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una imprenta que le da paso a la publicación de autoras y autores, principalmente inéditos. Cuenta con un Consejo Editorial integrado en su mayoría por promotoras y promotores de la cultura propia de cada región. Tiene como objetivo fundamental brindar una herramienta esencial en la difusión de ideas y saberes que contribuyan a la consolidación del Poder Popular: el libro, como documento y acervo del pensamiento colectivo.

Fundación Editorial



elperroylarana

DEDICATORIA

A mi familia y amigos en especial A Khatherine H.
Eglenys F. Maria F. Por su apoyo incondicional.

CAPÍTULO 1

—Tic tac ¡¡¡¡RINGGGGG!!!!

Sonó el despertador, era un jueves; me levanté y fui directamente a apagar la alarma, ya que no era un sonido agradable. Luchando con las sábanas de mi cama dirigí mi cuerpo aún dormido y aturdido por el despertador a la ventana solo para ver ese increíble sol que nunca se ocultaba. Un escalofrío recorrió mi cuello. Al abrirla una fría brisa pasó por mi cara; aunque me sentía bien, tenía ganas de comenzar un nuevo día en Seward. La mayoría de las veces no se veía un cielo despejado, así que esta vez era especial, hermoso. Dejando la ventana abierta fui al baño para cepillarme los dientes y bañarme. Cerré y comencé a quitarme la ropa, luego me miré al espejo, mis ojos se veían horribles y mi cabello negro estaba desordenado, no tenía músculos, era patético, no tenía un físico increíble, era delgado, en pocas palabras, debilucho. Después de analizarme, abrí la llave del agua.

— ¡Mierda! — grité sorprendido, había abierto el agua sin encender el calentador y estaba endemoniadamente fría — ¡Oohh, Dios! — sentía que mi piel se rompía, me escabullí rápidamente de la ducha para prender el calentador. Una vez encendido esperé que el agua estuviese caliente.

Tomé mi ducha y salí del baño limpio, con una sonrisa de oreja a oreja por el hecho de que me había pasado algo

gracioso; reírme de mí mismo era algo muy común.

Fui directamente a la nevera para ver qué conseguía de desayuno. Como vivía solo apenas había un huevo y un trozo de pan; sin perder tiempo decidí calentar el sartén y prepararme lo que tenía rompiendo el huevo y colocándolo en un recipiente para luego batirlo. Podía escuchar los barcos y botes pasar, la pesca en Seward era muy común y los botes llegaban y se iban. Había terminado de preparar los huevos, pero siempre me faltaba algo en cada desayuno. Esa sensación era constante, extrañaba el amor de mi madre y esto cada día retumbaba en mi pecho; a pesar de que vivió conmigo un tiempo ella tuvo que irse. El golpe en la puerta de al lado se escuchó cortando mi necesidad de amor materno. El pan y el huevo estaban ricos, a pesar de que era tan poco. Terminé de comer con cara de decepción, coloqué lo que usé en el lavaplatos y di un pequeño paseo alrededor del apartamento cruzando el pequeño desastre para inspeccionar que no quedara algo encendido.

Se me hacía tarde. Apresurado por salir bajé las escaleras, pero me detuve porque la señora Dren venía subiendo.

—Buenos días, Sra. Dren.

— ¡Oohh! Adam, me asustaste, ¿por qué vas tan rápido?

— dijo anonadada.

—Voy a la universidad, señora. — respondí con una sonrisa entre dientes.

—Bueno, pórtate bien, hijo mío— dijo con una sonrisa débil.

Se notaba el cansancio en su cara. Era muy mayor, tenía cabellos blancos, arrugas y unos amables ojos claros. De vez en cuando me obsequiaba ropa de su único hijo que había muerto en Afganistán. Sentía mucha tristeza por sa-

ber que vive sola en su apartamento, pero siempre estaba pendiente de ella, ya que yo era lo más cercano a una familia, sin embargo nunca usaba la ropa que me daba; era raro y me daba mucho miedo.

La pequeña conversación con la señora Dren había terminado; dejé que subiera las escaleras mientras yo salía de la puerta buscando mi bicicleta para emprender un viaje corto a la universidad.

Había nieve en la calle y estaba resbaloso, pero eso no me detendría porque ya estaba acostumbrado a este inconveniente. Pasando por un restaurant y luego por la cafetería donde trabajaba, me detuve para acomodar mi mochila y luego ir a saludar a mi amigo Sam, quien no es igual que yo: él no es debilucho. Su papá es pescador y a veces lo lleva con él a pescar y cargar algunas cosas, ya que él no podía hacerlo por su edad, así que Sam tenía un físico envidiable, pero un cerebro como el tamaño de un maní. Él cruzaba en la esquina, ya casi cercano a la universidad y apresurado por llegar a donde estaba, una piedra se atravesó por mi camino y, sin poder detenerme por la calle resbalosa, caí de la bicicleta ridícula y dolorosamente; supuse que todos los que estaban cerca me habrían visto, así que solo me quedé en el suelo fingiendo estar muerto, mientras sentía que mi cara ardía por la vergüenza.

— ¡Adam! ¡Adam! — Oí gritos difíciles de identificar debido a lo mareado que estaba por la caída.

— ¿Idiota, qué te pasó? — Me dijo Sam, riendo en voz alta.

— Ayúdame, no te quedes parado — dije en voz baja.

— ¡Ooh, amigo! Tenías que verte cayendo de esa bici— dijo ayudándome a parar.

—¡¡Idiota!! — dije frunciendo el ceño.

—Bueno, tranquilo, no pasa nada— respondió con voz vacilante.

Se dirigió a mi bicicleta, el caucho estaba doblado, no parecía un círculo sino una especie de figura dibujada por un niño de primaria. La levanté y seguí caminando con Sam a mi lado, a lo lejos podía ver la universidad; seguimos caminando. Mientras Sam me contaba lo que hizo el fin de semana con su padre yo me sacudía la ropa; en eso dos chicas hermosas pasaron y se quedaron viendo a Sam, sonriendo angelicalmente mientras yo me quitaba el hielo de la cabeza. ¡Rayos! Era la verruga al lado de él. Seguí caminando sin preocuparme por lo que me había pasado.

— ¿Sabes? No me dolió la caída— dije en voz alta. — Sam, ¿crees que encuentre en la tienda los rayos y la llanta?

Volteando al no recibir una respuesta suya me di cuenta de que no estaba a mi lado, el idiota se había detenido unos metros atrás para darles el número de teléfono a las dos chicas. Molesto por dejarme hablando solo, seguí mi camino dejando a Sam atrás. Oí algunas risas mientras continuaba andando y ponía los ojos en blanco.

—Te llamaré — dijo Sam.

—Eso espero — dijo una de las chicas.

¡Woow! Increíblemente Sam tenía el don de conseguir el número de cualquier mujer. Las chicas se voltearon y siguieron caminando. Observé que Sam guardaba el teléfono en su bolsillo y luego corrió para alcanzarme. Se colocó a mi lado y respirando hondo puso en mi mano el nombre de una de las chicas. Se llamaba Britany. Tenía un corazón

pequeño en la i. Era toda una chica original, pensé sarcásticamente; luego sonreí.

—Cita.domingo.dos.chica.tu.y.yo — dijo Sam todo emocionado.

—Bueno, gracias — dije mientras me rascaba la cabeza.

Las dos chicas eran lindas, así que no me importó quién fuera Britany para la cita del domingo, estaba agradecido con Sam por eso.

Corrimos arrastrando la bicicleta, mi caída y el coqueteo con las chicas nos había tomado algo de tiempo las clases estaban por comenzar, a las afueras de la universidad, observando la cantidad de animales que se encontraban estudiando conmigo: Una jaula de animales donde los más populares eran los machos alfa, en este caso Sam y algunos del equipo de *hockey** de la universidad. Ahí estaba yo, el suricato. Yendo al salón de clases por el pasillo con Sam a mi lado nos tuvimos que dividir, él tenía matemáticas y yo arte. ¡Pff, fácil! Al menos sí sabía pintar y diferenciar los garabatos del arte.

—Nos vemos luego —dije despidiéndome con las manos en los bolsillos. Sam hizo un gesto militar con sus manos y luego siguió por el pasillo mientras yo entraba al salón. Tenía mi asiento en la esquina, alejado de cualquier imbécil del equipo de hockey que estudiaba conmigo; saqué mi libro y me puse a leer un poco.

— ¡Eh, Adam!

—Por favor, no... — rogando que no fuese a mí a quien estaban llamando, pues sabía que era para hacerme alguna broma.

Hockey*: es un deporte que se juega entre dos equipos de seis jugadores con patines sobre una pista de hielo.

— ¿Te dolió cuando te caíste de la bicicleta? — preguntó el capitán del equipo mientras reía.

— ¡Rayos, idiota! — dije en voz tan baja que solo yo podía escuchar. ¿Qué podía esperar? Si de toda la universidad yo era el único llamado Adam.

Todos se rieron, aunque no era gracioso.

— ¡Silencio! —dijo el profesor.

Quedaron callados. Sorprendidos con la boca y los ojos abiertos, algunos pálidos y sentados en sus sillas en frente de sus mesas. Había llegado. Todos le teníamos miedo al profesor Donovan Ward de arte: era gordo, tenía cejas gruesas, no tenía mucho cabello y, a pesar del frío de Alaska, él sudaba como cerdo y siempre estaba enojado. La primera vez que lo vi quedé boquiabierto; creía que un profesor de arte era una persona amanerada y llena de felicidad, pero este no, era lo contrario. No tenía esposa, ni hijos. Ella había muerto extrañamente, nadie sabía cómo y obviamente hubo rumores de que la había matado envenenándola por no darle hijos. Bueno, quizás eran rumores falsos de un pueblo pequeño. El profesor Donovan escribió en la pizarra el proyecto de fin de semestre.

El proyecto contaba con un informe donde hablaríamos de la cultura de los pueblos indígenas y debíamos representarlo con alguna escultura en madera.

— ¡Sencillo! — dijo una chica que se encontraba delante de mí. Sabía que le parecía fácil; por cómo se veía, parecía querer ser la próxima presidenta del país. No seguí prestándole atención y tomé mi cuaderno para tomar algunos apuntes sobre lo que estaba diciendo Donovan.

Unos cuantos lamentos se escucharon en el salón. Ges-

tos de rabia y frustración invadieron estas cuatro paredes. Era evidente que nadie quería hacer ese proyecto, apesta-ba. Todos sabíamos que no podríamos terminarlo antes de que culminara el semestre; después de clases me pondría a hacer el informe para luego hacer la escultura de made-ra. Algunos no paraban de hablar, eso molestó a Donovan, porque tomó el borrador y lo golpeó contra la mesa.

—¡¡Silencio!! — gritó el profesor luego de provocar un estruendo que asustó algunos delante de la fila — este proyecto tiene una valoración de 45%, así que tendrán que hacerlo si quieren pasar esta materia — dijo.

Peros y maldiciones se escucharon en el salón. A Dono-van le era muy fácil acabar con la paciencia y aumentar la rabia de algunos. Se agachó para recoger un libro que ha-bía caído cuando golpeó la mesa, el mismo que yo había sacado para leer. Mientras abría y pasaba hoja por hoja, la ventana del salón de clases se abrió haciendo volar el periódico de su escritorio. Mientras el profesor se dirigía a la ventana para cerrarla decidí levantarme y recoger las hojas esparcidas por el salón. Algunos se reían de Dono-van y de su intento por cerrar la ventana. Podía observarlo enojado, estas cosas no le parecían graciosas. Al voltrear-me hacia él observé que golpeó la ventana con fuerza para cerrarla y todos en ese momento se quedaron callados; agaché la cabeza y seguí recogiendo el periódico; mien-tras lo hacía vi que en la portada decía “Asesino en serie”. Un escalofrío recorrió mi cuello. Mientras fijaba mis ojos para leer lo que aparecía allí escrito, el profesor me quitó las hojas impidiéndome ver más detalles de la noticia.

—A tu lugar ordenó, mientras regresaba, no podía faltar el insulto de alguno del equipo.

—lame botas pronunció uno de los chicos.

—¡Púdrete! solté de mi boca sin miedo a provocar una pelea; minutos después la clase terminó y todos se levantaron para salir.

—El proyecto se trata de culturas, así que quiero ver eso a finales del semestre, muchachos — dijo en voz alta para que todos lo pudiesen escuchar.

Salí del salón y por los pasillos de la universidad, esquivaba a quienes pasaban a mi lado; me di cuenta de que muchos me miraban y se reían viendo hacia sus teléfonos. ¡Rayos! Esto estaba mal... Sabía que alguien me había grabado cuando caí de la bicicleta. ¡Estúpidas redes sociales! ¡Solo a unas horas de haberme ocurrido eso! Hasta algunos profesores se reirían...

— ¡¡Esto es increíble!! — pensé, caminando rápidamente sin voltear a los lados. Me dirigía al baño. ¡Dios! Los pasillos se hacían más largos.

Luego de apresurarme llegué allí. No era mi lugar favorito, el olor era bastante desagradable, pero en ese momento no sabía adónde ir. Abrí la puerta del baño y todavía escuchando las risas de los idiotas, la empujé para que se cerrara más rápido. Fue mágico, las risas desaparecieron. Me paré frente al lavamanos y me miré al espejo: tenía el rostro de un tono rojo que aumentaba mientras el enojo crecía, y me sentía frustrado por todo lo que me pasaba; quise iniciar un buen día pero este ya era una mierda. Me senté en el inodoro y me quedé allí por unos minutos. La puerta se abrió y se escucharon pasos, luego una mano

con un pequeño tatuaje con una tableta reproduciendo el video de mi caída se asomó por la parte baja de la puerta divisoria. Observé que el estúpido video ya tenía más de mil reproducciones. Golpeé la puerta tan fuertemente que un estruendo se escuchó fuera del baño. La persona del otro lado soltó una carcajada y se fue dejando la puerta cerrada. No sabía quién era, pero me quede ahí; no quería averiguarlo, no era relevante en este momento.

Después de unos cuantos minutos, la puerta se abrió nuevamente.

— ¡Si vienes a reírte, vete a la mierda, quienquiera que seas! — dije rápidamente con voz ronca.

—Tranquilo, soy yo, Sam. Ya puedes salir. No le hagas caso a los estúpidos, se les olvidará mañana. Esta no es la primera vez que pasa algo así en la universidad, tú sabes eso — dijo Sam.

Era verdad, varios chicos habían sufrido peores cosas que yo y a la gente ya se le había olvidado, así que decidí salir y Sam me dio la mano para ayudar a levantarme de donde estaba.

—Tranquilo — dijo seriamente.

No iba a vengarme, ya que no soy de esos que se despiertan en la mañana con la intención de hacer daño.

—Estaba haciendo mis necesidades fisiológicas y no me dejaste lavar mis manos, amigo — dije con voz irónica.

—¡¡SUCIO!! Eres un cerdo — dijo Sam yendo rápidamente al lavamanos a enjuagarse.

—Tranquilo, es broma, sólo estaba sentado— dije, riendo entre dientes.

— ¡Fiiiiuuu! — Un silbido salió de su boca— ¡Ohh! Amigo, eso estuvo bueno — dijo Sam soltando una carcajada.

Salimos del baño dirigiéndonos a la próxima clase. Nadie se estaba riendo, ni siquiera me veían: Sam tenía razón. Ya se habían olvidado de lo anterior, dejando a un lado las cosas que me sucedieron. Creo que eso es por el constante uso de sus teléfonos. Sam sonrió y me guiñó el ojo y después puso cara de “¿Viste?, tengo razón”.

Entramos a la clase de estadística, odiaba esta materia. Un suspiro de resignación salió de mi boca. Me dirigí a mi puesto al lado de la ventana mientras Sam se colocaba junto a la puerta. Luego de entrar no presté mucha atención, ni siquiera me di cuenta que la profesora Elizabet Miller entró; me quedé toda la hora de clases viendo por la ventana sin prestar atención. Los automóviles iban y venían, pasaban camiones con árboles que salían del pueblo y algunas grúas con máquinas para sacar oro. Era normal ver eso, en Alaska había muchas personas dedicadas a buscar oro. Personas de todo el mundo caminaban de un lado a otro en Seward. La pesca no solo es la fuente de ingreso sino también los turistas alrededor de este pequeño pueblo. Donde vivo hay una increíble vista de las montañas más hermosas de Alaska trayendo a viajeros de todo el mundo. Lo que no era común en este pueblo eran los camiones de mudanza, aquí muy pocas veces veíamos eso; como pueblo pequeño no tenía muchos lugares donde vivir.

Me di cuenta que alguien detrás se levantó; al prestarle más atención vi que la profesora estaba pasando a algunos chicos al pizarrón para una explicación y noté que la pizarra estaba llena de números, ¡rayos! Espero no ser uno de los que escoja para realizar la respuesta de aquella

unidad enorme. El chico que se había levantado se notaba nervioso, tenía las manos en los bolsillos y podía ver una pequeña marca de tatuaje en su muñeca igual a la que había visto en el baño cuando asomaron la estúpida tableta para reírse de mí. —Claro es el mismo chico— pensé; estaba tan feliz de que estuviese sufriendo por no saber la respuesta. Tomé un fuerte respiro y me reí un poco de él como señal de venganza pequeña y nada ofensiva.

—Muy bien, joven, preste más atención la próxima — dijo la profesora frunciendo el ceño.

—Dulce dulce karma—dije

Mientras el chico caminaba entre las mesas yo seguí riéndome de él, y reí hasta que la clase terminó. Todos nos dirigimos por el pasillo al comedor; Sam había salido antes como es su costumbre, siempre lo hacía, ya que no le gustaba estar mucho tiempo sentado. La mitad de los chicos y chicas de la universidad se encontraban comiendo y una pequeña fila para recibir la comida estaba pasando rápido, fui a ella al llegar mi turno. Agarré mi bandeja para llenarla cuando alguien me tocó la espalda y volteando me di cuenta de que era una chica.

—Disculpa — dijo tímidamente.

—No te preocupes — dije respondiendo, dándole permiso para que recogiera una cucharilla.

Me había puesto tan rígido que se me cayó el cuaderno. Me agaché para poderlo recoger e ir a hablar con la chica para preguntarle si quería salir conmigo. Aunque se escuchase desesperado, yo lo estaba; tenía tiempo solo y la universidad cerraría por el invierno, así que necesitaría a alguien con quien pasar estos meses de oscuridad. Me di

cuenta que ya no estaba, había desaparecido. Confundido y desorientado me quedé parado por unos segundos hasta que alguien me empujó.

— ¡Muévete, raro! — dijo una voz que no logré identificar detrás de mí.

Reaccionando, recogí el plato que me había colocado la cocinera en el mostrador.

—Siguiente — dijo la mujer que daba los jugos.

Extendiendo la mano para agarrar el jugo le sonreí amablemente, con la intención de tener otro jugo gratis.

—Ni lo sueñes — dijo ella con cara de desprecio.

Con una risa nerviosa me di la vuelta y caminé a la mesa donde hallaba Sam, pero estaba llena, así que fui buscando otra que estuviese vacía. Mientras caminaba pude ver cómo algunos colocaban sus bolsos en las sillas desocupadas para yo no me sentara junto a ellos — ¡Idiotas!— escupí. Había pasado por casi todas las mesas, pero en ninguna había lugar desocupado para mí. Luego escuché que alguien decía mi nombre, así que volteé y vi a los nerds de la universidad: son un grupo de cuatro chicos y la mesa daba espacio para cinco, pero nadie se sentaba con ellos por lo raros que son. Me quedé parado unos segundos pensando si solo tomar el jugo y comer el pan para luego salir del comedor, pero vamos, yo era igual que ellos. No era nerd, claro, pero sí un raro, así que era un privilegio sentarme con ellos y fui directamente adonde estaban, sentándome en la silla vacía.

—Gracias, chicos — dije sonriendo.

—No te preocupes, te vimos buscar puesto para comer pero notamos que no conseguías, por eso te llamamos — dijo uno de los chicos.

Algunos eran callados, estaban con su teléfono y ni siquiera tocaban su comida. ¡Qué raros! Alguien de la mesa se aclaró la garganta.

—Hola, me llamo Jeff y estudio contigo estadística, supongo que no me has notado porque siempre estás viendo por la ventana, rio y agregó:-Nunca prestas atención. Ellos son Andy, Marcus y Dilan — dijo, mientras señalaba con su mano.

—Mucho gusto — respondí, mientras me daba cuenta que Marcus y Dilan parecían hermanos porque tenían el cabello largo y rojo y sus camisas estaban dentro de sus pantalones. Me fruncieron el ceño. Jeff y Andy eran más normales, ya que se vestían igual que los demás; supongo que lo hacían para encajar con todos los de la universidad. Volteé adonde estaban Marcus y Dilan. Todavía estaban disgustados y la verdad no entendía por qué, ¡no les había hecho nada! Ni siquiera les hablaba. Pero, bueno, me imaginaba que se creían superiores por ser unos sabelotodo. Luego de eso, hubo un silencio que duró pocos minutos hasta que Andy habló para romper el hielo.

— Bueno, Adam ¿en qué semestre estás? — preguntó con aire pensativo.

Ahogándome con mi jugo y tosiendo me quedé con los ojos abiertos.

—Estoy en el último semestre — respondí.

En la mesa y alrededor sentí miradas que decían “¡Pero que idiota! ¿Cómo se puede ahogar con su propio jugo?”. Agaché la cabeza y esperé a que Andy dijera algo.

—Eso está bien amigo, ¡qué bueno!, estás como nosotros. Ya nos falta poco para salir de este pueblo — dijo Andy.

Todos afirmaron con un “sí”, hasta los pelirrojos. Terminé de comer y me despedí de los muchachos. No tenía más nada que hacer ni decir y las conversaciones las sentía algo incómodas teniendo en cuenta que no los conocía muy bien. Andy y Jeff me agradaban, pero a Marcus y a Dilan no les gustaba mi presencia, así que me sentí algo rechazado. En el fondo sabía que eran buenos chicos, así que no quise molestarlos y me fui directamente al estacionamiento donde había dejado la bicicleta; necesitaba salir de aquí y olvidar el mal rato que pasé temprano. Como todo andaba mal recordé que mi bicicleta estaba hecha polvo, pero a dos cuadras había una tienda deportiva. Mientras caminaba y las ruedas de la bicicleta iban en zigzag, las dos cuadras se hacían más largas, pero no interminables. Pasé por algunos lugares donde veía que algunos chicos de la universidad estaban sentados en el parque cercano al muelle. No entendía por qué cada vez que veía este viejo muelle sentía escalofríos, como si alguien me observara. Dejando la sensación incómoda y ya enfrente de la tienda, decidí dejar la bicicleta afuera y comprar unas ruedas nuevas. No había casi nadie en la tienda, salvo el vendedor y el propio dueño de la tienda que estaba junto a la caja registradora. Inspiré con fuerza y eché un vistazo en el interior de la tienda para ver qué podía comprar aparte de las ruedas. No quería seguir perdiendo el tiempo, di algunos pasos hacia la caja y me enfoqué en lo que estaba haciendo. El dueño se notaba algo preocupado, ya que sus ojos se movían de lado a lado buscando algo.

Decidí preguntar por las ruedas más convenientes para la bicicleta que usaba; él ni siquiera volteó a mirarme, solo señaló con sus dedos al trabajador que se encontraba al final

del pasillo acomodando algo; me di vuelta y caminé hacia donde estaba el chico.

— ¡Eh, amigo! ¿Tienes ruedas para bicicletas grandes?
— dije mientras sacaba algo de dinero de mis bolsillos.

Él solo seguía recogiendo cosas. Este tipo de situaciones nunca me habían pasado, comenzaba a sentir que algo raro estaba ocurriendo. Mientras guardaba silencio esperando a que el chico me dijera si tenían las ruedas, noté que había una cuarta persona en este lugar, pues un ruido salió del otro pasillo; la curiosidad me invadió y terminé por ir a ver quién produjo el ruido. Al caminar unos pasos alguien salió disparado delante de mí, podía ver que era un ladrón. No sabía qué hacer hasta que vi que a mi alrededor había algunos bates de béisbol; tomé uno de inmediato mientras el sujeto seguía corriendo y lo lancé justo en sus piernas provocando que se cayera. El dueño de la tienda saltó de la mesa y se colocó sobre el ladrón dejándolo sin escapatoria. Podía sentir la adrenalina en mi cuerpo; esta era la primera vez que reaccionaba de esta forma, nunca sería capaz de hacerlo de nuevo.

El empleado de la tienda se levantó del suelo y corrió hacia el otro lado del pasillo, — ¡Llamaré a la policía! — gritó. Luego de unos minutos el oficial Brayan había llegado y se había llevado al sujeto. El dueño, que se notaba feliz, se acercó a mí.

—Dime, joven, ¿cómo te lo puedo agradecer? — preguntó el dueño.

Sabía que le podía pedir las ruedas de mi bicicleta, pero no quería decirlo. Mientras estaba sin responder él llamo al empleado y le pidió que trajera algunas ruedas de bicicleta y luego vino hacia mí con un par de ellas; yo estaba conten-

to por la posibilidad de obtener ruedas gratis.

—Muchas gracias—dije mientras extendía mi mano.

Tomé las dos ruedas y salí de la tienda para colocárselas a la bicicleta, en eso una corriente de aire frío pasó haciéndome caer al pavimento; — ¡rayos!— dije, esperando que nadie me hubiese visto. Me levanté, quité las ruedas dañadas y las cambié por las nuevas.

Más tarde y después de haber obtenido ruedas de bicicleta gratis por lo que hice, llegué al edificio agotado, pero con mi bicicleta como nueva. Aparcándola y subiendo la cabeza para observar el cielo que se veía nublado, me di cuenta que había dejado la ventana abierta. Esto no podía estar pasando. Enganché la bicicleta rápidamente y subiendo las escaleras del edificio donde vivía para ver si el calentador no se había dañado y no morir congelado cuando durmiera, abrí la puerta y vi que gracias a Dios todo estaba bien; cerré la ventana y juré nunca abrirla otra vez.

Estaba exhausto por subir las escaleras tan rápido; me había quedado sin aire. Me acosté en el sofá para relajarme un rato, tomé la portátil que se encontraba a mi lado y mi bolso del suelo para estudiar un poco sobre el proyecto final de Donovan. No me gustaba perder el tiempo, a pesar de que algunas veces no hacía nada. Accediendo a una página de culturas en internet observé muchas estatuas de mujeres en madera y algunas de ellas se referían a la fuerza de la mujer y su valor; las culturas indígenas de Alaska eran muy reservadas así que no se encontraba fácilmente algo relacionado con ellas. Accedí luego a un blog de algún indígena moderno que escribía acerca de él y su vida en las culturas. Mientras leía, algo destacó entre

los párrafos: él se hacía llamar “vengador” aunque su relato y sus documentos no mostraban ninguna especie de experiencia vengativa que hubiese tenido. Decidí copiar todo y manifestar lo que había aprendido de él.

— ¡Terminé!— me dije a mí mismo. Apagué la portátil y la coloqué a un lado esperando usarla otra vez.

Tomé un descanso y me levanté del sofá, encendiendo la radio para escuchar música y olvidar el mal rato que había vivido, estaba sonando una canción que me gustaba mucho. Me quité las botas, el sweater y me quedé con una camiseta de ciencia ficción *StarWars** que compré en un *comic con**, en un viaje a San Diego.

Coloqué el sweater encima de las botas en el piso y me di cuenta que mi apartamento era un desastre; no me acordaba cuándo fue la última vez que lo limpié.

¡Mi madre me mataría si viera esto! Así que decidí limpiar con la música a todo volumen. Realmente parecía un apartamento de adolescente con problemas de personalidad. Comencé a recoger las cosas; algunos libros estaban en el suelo, los coloqué en la mini biblioteca que tenía junto a la puerta de la cocina, dos cuadros estaban boca abajo y suponía se cayeron por haber dejado la ventana abierta en la mañana; los tomé uno por uno.

StarWars*: También conocida en español como *La Guerra de las Galaxias*, es una franquicia de medios estadounidense bajo el concepto de la opereta espacial épica.

Comic-Con*: Es una convención anual de cómics que se celebra durante cuatro días de verano en el Centro de convenciones de San Diego en San Diego.

El retrato de mi madre en una foto estaba algo sucia; decidí quitarle el polvo y volví a colocarlo junto al retrato de la señora Dren conmigo, en la fiesta de un vecino. Tomé algunas camisas del suelo y las encesté en la canasta de ropa, me sentía igual que un jugador de baloncesto, lástima que ellos medían dos metros cada uno. Después de haber quitado los libros y la ropa sucia pasé a limpiar todo, desde el piso que era marrón pero pasó a negro y las sábanas blancas de la cama que eran marrones, hasta la cama y demás muebles. Luego de unas horas y con mucha hambre el apartamento estaba de revista, estaba limpio. Merecía unas palmaditas en los hombros por mi largo trabajo. Tomé aire y me fui a la cama sin bañarme y sin hacer nada más. Me quedé dormido con la radio a todo volumen; no podía luchar con mi cuerpo para regresar y apagarla.

Luego de haber dormido un largo tiempo desperté sobresaltado por unos fuertes golpes que se escuchaban, alguien tocaba a mi puerta. Me levanté de prisa y por lo rápido que lo hice me mareé, pero eso no me detuvo. Fui a la puerta y la abrí sin preguntar quién era. Para mi sorpresa era la señora Dren con los ojos muy abiertos. Mientras me rascaba la cabeza, ella me gritó.

— ¿Qué estás haciendo, Adam? ¡Tengo horas tocando la puerta, me había asustado por ti, creí que algo te pasaba!

Me di cuenta de que estaba asustada y a la vez aliviada de haberme visto, qué señora más amable.

—Casi llamo a la policía, Adam, ¿qué estabas haciendo?

—Disculpe, me quedé dormido después de limpiar el apartamento porque estaba muy cansado y aparte de ello, la radio estaba a todo volumen, así que por eso no la escuché — dije avergonzándome por haber preocupado a la pobre anciana.

—Bueno, está bien, deberías apagar la radio... Sé que soy sorda, pero ese ruido me está matando — dijo, mientras colocaba sus manos en sus oídos.

—Disculpe — dije riendo entre dientes.

Fui rápidamente a apagar la música, pero un segundo después de haber llegado a la radio la canción había terminado; antes de apagarla el sujeto de la radio estaba dando un comunicado acerca de un homicidio en Anchorage, una ciudad a pocos kilómetros de distancia. Solo bajé un poco el volumen, pero me quedé escuchando.

—Un chico de 26 años fue asesinado en su casa esta tarde, las autoridades no saben quién lo hizo y no tienen pistas. La comunidad entera está preocupada, los oficiales piden ayuda para capturar al asesino— dijo el sujeto que parecía hablar con voz nerviosa.

No era normal este tipo de cosas, Anchorage es una ciudad grande cercana al pueblo, pero segura. Que pasen estas cosas hizo que mis vellos se pusieran de punta.

Al rato de haber analizado la noticia, apagué la radio y regresé a la puerta, ahí estaba la señora Dren viendo las montañas por mi ventana.

—¡Ooh, Adam, estaba escuchando la radio! ¡Qué triste la muerte del joven! Me recuerda a mi hijo, tenía esa misma edad cuando falleció.

Me distraje con mis pensamientos mientras ella sin despedirse se marchó hacia su apartamento. Vivía sola y en el edificio solo había cinco apartamentos, tres de ellos estaban ocupados y dos se hallaban vacíos.

Era desconsolador escuchar a la señora Dren hablar de su hijo, recordé que una vez me dijo que nunca se despidió de su hijo porque no quería que se fuera a Afganistán. Cerré la puerta después de que ella entrara a su respectivo apar-

tamento y me quedé mirando la ventana, podía ver el sol tocando las montañas. Sorprendido me di la vuelta para ver la hora y eran las diez de la noche. Me había quedado dormido seis horas, tenía algo de hambre, pero recordé que no había nada en la nevera; pronto compraría algunas cosas en la tienda. Todavía seguía cansado por haberme levantado muy rápido. Regresé a la cama para volver a dormir y así recibir el siguiente día con mucha fuerza.

CAPÍTULO 2

Esto es una pesadilla. No quería ir a trabajar, me encontraba cansado y sin fuerzas para hacerlo. Aunque había dormido bien, levantarme de la cama era lo peor, pero no podía faltar. No tenía el mejor empleo del mundo pero me divertía muchísimo. Muchas personas entraban y salían, hasta la señora Dren compraba allí café a menudo, así que recordando lo bueno que era mi trabajo decidí levantarme de la cama aún con pereza. En Alaska no oscurecía, por ello a veces despertaba confundido a las cinco de la mañana. Tomé un baño sin equivocarme otra vez con el calentador, cogí algo de ropa del escaparate, una camisa de rayas verdes y un pantalón marrón; los zapatos que me había puesto ayer estaban sucios de lodo por haberme caído; tomé otros y salí de mi apartamento. Monté mi bicicleta y mientras iba camino al trabajo veía las montañas y árboles que rodeaban el pueblo. Todo se veía increíble en las mañanas: algunas nubes chocaban con las puntas de las montañas creando un efecto de olas increíbles; podía estar horas mirando, pero tenía que seguir. Pasé entre algunas personas que conocía, todos cuando me reconocieron fueron muy amables porque como era un lugar pequeño, casi todos nos conocíamos.

No faltaba mucho para llegar a la cafetería cuando de repente recordé que había escuchado en la radio sobre

el homicidio y me interesaba saber qué había pasado, si ya tenían algunas pistas o si habían capturado al asesino. Perdido en mis pensamientos, sin darme cuenta había llegado al trabajo y mi jefe estaba en la puerta esperándome para ayudarlo a abrir. Bill era increíble, pero a veces regañón. La mayoría del tiempo estaba fuera comprando cosas para la tienda y yo me quedaba a cargo y era mi propio jefe. Él confiaba en mí, decía que yo era el mejor que había trabajado aquí y que no contrataba a nadie más por eso.

Sabía que no era cierto; algunas veces me había dado cuenta de que mi jefe es un tacaño, así que taché eso del trabajador favorito.

—Al fin llegas, Adam, ¿por qué tardaste tanto? — dijo Bill con los ojos abiertos que luego entrecerró.

No respondí, era obvio que sabía me había quedado dormido; no tenía otra excusa para darle, se me habían agotado todas.

—Bueno, no importa, ayúdame a abrir y prender las luces, bajaré algunas cosas de la camioneta.

Mientras cruzaba la puerta para hacer lo que dijo, me indicó:

—Adam, hoy voy a Anchorage por algunas cosas en la tarde, así que necesito que cierres después porque voy a llegar tarde al pueblo.

— ¡Está bien! — le grité. Vi que dejó algunas cajas afuera; regresé a la entrada para recogerlas y guardarlas. Eché un vistazo a la calle y noté que Bill se alejaba con su camioneta, entré otra vez y comencé a preparar todo. La puerta de la cafetería se abrió y curioso por saber quién era me di la vuelta.

—Buenos días, señor. ¿En qué lo puedo ayudar? — detallé al sujeto. Nunca lo había visto, se veía enfadado. Mantuve mi tono agradable mientras él veía por encima de sus lentes toda la cafetería. Mientras me aclaraba la garganta no se preocupó ni de saludar. No sabía qué buscaba. Vestía con mucha elegancia. Parecía un agente especial, sus pantalones eran negros y tenía una corbata color azul, ¿qué rayos querría este sujeto?

No paré de mirarlo hasta que dio unos pasos delante de mí. Tomé los sobres de azúcar y los coloqué a un lado solo para parecer relajado. Enfrente de mí se veía alto y por su cabello negro con algunas canas aparentaba unos 55 años. Sus lentes oscuros no me dejaban ver si en realidad estaba molesto, pero por sus cejas fruncidas y mandíbula apretada sabía que este tipo buscaba algo y estaba enojado.

—Soy el detective Rayan, estaré algunos días por las calles. Joven, me preguntaba si sabías de algún hotel cerca — preguntó. En sus dientes se posó una sonrisa, pero no era de esas agradables. Este sujeto se veía malo.

¡Qué extraño que un oficial viniera aquí para pedir direcciones en un pueblo tan pequeño! Le seguí la corriente.

—Unas cuantas calles abajo se encuentra un hotel, señor — saqué mis manos de los bolsillos y señalé la dirección.

—Gracias — dijo. Solo dio una media vuelta para ver hacia dónde señalaba.

Observé que tenía un arma y su placa estaba a un lado. Gracias a Dios confirmé que era un detective. Me encontraba un poco más tranquilo. Me di la vuelta y tomé mi delantal; me coloqué de espaldas al detective que estaba detrás del mostrador y comencé a preparar un café.

—Bueno, detective Rayan, ¿qué buscaba en Seward?

Luego de unos segundos y mientras la cafetera llenaba el vaso de café, volteé para asegurarme de que él estaba todavía adentro. Esta vez se encontraba parado junto a la ventana y aunque sus lentes no dejaban ver hacia qué dirección lo hacía, podía notar que estaba mirando un auto en una esquina de la calle.

—Bueno, Adam, supongo que sabes de algunas cosas que han sucedido en la ciudad; justo por eso estamos recorriendo los pueblos más cercanos en búsqueda de algo que nos ayude a encontrar al culpable.

— ¿Cómo sabe mi nombre, detective? —comencé a entrar en pánico, me intrigaba saber cómo demonios él me conocía. Nunca lo había visto; espero y no piensen que soy el asesino.

—Está en tu delantal — señaló con uno de sus dedos.

Por poco y actuaría como si hubiese cometido algo malo. Agaché mi cabeza para ver mi estúpido nombre que había olvidado estaba escrito en mi delantal, respiré con fuerza y coloqué el café encima del mostrador.

—Aquí tiene, detective, un café de bienvenida. Suerte con su investigación, estoy para servirle.

Antes de que respondiera, los clientes entraron y uno por uno tomé sus órdenes. Odiaba estar solo, pero era el único trabajo que me permitía tener horas disponibles para estudiar. En mi distracción no me había percatado de que el detective ya no se encontraba en la cafetería y el café que le había preparado todavía estaba sobre el mostrador.

Una fila larga de clientes se estaba formando y tomé las solicitudes de todos. Nunca tenía suerte con esto, ya que la mayoría de las personas tenían gustos diferentes y pedían órdenes muy desiguales.

Mientras los clientes veían la pizarra llena de cafés para todos los gustos yo me estaba volviendo un poco loco porque algunos pedidos eran algo confusos. *Amarreto** y el más conocido de Alaska, *quitafrío**, son los más populares entre los pescadores de edad avanzada que entraban.

Luego de atender a toda la población de Seward me dirigí a la puerta para colocar el letrero que decía “Cerrado” en la puerta, en eso me di cuenta de que aún estaba ese auto azul estacionado en la esquina.

Tomé los vasos plásticos que se encontraban en las mesas y los tiré a la basura. Luego de limpiar me quedé con algunas tortillas que habían sobrado; Bill siempre me dejaba tomar lo que quedaba sabiendo que al siguiente día se dañaban. Coloqué las tortillas en una bolsa de la tienda, tomé las llaves y apagué las luces de la cafetería. Mientras salía, sentí que algunos ojos me observaban. Una sensación escalofriante se posaba en mi cuello. Nadie estaba detrás; el auto todavía estaba en la esquina, pero no había nadie allí, ni un alma.

Las calles en Seward en estos tiempos son solitarias y espeluznantes. Monté mi bicicleta y mientras conducía recordé que al día siguiente tenía que ayudar a Bill a pintar la cafetería. Se acercaba el invierno y él quería tener todo listo antes de que nos ocultásemos en las oscuras noches.

Amarreto*: *Café hecho con licor amarreto y crema de leche.*

Quitafrío*: *Café hecho con leche, whisky, miel y especias.*

Había llegado a mi casa a salvo y me dirigí a la cocina para cenar las tortillas que me traje del trabajo; tomé un plato que se encontraba cerca de la mesa y coloqué las tortillas encima. Al comenzar a comer, el silencio entre lo que masticaba y mis pies golpeando la mesa, me hacía sentir solo y era algo incómodo. Me levanté y decidí terminar aquello en el sofá; subí mis pies a la mesa enfrente del sofá y encendí la televisión, donde pasaban una película de acción. Podía ver que cada mordisco que daba era un disparo en la película; me pregunté si todas las películas de acción tendrán algún almacén de armas, porque algunas veces exageraban. Terminé de comer, me quité las botas y las llevé a la habitación para mantener el apartamento un poco ordenado. Podía sentir cómo la cama me llamaba, pero antes tenía que apagar la televisión. ¡Cómo desearía ser el Señor Fantástico! Luego de apagar la televisión tomé lo que más quería en ese momento: mi almohada.

A la mañana siguiente tenía que ir temprano para ayudar a Bill, así que me puse la ropa más vieja que tenía y fui directamente para empezar a pintar.

* * *

— ¡Eh, Adam! ¡Qué bueno que llegas! Tengo que decirte que tengas mucho cuidado, en el viaje a Anchorage para comprar las cosas, me percaté de que en el periódico nacional decía que había muerto una mujer de 37 años, las autoridades no saben quién la asesinó y lo peor es que dicen en las calles que hay un asesino serial. Ten cuidado, Adam — dijo Bill preocupado.

La piel se me erizó al escucharlo. La ciudad estaba a unas cuantas horas de aquí y el asunto era de preocuparse. Cerré los ojos y respiré hondo, me relajé y sabía que tenía que tener cuidado.

—Vamos, Adam, no te quedes parado ahí. Tenemos que empezar a pintar.

—Bien! — Escupí.

Luego entré a la cafetería. Bill no iba a abrir la tienda para los clientes, así que estaba feliz de no trabajar. Me gustaba pintar, esto era perfecto.

Tomé los cuadros y el reloj de la pared. Mientras los colocaba en una mesa disponible observé a Bill discutir en la parte de atrás; estaba susurrando, pero se veía algo enojado, no parecía estar en una buena situación. Esparcí la pintura de color vino tinto en la bandeja y con la brocha tal como *Miyagi* le había enseñado a su aprendiz, pinté pared por pared mientras Bill seguía en la parte de atrás; no sabía si seguía hablando por teléfono, pero debería más bien estar ayudando un poco aquí adelante. No seguí molestándome, sentía que no ganaba nada haciéndolo. Una vez terminado todo, subí los cuadros y el reloj a las paredes; todo había quedado perfecto.

Ya era tarde, así que me fui a mi casa cansado y lleno de pintura hasta los pies. Entré a mi apartamento y revisé si me habían dejado mensajes de voz. Claro, era predecible, uno de Sam.

Miyagi: Conocido como el señor Miyagi, es el personaje protagónico de la película *Karate Kid* filmada en 1984.

—Hermano de otra madre, te recuerdo que mañana tenemos la cita con las chicas; estoy emocionado, no me falles, necesito que estés conmigo, adiós.

Luego de terminar el de Sam, escuché el de mi madre extrañándome y rogándome que fuera a visitarla. Tenía tiempo sin escuchar su voz, me ponía triste saber que mi madre estaba sola, ya que había terminado su relación con mi papá mucho tiempo antes de que yo naciera.

No sabía cómo era él, si alto como yo o gordo como el profesor Donovan.

— ¡Rayos! ¡Donovan! Necesito hacer el proyecto final — dije, recordando la clase.

— ¡Adam, te amo! — Una voz salió de la contestadora, era mamá despidiéndose.

Juraría que mi corazón se detuvo, extrañaba a mi madre, pero viajar a Canadá se me hacía muy difícil, así que apenas terminara de estudiar regresaría con ella para recuperar el tiempo perdido.

Extrañaba mi baño pero estaba cansado, tanto así que era un infierno quitarme la ropa manchada de pintura. Entrando a la ducha, encendí el calentador y esperé a que el agua se pusiera en la temperatura que me gustaba.

—Esto es tan relajante — me dije, mientras caía el agua de la ducha.

Una imagen pasó por mi mente: fluía pintura vino tinto por el orificio de la ducha y se deslizaba por mi cuerpo, pero sacudí mi cabeza y dejé atrás esa pequeña alucinación

Cuando terminé estaba listo para ver la televisión y dormir un rato; mañana domingo me esperaba una cita con Britany.

Encendí el televisor, pasaba canal por canal, uno por uno en busca de algo bueno. No tardé mucho, había un programa de los peores asesinos del mundo y de inmediato pasó por mi mente lo que me había dicho Bill en la mañana acerca de la mujer que habían asesinado. Decidí cambiar de programa, no me producía esto una sensación del todo agradable. Habían allí cosas que no muy a menudo se oían en las calles y radios del pueblo.

Tenía una lista de preguntas sin responder, era frustrante no saberlas...

¿Quién era el asesino?

¿Por qué mataba?

¿Por qué Anchorage?

Muchas interrogantes se pasearon en mi cabeza pero luego decidí poner una película que tenía guardada. ¡Perfecto! Solo me faltaban las palomitas y este sería el mejor sábado por la noche. En Seward no había cosas interesantes, así que si querías acción, tenías que salir del pueblo e ir a la ciudad más cercana, pero en estos días era imposible... Un asesino anda suelto y esto no era para dejarlo pasar, tenía que escuchar a la señora Dren y cuidarme.

* * *

Llegó el esperado domingo. Me había quedado dormido. Tenía palomitas de maíz en todos lados. Era un desastre. Me levanté del sofá, apagué la televisión y el reproductor de video que una y otra vez repetía el principio de la película; voltéé a ver el reloj y ya era la una de la tarde. No lo podía creer, había dormido mucho. Sabía que era por el cansancio de haber pintado toda la cafetería. Mi estómago rugía, no recordaba la última vez que había comido algo normal. Cuando me dirigí a la nevera recordé

que no tenía nada, era hora de hacer compras. Tenía 80 dólares que me había dado Bill ayer; me puse los pantalones y una camisa de “yo amo Alaska” que había comprado en una tienda de turistas en el pueblo. Antes de salir le toqué la puerta a la señora Dren para ver si necesitaba algo de la tienda.

— ¿Adam, cómo estás?— dijo, entreabriendo la puerta.

Me adelanté unos pasos a la puerta.

—Hola, señora Dren. Me preguntaba si le gustaría que le trajera algo de la tienda, voy de compras para llenar la nevera — dije mientras sonreía.

—No, Adam, muchas gracias, no necesito nada — respondió risueña.

De camino a la tienda había visto a Sam montándose en el bote de su padre, se veía cansado. Como no me vio y ya estaba cerca de la tienda, decidí pasar desapercibido y en ese momento me crucé con el papá de Sam saliendo apresurado.

— ¿Cómo está, señor?— pregunté.

— ¡Adam, muchacho! No te reconocí. ¡Cuánto tiempo sin verte! — gritó asombrado.

— ¡Sííí! —Afirmé

— ¿Cuándo llegó al pueblo, señor Thompson?— pregunté. Sentía que era *Sherlock Holmes*.

—Hace unos días. Estaba de pesca y le traje al dueño de la tienda algunos salmones para venderlos en el pueblo. —respondió.

Sherlock Holmes: *Personaje creado en 1887 por el escritor escocés sir Arthur Conan Doyle, es un detective inglés de finales del siglo XIX, que destaca por su inteligencia.*

Colocó en el suelo la cava que sujetaba y sacó un salmón fresco.

—Toma, Adam, el mejor salmón. Disfrútalo — dijo

— ¡Muchas gracias! Bueno, no seguiré haciéndole perder su tiempo. Salúdeme a Sam, dígame que nos vemos en el bar del pueblo a las siete —Dije

—Seguro, le diré. Adiós, Adam, cuídate — se despidió

Sin más que hablar me di vuelta y entré a la tienda. Había de todo. Desde granos que nunca comería hasta verduras que no conocía. Tomé una cesta que se encontraba cerca de la caja registradora y saludé a las personas que se encontraban presentes. Coloqué en la cesta tomates, pepinos, manzanas, limones, una variedad de frutas y verduras que conocía. Recordando que el papá de Sam me había regalado el salmón decidí solo comprar carne, bebidas energéticas, cereal, leche y huevos.

Al terminar de comprar me coloqué en la corta fila de la caja. Solo me quedé parado allí mientras escuchaba el sonido del calentador de la tienda, la caja registradora y unos niños gritando una y otra vez. No faltaba ningún otro sonido hasta que la puerta de la tienda se abrió y sonó una campanada que estaba encima de su marco. Entró una chica hermosa. Ojos negros como las noches de invierno, labios pequeños y rojos como la sangre, pelo negro que de alguna forma se cambiaba a marrón por los rayos del sol... ¿Quién era esta chica tan hermosa? Mi sangre dejó de circular por mis venas. No escuchaba nada hasta que la chica me vio, mirándola fijo.

¡Rayos! Dije en mi mente, sonriendo para no parecer un idiota y tampoco un acosador. Esperé a que me dijera algo y así fue, ella se estaba acercando a mí poco a poco. De-searía no tener esta maldita camiseta.

—Hola, ¿sabes dónde están los clavos? — me preguntó.

—Eh, eh... Están ahí — dije, levantando una ceja.

¡Soy un completo idiota! Las palabras no salían de mi boca, estaba paralizado. Esto nunca me había pasado. Ella es perfecta. Solo me quedé parado allí señalando al pasillo donde están los clavos mientras sonreía otra vez. Me quería morir. Quería arrancar mi cerebro como un zombi por haber dejado que mi corazón me dejara en ridículo.

—Gracias — dijo, frunciendo el ceño.

Sabía que la había incomodado. ¡Soy un imbécil! Todo el ruido volvió, pero esta vez con el de la cajera gritando molesta.

—¡¡SIGUENTE!!

—Rayos... Disculpe, señorita, me distraje un poco — dije sonriendo.

—Sí, ya me di cuenta — respondió sarcásticamente.

La cajera odiaba su trabajo, así que decidí irme lo más rápido posible tomando las cosas y pagándole sin mirarla a los ojos. En mi mente me decía “no hagas contacto directo” para no provocar que saltara y arremetiera contra mí, golpeándome frente al mostrador.

Tomé la bicicleta y fui de regreso a mi apartamento sin esperar ver de nuevo a la hermosa chica de los clavos. ¿Cuándo la volvería a ver? Solo el destino lo sabía. Tenía el presentimiento de que la vida me la jugaría feo de nuevo cuando nos viéramos otra vez.

Recordé que tenía que buscar madera para el proyecto de Donovan y tomé un atajo hacia el bosque para buscar algo de lo que a veces dejan los leñadores del pueblo. No tardé en encontrarlo, dado que muchas veces suelen dejar algunos trozos en el suelo; lo coloqué en una bolsa aparte de la que tenía. Tenía suerte de que la madera no estuvie-

se húmeda, ese sería un problema mayor. Tomé camino de regreso a casa con mi estómago pidiendo comida con desesperación; la tienda no estaba lejos ni mucho menos el bosque donde había recogido el tronco. Subí las escaleras, coloqué la madera en una esquina y comencé a preparar el almuerzo, ya que por la hora el desayuno pasó a ser historia.

Había cocinado y estaba listo para ir al bar a ver a Sam y Britany. Me había puesto un pantalón y una camisa de mil botones que sacaban lo peor de mí, era la ropa del difunto hijo de la señora Dren. Fui al bar. Ya eran las siete de la noche y el sol estaba detrás de las altas montañas de Seward. Sabía que iba tarde, así que conducía más rápido, pero sin caerme. Podía imaginarme cómo las personas me miraban vestido de esta forma y en bicicleta; iba muy rápido.

Llegué cansado. Enganché la bicicleta a un poste de luz que estaba al lado del bar, tomé un respiro y entré. No era un lugar de mala muerte, aunque la música sí. A pesar de eso, el lugar estaba lleno de pescadores y algunas mujeres del pueblo. Entre todas estas personas estaba Sam sentado en la mesa con dos cervezas consumidas, era obvio que estaba desde temprano aquí. Volteó y me vio. Alzó su mano creyendo que no lo había visto y le hice una seña. Le ordené una cerveza al cantinero y me senté en la mesa con Sam.

Dirigí mi vista a un reloj de madera que estaba en la pared; ya eran las siete y media. Me fijé en Sam y le pregunté:

— ¿Dónde están las chicas, hombre?

—No han llegado, supongo que se están arreglando y vienen para acá — respondió frustrado. Sabía que a Sam no le gustaba esperar, pero ¡rayos! las chicas eran lindas.

Bueno, era cierto lo que dijo. Las mujeres se demoran una eternidad arreglándose, así que solo sonreí entre dientes y tomé un poco de cerveza que me acababa de dar la mesera del bar.

—Sam, vi hoy en la tarde a tu papá en la tienda vendiendo salmón— mencioné.

—Ah, sí, yo estaba en el bote bajando unas cosas y acomodando. Mi padre quiere que me vaya con él en un viaje de pesca cuando termine el semestre — dijo con voz alegre.

Sabía que le gustaba estar con su padre; le había enseñado muchas cosas y lo admiraba mucho, así que le dije que era increíble, estaba feliz por él. ¡Cómo me hubiese gustado saber en qué trabaja mi padre! Aunque seguro lo querría igual, no importa a qué se dedicara, esperaba no equivocarme.

Sam abrió los ojos y dirigió su mirada a la puerta, me di la vuelta y ahí estaban las dos chicas, nuestra cita doble, con vestidos que las hacían ver más hermosas.

—Tu chica es la del vestido oscuro, pronunció Sam entre dientes, sonriendo.

—Está bien-alegué.

Recordé a la chica de clavos y cómo se hubiese visto con el vestido de Britany, seguro luciría extremadamente hermosa. En un dos por tres las chicas estaban paradas frente a nosotros. Apresurados por ser caballerosos nos levantamos para saludarlas y dejamos que se sentaran.

—Hola, chicas, se ven hermosas — dijo Sam, rojo por

la emoción. Sabía que le gustaba Michelle. Luego de unos segundos de silencio Sam comenzó a hacerle preguntas a Michelle y decidí hacer lo mismo. Me fijé en los ojos oscuros de Britany extendiendo mi mano para presentarme formalmente, ya que Sam solo se sentó y comenzó a coquetear con Michelle sin hablar.

—Hola, me llamo Adam— dije sonriendo. Quería ser agradable con esta chica que estaba tan hermosa.

—¿Qué tal, Adam? Mucho gusto— dijo devolviéndome la sonrisa.

No tardé en preguntarle algo, ya habiendo roto el hielo.

—Oye, Britany, ¿qué te gusta de Seward?— pregunté. Ella sonrió y se dio vuelta poniéndose más cómoda.

—Bueno, Adam, me encantan las montañas, ¿alguna vez has subido?— preguntó.

—Sí, cada vez que puedo suelo subir para relajarme un poco.

—¿A ti qué te gusta de Seward? — preguntó luego de haber respondido a su pregunta.

—Me gusta lo pequeña que es, así es más fácil estar en todos lados en poco tiempo.

—Sí, yo vengo de Archornage y algunas veces es complicado ir de un lugar a otro. Miré alrededor en búsqueda de una mesera.

Me levanté antes de que me hiciera otra pregunta para pedirle unas cervezas; la mesera se acercó y nos trajo cuatro cervezas, mientras que un sujeto se levantó y cambió la canción pesada que se escuchaba, en segundos comenzó a sonar otra y noté que Britany quería levantarse, así que me levanté con ella.

—Amo esta canción, ¿quieres bailar?— preguntó alegre.

No le podía decir que no, así que la sujeté del brazo; ella se detuvo y se colocó entre Michelle y Sam.

— ¿Vienen? —preguntó.

Los dos tórtolos se miraron y Sam solo dijo que sí, se levantaron y pronto los cuatro estuvimos bailando en la pista. Aunque la música era rápida, Michelle y Sam se abrazaban como si estuviesen practicando para algún baile de graduación.

—Vamos, chicos, bailen un poco — grité en medio del sonido.

Ninguno de ellos volteó, supongo que todo a su alrededor desapareció como me pasó con la chica de los clavos. Mientras tenía a Britany alocada por su canción decidí parar; estaba cansado por seguirle el ritmo. Regresé a la mesa con ella y noté que lucía cansada de haber bailado tanto; tomó algo de la cerveza que estaba en la mesa y luego yo tomé un poco de la misma.

— ¡Oye, es mi cerveza! — gritó Britany.

—Lo sé —respondí.

Luego un beso se cruzó en frente de mis ojos. Sam había dado el primer paso. Britany me vio y esperó a que yo hiciera lo mismo. No duró mucho. Después de 6 segundos de haber visto a Sam besar a Michelle sabía que yo debía hacerlo también. Así fue. Me acerqué lentamente a Britany y la besé. No sé si ella también lo sintió, pero fue un beso seco sin amor, era tan débil que me alejé unos centímetros, tomé aire y luego la besé otra vez. Sam nos interrumpió con una pregunta:

— ¡Eh, chicos, voy a pedir la cuenta!— dijo él.

En mi mente, y creo que también en la de Britany, sabía que Sam y Michelle iban a tener sexo; los besos que se

daban parecían una escena de pornografía. Britany no iba a dejar que solo su amiga tuviera sexo esta noche, así que me jaló de la camisa y me dijo al oído.

— ¡Es hora de irnos, Adam!

Sam y Michelle se habían ido. Levantándome de la mesa y colocando el dinero, Britany y yo nos fuimos a mi apartamento. El viaje era extremadamente largo debido a que iba en bicicleta con Britany atrás con una sonrisa entre dientes. No sabía si le gustaba estar atrás, pero su abrazo mientras me agarraba fuerte, así que supuse que le gustaba o que tenía miedo de caerse. Como Sam vivía con sus padres tendría sexo en la cabaña de su familia o en el bote de su padre.

— ¡Por fin llegamos!— dije aliviado y listo para hacer lo que vinimos a hacer. Mientras subíamos sin hablar, Britany me sacudía la camisa desesperada por quitármela en el pasillo del edificio. Abrí la puerta antes de que alguien nos viera. Entré con Britany. Ella me besaba y yo le devolvía el beso. Acariciaba su espalda descubierta, me alejé un poco, me mordí los labios. A continuación tomé el cierre de su vestido y lo bajé. ¡Esto en realidad va a pasar! No era mi primera vez, pero como es una chica diferente, todo era diferente. En un abrir y cerrar de ojos Britany estaba semidesnuda y yo sin mi camisa, pero aún conservaba mi pantalón. Una ronda de besos y caricias recorrieron el cuerpo de Britany. Su sujetador ya no estaba y mi pantalón tampoco... Sin más que decir, todo lo hermoso de tener sexo pasó.

CAPÍTULO 3

Desperté con un cuerpo desnudo a mi lado. Britany se veía hermosa durmiendo, pero algo me dejó insatisfecho, no sentía que ella fuera la chica con quien quisiera pasar los seis meses de invierno. Ya era lunes, me levanté para bañarme y vestirme e irme a la universidad. Cuando terminé, salí del baño y Britany estaba sentada y ya vestida en el sofá.

— ¿Adam, por qué tengo palomitas de maíz en mi cabello y en mi vestido?— preguntó confundida.

Recordé que no había limpiado el desastre de las palomitas ayer cuando vi la película.

—Una larga historia — dije sonriendo.

—Mmm bien, Adam — respondió arrugando su frente.

— ¿Tienes hambre? — pregunté.

—Ya que lo mencionas, sí, tengo mucha hambre — respondió.

—Hago los mejores huevos fritos de Alaska — aseguré.

Escabulléndome por mi ropa que estaba tirada por toda la sala llegué a la cocina, saqué los huevos y los comencé a preparar, luego saqué el pan y un jugo de naranja que había comprado. En la puerta de la cocina Britany estaba parada observando mi desempeño en la cocina. Gracias a Dios que había limpiado. Ella se sentó y luego se acomodó el cabello deslizando sus dedos entre sus orejas, me senté del otro lado de la mesa y comenzamos a desayunar.

De alguna forma se sentía una tensión en el aire y decidí cortarla.

—Bri... ¿viste que mis huevos fritos son los mejores de Alaska? — pregunté con una sonrisa pícaro.

— ¡Sip! — dijo riendo. Luego se quedó callada. Yo esperaba no haberla decepcionado ayer.

— ¿Cuándo planeas regresar a la ciudad? Pregunté

—Veré a Michelle al rato, supongo que en un par de horas, no quise abrir una conversación sobre lo que había oído en la radio y todo lo que estaba pasando en la ciudad así que dejé a un lado el tema. Después de terminar mi plato y esperar a que ella terminara el suyo, me levanté.

— ¡Listo! — sonreí agarrando su plato y el mío, los coloqué en el lavaplatos; ella se levantó y se despidió con un beso en mi mejilla, la acompañé a la entrada y le abrí la puerta. Antes de que se fuera le dije que intentaría llamarla y que lo que hicimos me había gustado mucho, me respondió con un guiño de ojo y un abrazo. Era raro, no sabía qué le pasaba; sin embargo si algo sabía era que tenía clases con el profesor Donovan en la universidad, así que tomé mi mochila, la coloqué sobre mis hombros y cerré la puerta. Vi a la señora Dren en la entrada.

—Adam, ven un momento — dijo.

—Claro, señora, dígame ¿en qué la puedo ayudar?

—Adam, la chica que salió de tu casa estaba triste porque quería que tú fueras lo que ella esperaba.

¡Oh, mi Dios! ¿Desde cuándo la señora Dren es sexóloga? No conocía eso de ella. Me rasqué el cabeza confundido por lo que había dicho.

— Sí, Adam, soy mujer y vi en su cara lo que un hombre no ve. Las mujeres a veces nos creamos alguna especie de hombre ideal que sabemos que no vienen en muchas

oportunidades. No te sientas mal, ella salió satisfecha de tu casa, lo sé y pronto tú lo sabrás.

Esto es tan raro. La señora Dren tendría algo de razón, pero no podía creer lo que había dicho al final; era completamente loco. Me alejé avergonzado de su puerta y bajé las escaleras.

Tomando la bicicleta, escuché una bocina de una camioneta, y al voltear vi a Sam asomado desde la ventana del conductor, manejando una camioneta color verde con rayas amarillas. Sin pensarlo, dejé la bicicleta y me subí. Mi nariz se arrugó: la camioneta olía a pescado. ¡Rayos!... Era la camioneta en la que el papá de Sam transportaba el pescado.

—Tranquilo, Adam, el olor desaparecerá. Tengo aerosol y hoy la lavaré — dijo Sam.

—Más te vale — le respondí.

Sam comenzó a decirme que su padre le había regalado la camioneta por ayudarlo todo este tiempo. No era una camioneta último modelo, pero ya no andaría más en bicicleta y supongo que Sam me buscaría antes de ir a la universidad.

—Oye, Adam ¿qué hay con Brittany? — preguntó subiéndome y bajando sus cejas.

Me reí al ver que Sam parecía un idiota.

—Tuvimos química para el sexo, pero creo que no es la chica para mí.

—¡¡Amigo!! — dijo sin prestar atención a lo que había dicho antes — Michelle es increíble. Nosotros no tuvimos sexo. Fuimos al bote de mi papá y dimos un paseo a la luz del sol de medianoche. Siento que es la indicada, ella es perfecta para mí.

Era un alivio saber que Sam no tuvo sexo, así cuando Britany le dijera algo de lo que hicimos, Michelle de alguna forma se molestaría por el hecho de que no había tenido sexo. Llegamos a la universidad y Sam estacionó la camioneta como todo un profesional. Él sabía manejar; su padre le enseñó a los quince años y como dicen, lo que se aprende no se olvida. Nos dividimos como es de costumbre. El proyecto final de Donovan se acercaba, pero hoy solo tendríamos clase sobre algún artista que pasó a ser historia. Me senté en mi puesto, Donovan ya había llegado y estaba dando la clase acerca de la historia de un escultor. Otra vez tenía razón en adivinar la clase de Donovan. Minutos más tarde había terminado; fue pesada, no aguantaba ni un minuto más en el salón. Esperaba con ansias que terminara la hora. Donovan explicó algunos ejemplos de lo que quería para el proyecto final y justo cuando iba a amenazarnos alguien gritó que ya la clase había terminado y todos volaron.

Salí del salón y fui a comprar agua antes de entrar a Historia. No vi a Sam por los pasillos, supuse que se había escapado con Michelle; creo que me lo había mencionado cuando no le prestaba mucha atención mientras parecía un Romeo. Entré a Historia y me senté junto a la ventana. Esta materia la tenía más que aprobada. Solo me quedé viendo por la ventana otra vez. Terminó la clase y fui al comedor. Allí estaba Sam sentado junto a Michelle sonriendo, se veía feliz. Entre la pequeña conversación que había tenido con Britany ella mencionó que no estudiaba en Seward así que no esperaba encontrarla por aquí. Giré mi cabeza a la izquierda y ahí estaban los chicos Andy, Marcus, Jeff y Dilan sentados con sus teléfonos. Rápida-

mente llegué a ellos y me senté.

— ¿Qué cuentan, chicos? ¿Cómo pasaron el fin de semana?

Todos me dieron la misma respuesta: “bien”, pero con tonos diferentes. Parecía que estaban de buen humor, pero no para hablar; estaban conectados de alguna forma a sus teléfonos. No quise interrumpir con lo que hacían y me quedé callado. Bocado por bocado terminé de comer. Volteé a ver si Sam todavía estaba, pero su mesa estaba vacía. ¡Rayos! Quería que me llevara hoy que no traje la bicicleta.

Sam estaba con Michelle en el estacionamiento y no los quise molestar. Coloqué mi bolso en ambos hombros y seguí caminado cuando repentinamente un fuerte grito llegó a mis oídos, era Sam. Se acercó a mí y me detuvo.

—Ven conmigo y Michelle, vamos a tomar café en la tienda donde trabajas y si quieres te dejo en donde vives, ¿qué dices?

—Claro — respondí.

De camino a la cafetería me sentí un idiota por aceptar ir con ellos. Se tragaban, literalmente, estando yo en el medio. Me aclaré la garganta con la intención de que pararan y lo hicieran.

—Lo siento — dijo Michelle, al mismo tiempo que Sam. Se rieron pensando que estaban conectados de alguna forma, se notaba en sus rostros.

Luego de que se detuvieron me acerqué un poco al asiento de adelante preguntando por Britany.

—Adam, Britany regresó a la ciudad, no intentes llamarla porque ella señala estar buscando a otra persona — dijo Michelle. La cara de la señora Dren pasó por mi

mente, ella tenía razón. Es una anciana muy sabia, por eso la admiraba mucho.

Michelle no sabía cómo expresar de alguna forma mejor lo que me dijo; sus palabras me entraron como daga en el pecho. Ignoré el ardor que sentía y volteé hacia ella dándole una media sonrisa.

—No te preocupes — le respondí.

— ¿Que harán más tarde, chicos? —pregunté, ya que se encontraban algo distraídos.

— Michelle irá a mi casa para quedarse toda la tarde— respondió Sam mientras le sonreía a la chica que lo tenía algo loco.

—Llegamos — dijo Sam, cortando la sensación incómoda que todo compartíamos.

Tenía trabajo a las 3:00pm, así que podía quedarme con los chicos un rato y después irme a casa, dejando a los dos tórtolos siguiendo con su proceso de hidratación.

Una vez entramos a la cafetería nos colocamos junto a la mesa; Bill estaba preparando algunos cafés. La tienda estaba un poco vacía, espero y se llene al venir más tarde, ya que últimamente la mala suerte me perseguía.

—Oye, Michelle, ¿qué vas a hacer luego de que termines la universidad?— pregunté. Noté que se sorprendió por mi pregunta.

—Bueno, Adam, por los momentos no he decidido qué hacer— respondió, pero me di cuenta que algo pasó luego de notar su fija mirada en Sam.

—Adam, ¿sabías que a Michelle le encanta los botes de pesca y su favorito es el de mi padre? — dijo Sam.

—Increíble; ya sabemos que podemos llevarla de pesca con tu padre, así atraparíamos algunos salmones — contesté.

Sam se levantó para pedir algunas tortillas conque llenar un poco nuestro estómago por la escasa comida del comedor. Michelle sonrió y seguimos hablando sobre sus gustos y el futuro de ellos; sin embargo, pensé que podíamos hablar de los asesinatos que estaban ocurriendo en la ciudad, pero decidí callarme. El tiempo con ellos pasó rápido; entre chistes y preguntas para conocernos mejor me di cuenta de que Michelle era un poco amable y cariñosa. Levantándome para irme, Bill me gritó:

— ¡Adam! Te espero aquí, campeón.

— Así será — respondí.

No quería que Sam me llevara a casa; él se ofreció a llevarme, pero lo dejé sentado con Michelle. Quería caminar un poco porque todavía era temprano.

Crucé algunas calles y llegué a mi apartamento cansado de haber caminado desde la cafetería a mi casa; subí las escaleras tomando un respiro. Al llegar, abrí la puerta, me tiré sobre el sofá y cerré los ojos. Como había palomitas de maíz por todos lados decidí pararme para limpiar y recoger la ropa que estaba en el piso. Luego de terminar con todo me fui a la cama a dormir un poco antes de ir al trabajo, tenía dos horas así que solo dormí porque ya había comido en la cafetería

* * *

Ese mismo lunes por la tarde me había despertado después de la universidad y del rato pasado con los chicos. Preparé la ropa que me pondría para ir a trabajar y me di un baño rápido; una vez seco y vestido tomé las llaves y cerré la puerta. Al salir me percaté de que al lado de mi apartamento se encontraban varios muebles y algunos utensilios de cocina.

—Nuevos vecinos... Puff, ojalá y sea una linda chica — dije.

Sin más nada que observar bajé las escaleras con la intención de llegar lo más rápido al trabajo con la duda de quién viviría al lado.

Luego de un par de horas en el trabajo ayudando a limpiar el suelo y la cafetera me senté a esperar a que algunas personas entraran para recibir su orden, pero nadie aparecía; Bill odiaba estos días de soledad, ya que no le traían suerte a la cafetería. Esperé a que me dijera que ya me podía ir, a él le tocaba cerrar. Tomé mis cosas para ir a casa. De camino observé grandes árboles de pino que estaban en las montañas aledañas. Los pinos son comunes en el lugar donde vivía y un cielo con nubes oscuras era perfecto para deprimirse; me detuve un momento para colocar música y seguir a casa.

Me gustaba conducir la bicicleta y escuchar música, elevaba la adrenalina en mi cuerpo las veces que manejaba de camino a casa o a la universidad.

Al llegar me di cuenta que la mudanza había terminado, pues las cosas que estaban afuera temprano se las habían llevado y era hora de esperar para ver a mis nuevos vecinos. Segundos más tarde la misma chica que había visto en la tienda pasó enfrente de mis ojos mientras abría yo la puerta, esta vez no iba a hacer lo mismo que hice en la tienda, la saludaría apenas me viera. En su rostro se veía el agotamiento que le trajo la mudanza. Me quedé parado ahí sin moverme, la chica no volteó y entró directamente a su apartamento sin mirar atrás. Pasé y me dirigí a la

cocina por algo de tomar y luego a mi habitación donde me puse a leer para el proyecto final de Donovan, que ya estaba terminado. A los pocos minutos de haberme acostado en la cama y comenzar a estudiar escuché que tocaban la puerta de al lado e inmediatamente decidí ir lo más rápido que pude para ver si era otra chica, que es lo que me imaginaba. Sabía que para tantas cosas no solo era esa chica la que iba a vivir en el apartamento. Una decepción se mostró en mi rostro al notar que era un chico alto, caucásico con pelo corto y desordenado que se parecía a la chica que había visto en la tienda; supuse que eran hermanos. Abrí la puerta fingiendo que iba a salir, me di la vuelta y estaba esperando a que hiciera lo mismo. Él se veía como de 20 años; algo malo tenía, no sabía qué era, pero sus ojos transmitían odio.

— ¡Hola, bienvenidos! — dije sonriendo.

Me quedé parado allí esperando a que me dijera algo, como “gracias, puedes salir con mi hermana”, pero no fue así.

— ¿Qué tal? — dijo frunciendo el ceño.

— ¡Idiota! — dije entre dientes sonriendo con una voz silenciosa como si solo mi cerebro pudiera escuchar.

Desapareció en su apartamento y yo entré molesto al mío, supuse que me vio cara de idiota por la forma en que lo saludé. Parecía un psicópata, con su cara de pocos amigos.

Sam no me había llamado, supongo que estaría ocupado con Michelle. Tendría toda la tarde para mí solo. Mañana era martes y estaba libre, así que decidí salir con la excusa de hacer el proyecto de Donovan mañana.

Antes de salir quería saber si la señora Dren necesitaba algo y toqué varias veces su puerta. Nadie respondió; po-

siblemente salió a caminar. Bajé las escaleras y di marcha a las montañas. Lo mejor de Seward son estos lugares y cada año se hacía un maratón con el fin de reunir fondos para la caridad, que era comenzar a escalar desde abajo y ascender la montaña; yo participaba allí cada año. Una vez arriba la vista era increíble y ya era tiempo de subir otra vez antes de que el invierno llegara.

Subir la montaña no era fácil, pero estaba acostumbrado. El frío era horrible. Como se acerca el invierno y el sol dejaría de aparecer por unos seis meses, era hora de disfrutar. Me senté un rato mientras observaba a mi alrededor; reflexionar era lo mejor que podía hacer en este momento. El aire jugaba con los árboles y se estaba enfriando mi nariz. Suspiré y pude ver mi aliento congelarse. Dentro de mí sentía que era el momento de organizar mi mente: lo primero que tenía que hacer era pensar a dónde iría cuando terminara de estudiar; ya no quería seguir en Seward. Tenía pensado ir a Canadá con Sam, pero ya vi que él tendría otros planes; seguro vendrá a mí cambiando de opinión, porque sabía que lo de Michelle iba con el típico final: “y vivieron felices para siempre”. Igual a Sam le gustaba pescar, así que después de que su padre se jubilara él tomaría las riendas del bote.

Pensar me había tomado toda la tarde y ya eran las siete, aunque con un sol todavía brillando, no había nadie en la montaña; decidí bajar y volver.

— ¡Oh, soledad! Tengo que lidiar con tu presencia todos los días — me decía a mí mismo mientras mis botas golpeaban la tierra húmeda de la montaña.

* * *

Después de haber bajado la montaña tenía mucha hambre, no es fácil caminar tantos kilómetros. Una vez llegué al camino de asfalto fui al restaurante que se encontraba al lado para comprar algo rico antes de dormir.

El mesero ya me conocía, así que cuando me vio solo me señaló.

—Lo de siempre, ¿verdad, Adam?

Busqué por mi cuenta una mesa vacía; no tardé en conseguir una, ya que no había muchas personas en el restaurante. Ya sentado, el mesero me trajo un delicioso plato de espagueti. Tenía tanta hambre que en cuestión de minutos había devorado mi plato. Tomé un tiempo para reposar lo que había comido. Me habían traído la cuenta, gracias a Dios que tenía algo de dinero. Pagué la comida y regresé a casa.

Llegué bañándome e iba directo a la cama cuando alguien tocó la puerta, es posible que fuese la Señora Dren.

Abrí sin saber quién era. Mis ojos saltaron y mi corazón comenzó a latir muy rápido; ¡Dios! Esta chica es hermosa. Era mi nueva vecina. Tenía un sweater rosado largo que le llegaba hasta las rodillas como un vestido, se veía hermosa como la primera vez que la vi.

—Hola, soy Ariza, me mudé hoy y me gustaría saber si conocías de alguien que reparara neveras aquí en el pueblo porque mi hermano y yo somos nuevos y no conocemos a nadie aquí.

—Aaabbaabbarrds — balbuceaba.

¿Qué rayos dije? ¡Por Dios, qué idiota! No podía ser más obvio ni podía creer que ella siguiera parada allí.

—¡¡Ooohh!! Tienes problemas para hablar... Disculpa,

creía que sabías hablar, ¡Cómo lo siento!

¡Maldición! Ahora cree que tengo problemas vocales.

—No, disculpa, es que me bloqueé un poco... No conozco a nadie, lo siento — dije rápidamente antes de que siguiera pensando que soy un discapacitado.

—Disculpa, como no me hablaste en la tienda cuando te pregunté por los clavos y ahora me dices cosas raras, pues, lo supuse — dijo riendo.

¡Oh, Dios! escucharla reír era completamente hermoso, sentía cómo los ángeles tocaban mi corazón.

Rascándome la cabeza por mi estupidez le devolví una sonrisa entre dientes. Ella se dio la vuelta y justo cuando se alejaba le grité:

— ¡Me llamo Adam!

—Gusto en conocerte, Adam — sonrió y luego se alejó. Solo veía su sombra voltear a la izquierda y después verla del otro lado entrando a la casa, aún con una sonrisa increíblemente hermosa.

Pasé inmediatamente y golpeé mi frente contra la pared. “¡Me llamo Adam!” ¡Estúpido! ¿Cómo pude haber dicho eso? Por lo menos hubiese mentido acerca de saber si alguien arreglaba neveras; podía decir que yo lo hacía, así estaría un poco más de tiempo con ella, pero recordé a su hermano y mi burbuja se rompió. No me iba a arriesgar a ser golpeado por él. Regresé a la cama con un dolor en la frente, me recosté de la almohada y rogué que tocaran la puerta otra vez y que fuese ella. Me había quedado dormido de tanto pensar en Ariza y su hermosa sonrisa.

* * *

A la mañana siguiente estaba libre y listo para comenzar con el proyecto final. Decidí hacer una escultura de madera

como lo hacen los indígenas de Alaska. Eso era arte, así que ya tenía mi 45%; eso supuse por el largo informe de la vida del indígena y lo que pensaba.

Busqué las herramientas para tallar en madera y empezar cuando alguien tocó mi puerta. Me levanté y fui a ver quién era. Abrí sin preguntar otra vez; esto se volvía costumbre, pero estaba algo despreocupado, a pesar de las raras cosas que pasaban en la ciudad. Cuando la puerta se abrió parecía que estaba en cámara lenta, era increíble: Ariza estaba frente a mí, su cabello y sus ojos siempre brillaba y las veces que la veía no podía respirar, ella me quitaba el aire.

Todo colapsó cuando vi a su hermano detrás de ella con una camisa negra y unos pantalones jeans desgastados. Me intimidaba por lo alto que era. Estaba supervisándome. Era raro porque me miraba directamente, supongo que pensaba que yo era algún tipo de criminal.

—Hola — dije volteando adonde estaba Ariza.

— ¿Qué tal, Adam? Me preguntaba si te gustaría venir a nuestra casa, vamos a dar una fiesta para conocer a las personas del pueblo — dijo con su sonrisa que me hipnotiza. Su hermano se aclaró la garganta, ella giró hacia él.

—Adam, él es mi hermano Aarón.

—Gracias a los dos. Me encantaría, pero ahora estoy haciendo algo — les dije

¡Maldición! ¿Cómo puedo decir eso una chica que ni sabe quién soy? Me quiere conocer y yo la rechacé, soy un idiota.

—Mmm... Está bien. Si cambias de opinión es en la tarde.

—Gracias, trataré de ir.

Luego vi cómo se alejaba otra vez con esa sonrisa y con Aarón adelante. Seguía sonriendo y no sabía por qué ella es tan hermosa. Es increíble que alguien como ella me hablara o que me invitara a una fiesta para conocerla; debía ir, no había otra excusa.

Cerré la puerta, volví a la mesa con las herramientas y la madera que iba a usar; comencé a tallar la figura de una mujer. Me dejé llevar y la madera empezaba a tomar las líneas curvas del cuerpo de Ariza. Tomé algo más fino para tallarle los labios y la cabellera. Se me daba bien trabajar con madera, es lo único que sé hacer bien. Pedazos de madera se esparcían por mi sala, debía de haber hecho esto afuera, pero ya había comenzado. La figura era casi idéntica a ella y no podía parar. Quería ir a la fiesta de Ariza y Aarón solo para verla con algún vestido. Repentinamente la cara de Ariza se convirtió en la de Donovan, era espeluznante imaginarme a Donovan con un vestido; tengo que terminar esto o si no reprobaría la materia y tendría que ver a Donovan otra vez por 6 meses.

Terminé la escultura de la bella mujer que me tenía demente, medía casi treinta centímetros. Estaba agotado, pero había recordado la fiesta. Me levanté y busqué mi teléfono para ver la hora, todavía eran las 3, así que comencé a limpiar el desastre que había hecho. Luego recordé que tenía que pintar la madera con esmalte para darle brillo. ¡Rayos! No me daría tiempo para ir a la fiesta. Quería ver a Ariza.

Sin perder tiempo tomé la escoba y empecé a barrer la sala que estaba completamente llena de madera hasta de-

bajo de los muebles. ¿Cómo podía llegar eso hasta allí? Cada vez que me movía veía la hora, eran las 4:00.

¡Dios! Todavía me faltaba la escultura. Busqué rápidamente y me puse a lijarla viendo la hora cada minuto. Si pudiera desear algo sería detener el tiempo. Vi el reloj y ya eran las 6:45. Todavía no me había bañado y me faltaba una última mano de esmalte. Escuchaba algunas risas y voces subir las escaleras, supuse que sería una fiesta pequeña con algunos vecinos y sus amigos.

Con la figura de Ariza terminada, la dejé brillando a un lado, y yo vestido con una camisa negra parecía un testigo de Jehová. ¡Rayos! Era lo único que tenía aparte de la ropa del difunto hijo de la señora Dren. Me asomé por la puerta para ver cómo estaban vestidos para poder copiarlos de alguna forma, todos tenían ropa increíble. Sin más nada que hacer decidí conformarme con lo que tenía y ser yo mismo, cosa queapestaba, ya que había un estúpido video con más de diez mil reproducciones en internet; supongo que algunos me reconocerían sabiendo que la definición del video era alta. Esto era una mierda. Solo faltaba que el video estuviese en tres dimensiones para morir.

No agarré mi sweater, ya que estaría en el mismo lugar. Busqué las llaves del apartamento y caminé hasta la puerta de Ariza esperando que me abrieran. Estaba ansioso por entrar. Alguien abrió la puerta, no la podía reconocer, pero después me di cuenta de que era la chica que me tocó la espalda aquella vez en el comedor.

— ¿Hola, cómo estás? — dijo ella.

Aclarando mi garganta y sacudiendo mis hombros, dije:

—Hola. Bien, gracias por preguntar. Me llamo Adam ¿y tú?

—Me llamo Dina — respondió con una sonrisa.

Tiene los dientes perfectos al igual que Ariza. Increíble: estaba haciendo una comparación con todas las chicas que veía después de conocer a Ariza. En la comparación, el motivo de mi reciente obsesión siempre ganaba. No puedo creer que me haya obsesionado con una chica y más con mi vecina, esto parecía una historia del joven virgen que tenía la vecina sexy que todos querían tener.

Dina se aclaró la garganta y me ordenó que pasara. Solo sonreía, pero después de que entré todo el maldito pueblo de Seward estaba aquí, literalmente, claro, mis planes de tener una charla privada con Ariza se esfumaron. Mi mandíbula se tensó, pero luego mis ojos no podían creer lo que estaba viendo: era la señora Dren bailando con un pescador del pueblo llamado Dick, un viejo pescador. Él era famoso en el pueblo por tener el récord de haber atrapado un salmón de más de tres metros. Entrando al pueblo podías ver su foto colgada en una pared del bar.

Entre el ruido y una Dina que había vuelto a desaparecer, cosa que se volvía costumbre, alguien rústicamente me golpeó el hombro. Tenía a la señora Dren a mi lado.

— ¡Adam, dame un abrazo, tenía días que no te veía! ¿Dónde has estado, jovencito? — dijo enfadada.

Le di un abrazo cálido y sentí que me abrazaba aún más. No sabía por qué lo hacía, pero sus abrazos siempre me ponían tristes. Ella siempre me comparaba con su hijo y me imagino que deseaba tenerlo para abrazarlo.

Luego de un abrazo afectuoso mis ojos buscaban a Ari-

za, pero encontraron a Aarón. Estaba riendo con unos sujetos en la puerta de la cocina. Me percaté que estaban dando permiso para dejar pasar a alguien, y así fue, todo desapareció: el ruido, las personas en la casa, hasta la imagen en mi cabeza de la señora Dren bailando. Era Ariza con una bandeja de frituras. Su cabello estaba enrollado y tenía un vestido corto. Me preguntaba si tendrá novio, espero que no, no quería competir con algún idiota lleno de esteroides o algún modelo; me imaginaba que con ese tipo de chicos saldría Ariza.

Ella me vio y sonrió increíblemente como suele hacerlo. Aunque sus sonrisas siempre eran iguales algunas provocaban que mi corazón saliera de su lugar. Me perdí en su sonrisa, hasta que se encontró cerca de mí. ¡Rayos! Espero no haber babeado, porque me moriría de vergüenza.

— ¡Adam, viniste! — dijo emocionada. Se emociona tanto de verme.

Deslizó su mano hasta una mesa y dejó las frituras. Ella sonrió mirándome. Tenía tres opciones: una, que alguien le contó que tenía problemas de discapacidad y me tenía lástima; dos, que alguien le haya pagado para hablar conmigo, ¿pero quién? No podía ser la señora Dren, ella no tendría que meterse en esto; o tres, que es imposible que estuviera enamorada de mí, cosa que dudo mucho.

Unos chicos pasaron enfrente de nosotros, por accidente nos empujaron y los dos caímos sobre el sofá. No sabía qué hacer, así que solo sonreí y me levanté otra vez; ella también se levantó. Luego de haber caído sobre mi pierna estaba algo ruborizada, sus mejillas estaban rojas y tenía una linda sonrisa tímida. Me sujetó del brazo y camina-

mos hacia el balcón de su apartamento, hacía frío. Ella se colocó su sweater antes de salir.

—Bueno, Ariza ¿de dónde son? porque es la primera vez que los veo a ti y a tu hermano — pregunté, mientras me colocaba contra la pared.

—Tienes razón, mi hermano y yo venimos de Anchorage, por las cosas que estaban pasando — respondió con sonrisa y puso sus manos sobre su cabeza, deslizando sus suaves dedos entre sus cabellos.

Luego de eso sostuve una conversación con ella muy larga donde me dijo que no tenía novio, cosa que me alegraba mucho, y que ella con su hermano eran muy unidos. Mientras teníamos esa conversación el frío invadía mi cuerpo; mi voz dejó de escucharse igual. Aunque era agradable estar con ella, me estaba muriendo de frío. Ella se dio cuenta de lo que estaba sintiendo y se arrojó sobre mí tomando mi mano.

— ¡Adam, te estás congelando, lo siento! Ven, entremos, por favor — dijo disgustada y arrepentida por no percatarse de que me estaba congelando. Pero ¡rayos! era mi culpa por no traer mi sweater y por no decirle que me estaba muriendo de frío. Al entrar quedaban pocas personas en la fiesta, nos dirigimos al sofá y de ahí seguimos nuestra agradable conversación.

Colocando mis manos en mis bolsillos y ella su mano sobre sus tobillos, empujé mi cuerpo hacia atrás.

— ¿Qué te gusta? — pregunté sonriéndole, dejando caer mi mirada sobre sus ojos marrones.

Tomó un poco y sujetó su mirada con la mía.

—Sabes, Me encanta la música que colocan de fondo en las películas, te parecerá raro— respondió sonriendo.

—Es lo más normal que he escuchado—Saqué mis manos de los bolsillos y las junté. En ese momento Ariza movió su cabeza dejando caer un mechón hacia la frente, obstruyendo su vista.

—¿Y a ti qué te gusta, Adam?

Ordené a mi mano quitarle el mechón de su frente y ordené a mi corazón no hablar por mí, ya que si lo hacía diría que ella me gustaba luego de poner su mechón suelto detrás de su oreja.

—Me gusta caminar en las montañas — respondí

—Eso es increíble — dijo Ariza afirmando con la cabeza. Su voz era tan suave que era una melodía para mis oídos, me tenía completamente enamorado.

— ¡Hey, ustedes dos! La fiesta ya terminó — dijo Aarón apagando el estéreo. Volteé a mi alrededor, solo estábamos nosotros tres. Me distraje tanto hablando con Ariza que sin darnos cuenta todos se habían ido.

Hubo una sensación incómoda luego de que Aarón nos interrumpió, pero la dejé pasar. Me levanté y luego Ariza recogió algunos vasos plásticos de la mesa, su apartamento estaba peor que el mío antes de limpiarlo.

—¿Necesitan ayuda, chicos? — dije mientras colocaba mis manos en los bolsillos, y recordé que tenía esta estúpida camisa negra.

—Si quieres toma la bolsa y recoge con nosotros, hermano — dijo riendo entre dientes.

¡Cabrón! El idiota se estaba riendo de mi camisa, pensé apretando la mandíbula tan fuerte que mis dientes querían salir.

—Gracias, Adam, pero estamos bien — dijo Ariza mirando enojada a Aarón. Él hizo un gesto con la boca.

Quería golpearlo en la cara, ¿qué se cree este imbécil?

Salí sin despedirme; no cerré la puerta detrás de mí, no quería ser un dramático.

—Adam, mi hermano es un tonto — dijo Ariza. — Aaron, ven aquí y discúlpate con Adam, eres un imbécil.

— ¡No! — dijo Aaron.

Lo que le había dicho lo escucharon mis oídos. Era él rechazando la orden de Ariza. No me importó, así que le dije a Ariza que no se preocupara y me fui de allí mientras ella seguía parada en la puerta observándome.

Una vez enfrente de la puerta de mi apartamento, la miré; no quería perder esta oportunidad. Regresé adonde estaba Ariza y ella se sorprendió al verme regresar. Una vez estando enfrente de ella le pregunté:

— ¿Te gustaría ir conmigo a la montaña antes de que oscurezca? — pregunté esperando a que aceptara mi propuesta.

Ella afirmó con su cabeza dejando caer varios mechones de cabello; tomé algunos y los coloqué detrás de su oreja, me encantaba hacerlo, ya que siempre trataba de acercarme a su boca.

— ¿Cuándo vamos? — preguntó.

Quería ir lo antes posible, antes de que oscureciera y no poder subir.

— ¿Qué te parece mañana? — propuse.

— Está muy bien, Adam, nos vemos mañana—dejé que cerrara la puerta y luego me fui.

No entré a mi casa; estaba molesto y quería relajarme antes de hacerlo, a pesar de que Ariza había aceptado mi invitación de subir la montaña. Al salir, la calle se encontraba algo oscura; el sol se estaba ocultando porque se acercaba el invierno y hacía mucho frío, las nubes impedían entrar algunos rayos de sol.

Caminaba delante de una anciana cuando ésta me sujetó la mano; estaba sentada en la acera de la calle con un *Malamute** de Alaska. Estaba asustado, no sabía qué esperar de ella, si querría dinero o de alguna forma lanzarme un hechizo. No había nadie a nuestro alrededor, todo estaba cerrado, ¿cómo fui tan idiota para caminar por aquí solo?

—Ten cuidado... Oscuridad y tristeza vienen a ti “*euk*”**.

Del pánico que me rodeaba alejé mi mano de ella y caminé de prisa. Volteé varias veces para ver si seguía sentada allí, pero no, estábamos solos yo y mi sombra que me seguía. Tomé marcha a casa sin detenerme, no quería imaginar por qué esa mujer me había dicho eso, pero luego de una agotadora reflexión supuse que ella decía eso porque se acercaba el invierno, aunque me tenía confundido el hecho de saber por qué sentía tanta tristeza.

****Euk:** *Es una palabra utilizada en las comunidades indígenas como hombre joven.*

***Malamute:** *Es un perro originario de la zona ártica, y una de las razas más antiguas dentro de los perros de trineo.*

CAPÍTULO 4

Al día siguiente estaba en la universidad; había rumores de un examen sorpresa en Historia. Aunque veía la ventana podía saber de qué se trataba el examen. Había visto la camioneta de Sam afuera estacionada junto a los autos de los profesores.

Sam le dedicaba más tiempo a Michelle, así que no podía hablar con él en clases ni en el comedor; había perdido un amigo por una chica. Recordaba esos momentos cuando nos íbamos a pescar con su padre y siempre llegábamos oliendo a pescado.

En Matemáticas había una cantidad de números en la pizarra; anoté algunas cosas. Hoy tenía la cita con Ariza; subiría a la montaña con ella, ¡Al fin subiría con alguien!

Había terminado la clase de Matemáticas y estaba listo para Historia aunque teníamos un examen y, como siempre, no sabía mucho, pero estaba sencillo. Hice lo que podía y me levanté entregándole mi examen al profesor; quedaban pocos compañeros. Cuando regresaba a mi asiento el profesor dijo que me podía salir, que no tenía nada que hacer aquí; tomé mis cosas y salí del salón.

Afuera no tenía hambre; había comido parte del enorme salmón que me había dado el papá de Sam hace unos días.

Mis desayunos eran extraños; a veces comía pastel de chocolate, así que salmón frito como desayuno era normal.

Me senté en las escaleras a esperar a que alguien pasara; se escucharon unos pasos y no me quise asomarme para saber quién era. Decidí esperar en el pasillo solitario en el que estaba. Los pasos se escuchaban más cerca, eran Jeff, Marcus y Dilan, faltaba Andy.

—Eh, chicos, ¿a dónde van? — dije.

Ellos se asustaron, no esperaban verme, estaban tan ocupados con sus teléfonos que no se percataron de mí. Noté algo raro en ellos, estaban apagados, tenían los ojos rojos y estaban pálidos.

—Hola, Adam. Vamos al comedor, ¿vienes? — dijo Jeff.

— ¿Qué tienen, chicos? Los veo extraños. ¿Les pasa algo? ¿Dónde está Andy?

— Andy murió, Adam — dijo Jeff con lágrimas en los ojos.

Marcus tenía los ojos rojos y Dilan estaba calmado, pero se notaba tenso, claramente eran grandes amigos. Me intrigaba saber cómo murió, así que con la tristeza en mi rostro les pregunté cómo había muerto.

—Un accidente de regreso a Seward, estaba con su familia — respondió Jeff, era el único que contestaba mi pregunta.

Habíamos llegado al comedor, todo estaba en silencio. El director estaba allí, me imagino que quería darles la noticia a todos. Las mismas palabras que me había dicho Jeff, el director las dijo. Algunas chicas sensibles lloraron, todos estaban pálidos como la fría nieve de Alaska. Nos sentamos juntos en la mesa, con un asiento desocupado.

Busqué en la multitud que estaba en el comedor a Sam, pero él no se encontraba. Le envié un mensaje para ver dónde estaba antes de que los chicos comenzaran una conversación. Mi teléfono vibró, Sam me respondió.

“Estoy con Michelle, Adam. Hablamos luego”

Sabía que ese “luego” era “nunca”. ¿Estaría yo perdidamente enamorado como Sam de Michelle para dejarlo a él como estaba haciendo Sam? Era una pregunta que no sabía responder, ya que Ariza no era mi novia.

Alcé la cabeza para ver a los chicos y ninguno había comido algo; sabía que esto los tenía destrozados y les dolía mucho hasta quitarles el apetito.

Yo tampoco comí. Tomé mi soda y la coloqué en la mochila. No tenía más clase, así que iba a mi casa después de salir de aquí para luego buscar a Ariza. Tomé aire.

—Chicos, ¿quieren hacer algo para Andy?

Ninguno respondió a mi pregunta. Tomé mi bandeja y salí del comedor. Mi intención con los chicos no era llenar el vacío que la muerte de Andy dejó, pero quería que ellos estuviesen bien y lograsen recuperarse de esto. No quería seguir hablando más con ellos; no me sentía bien a su lado. Jeff es muy bueno, él nunca me trató mal y menos Andy. Él me había invitado a su mesa antes, ¡qué lástima que se fuera! Me siento mal por él y por su familia, el director había dicho que la familia de Andy se estaba recuperando del accidente en el hospital de Anchorage.

Pasé todo el camino a casa pensando en la mujer que me había dicho que algo oscuro y triste venía a mí; ahora sabía que tenía razón.

Luego de haber subido las escaleras tomé mi bolso y lo coloqué junto a la puerta. Escuché a alguien subir las escaleras y decidí ver quién era. Reconocí de inmediato, era Ariza. Salí para recordarle la caminata que teníamos.

— ¡Ariza, hola! ¿Estás lista para subir la montaña? En unos minutos paso por tu apartamento para buscarte.

—Claro Adam. Mira, compré algunas cosas por si nos da hambre arriba.

Me encantaba que estuviese emocionada por subir. Antes de dejar que se metiera a su apartamento le mencioné que teníamos que subir antes de que oscureciera. Ella vio el reloj que tenía en su muñeca.

—Nos vemos en unos minutos —cerró la puerta.

Tomé la mayoría de las cosas que estaban en mi bolso y las coloqué sobre la mesa. Caminé directo a la cocina para buscar algunas cosas como agua, jugo, y las frutas que había comprado.

Dejé el bolso a un lado y preparé algo cómodo para subir la montaña. Mis botas estaban sucias de lodo de la última vez que subí; no le presté mucha atención, pues volvería a subir y se ensuciarían. Luego de quitarme la ropa y tomar un baño de agua caliente estaba listo para salir. Cuando me acordé que había dejado el bolso en la mesa, lo busqué rápidamente para luego ir por Ariza.

* * *

Luego de un par de horas ya estaba de camino con Ariza a mi lado, aventurándonos en el bosque; no me traje la bicicleta porque no tendría dónde dejarla. Mientras caminábamos le había dicho que un amigo había muerto en un accidente; Ariza sabía del accidente, pero no sabía que

Andy era mi amigo. Mientras los segundos pasaban cambié de conversación; estábamos aquí para divertirnos.

Yo estaba delante de Ariza, así ella vería dónde pisar. Habíamos llegado a tierras inclinadas, ella se estaba resbalando; en eso una roca la hizo tropezar cayendo sobre sus rodillas.

— ¿Estás bien? — pregunté mientras bajaba para ayudarla.

Ella solo se rio mientras noté que un moretón se formó en su rodilla de la que salía poca sangre. Me senté junto a ella y saqué la botella de agua que había traído. Una vez que el agua tocara su herida ella no hizo ningún gesto de dolor; no esperaba eso de ella.

—Gracias, Adam — dijo mientras me miraba fijamente; amaba cuando lo hacía, siempre me perdía en sus ojos. Decidí esperar a que se recuperara un poco aunque ella insistía en seguir; le dije que no tendríamos problema en subir en un rato.

—Quedémonos a descansar — ordené sujetándola del brazo; ella sonrió como solía hacerlo y se acercó más a mí. Un lindo mechón de cabello cayó por delante de sus ojos; lo tomé y traté de aproximarme a sus labios. No podía aguantar, mi sangre hervía por besarla; me acerqué a sus labios y los apreté con los míos.

—Tenemos que subir— dijo sonrojada.

Sabía que le había gustado, así que solo dije que estaba bien, que ya habíamos descansado.

Luego de subir unos cuantos metros y de haber besado los labios de Ariza estábamos en el pico de la montaña con una increíble vista del pueblo; a lo lejos podíamos ver las luces de Anchorage.

— ¿Valió la pena, no? — dije, esperando a que dijera algo, pero solo se quedó viendo el horizonte. Podía ver en sus ojos que le gustaba estar aquí, así que mientras ella disfrutaba de la vista yo decidí colocar las cosas que traje de mi apartamento para comer y beber.

Ya estaba en el suelo sentado viéndola parada allí; amaba el fondo que tenía delante de ella y la amaba a ella aunque no se lo había mencionado; ella debería de saber, por el beso, que quería algo.

Ariza volteó a verme; en eso una sonrisa, esta vez diferente a las demás, se posó en su rostro mientras el viento jugaba con su cabello oscuro. Ella caminaba hacia mí y luego se sentó a mi lado.

—Gracias por traerme, Adam, esto es hermoso.

Yo solo sonreí, no sabía qué decir; me encantaba el hecho de saber que a ella le gustara estar aquí.

—Ariza, ¿y tus padres?— pregunté. No esperaba que me respondiera, sabía que eso era demasiado personal, contando el hecho de que no había cuadros de sus padres en las paredes.

—Ellos ya no están con nosotros, nos abandonaron hace mucho tiempo.

—Lo siento, no debí preguntar.

—Tranquilo. ¿Y tus padres? —La pregunta que no quisiera responder, pero yo había abierto el tema de los padres, así que me tocaba terminarla.

—A mi padre no lo conocí, él nos dejó a mí y a mi madre apenas nací, sin embargo mi madre siempre decía que era un buen hombre, no entendía por qué. En cuanto a ella, pues mi madre vive en Canadá, vivía antes conmigo,

pero se mudó a casa de mis abuelos mientras yo salgo de la universidad.

Luego de haber visto que el sol ya no alumbraba como antes, le propuse regresar a Ariza.

—Debemos irnos antes de que oscurezca más— aclaré.

A pesar de que era agradable estar con ella, bajar a oscuras la montaña era peligroso, puesto que algunos lobos merodeaban en la noche y era difícil verlos. De camino cuesta abajo rogaba que no hubiese ningún lobo, ese sería nuestro fin. Ariza notó que estaba preocupado, pero no quería decirle lo de los lobos para no asustarla.

Estábamos en la carretera y justo un auto se detuvo a nuestro lado, cuando bajaron los vidrios era Aarón en su auto.

—Súbete, Ariza, tenemos que hacer algunas cosas.

Aarón no me había saludado, ella lucía sorprendida luego de haber visto a su hermano.

—Adam, tengo que irme con él. Me encantó estar contigo, gracias — dijo mientras besó parte de mis labios y mejilla, delante de su hermano.

Terminé solo caminando por las calles solitarias. Todavía sentía la sensación de que alguien me estaba viendo, luego de cruzar algunas calles vacías, noté que a lo lejos una manada de lobos venía hacia mí.

— ¡Maldición!— grité.

No podía quedarme allí, tenía que comenzar a correr; lo más cercano que tenía era mi casa y era porque tenía las llaves.

La adrenalina corrió por mi cuerpo; comencé a correr sin mirar atrás, aunque escuchaba cada vez más cerca los cientos de pasos que se escuchaban detrás de mí. Estaba

asustado, no quería morir; llegar al edificio se me hacía imposible y lo veía muy lejos. Al voltearme, un lobo saltó sobre mí dejándome sobre el piso; mi cabeza golpeó tan fuerte que me sentí aturdido. Segundos más tarde unos disparos se escucharon en mis oídos. Podía morir ahora y ser comido por los lobos de este maldito pueblo. No sentía que me estaban desgarrando la piel, pero si sentí que algo húmedo tocaba mi mano.

— ¿Estás bien, chico? ¿Qué rayos hacías caminando por aquí tan tarde? ¿Acaso eres un turista? — no sabía que decir a las muchas preguntas del oficial Brayan.

— Soy yo, Adam, oficial. Gracias por ayudarme — dije mientras recostaba mi cabeza del pavimento frío.

— Tranquilo, levántate que tienes a un lobo sangrando a tu lado.

¡Rayos! La cara del lobo estaba enfrente de mí. Me levanté rápidamente para quitármelo de encima; el oficial me extendió su mano.

— Vamos, relájate, ya está muerto. Ven, vamos, te llevo a tu casa.

No lo pensé dos veces; me subí al auto que estaba estacionado junto a una tienda de ropa. El oficial era la única persona que conocía aparte de Bill, que había sido amigo de mi padre antes de que me abandonara.

Quitándome la ropa para sacar la sangre que se encontraba en mi cuerpo, me di un baño y ya estaba algo relajado. Al día siguiente vería a Ariza, pero no le diría nada de lo que me pasó, no quería que se sintiera culpable; esto sería un secreto entre el oficial Brayan y yo, ya que le rogué que no dijera nada porque sabía que estas cosas llegarían a los oídos de la señora Dren.

* * *

Al día siguiente estuve en mi cama pensando en todo lo que me había pasado. Me levanté, me puse un pantalón y una franela de cuadros que tenía. Mientras iba camino a la sala escuché que alguien subía las escaleras; quería saber si era Ariza, así que abrí la puerta; en eso vi que en mis manos tenía algunas cortadas causadas por el ataque de anoche. Tomé mi sweater y caminé hacia ella.

—Hola, Ariza, — dije

—Hola, Adam — respondió, se notaba cansada.

Me acerqué un poco más a ella. De inmediato vi una mancha roja en su camisa de rayas color pastel, me pregunté por qué ella tenía eso allí.

— ¿Estás bien, Ariza?

—Sí, estoy perfecta, ¿por qué lo preguntas? — dijo nerviosa.

—Es que tienes una mancha que parece ser sangre, Ariza.

Noté que se puso pálida y buscaba con desesperación lo que le había dicho como si tuviera una enorme araña en algún lugar de su espalda. Como veía que no la encontraba di unos pasos más cerca de ella.

—Allí, mira, debajo de tu pecho — señalé. Estaba muy cerca de ella.

— ¡Ooh! Ya la encontré. Sí, es que Aarón tuvo un accidente con el cuchillo de la cocina. No me percaté que tenía eso allí, gracias — dijo

Seguía teniendo esa cara nerviosa, pero supongo que es por lo que le había dicho, no muchos reaccionan bien cuando les dicen que tiene sangre en su ropa.

—Espero que esté bien Aarón, ¿no se cortó mucho, verdad?

— No, solo un dedo — respondió con una sonrisa despreocupada.

¡Cómo me gustaría que se hubiese hecho más daño!

Ya la estaba hostigando con tantas preguntas, así que decidí parar y darle un abrazo, fue un impulso al notarle lo cansada que estaba. No sabía qué había hecho ayer que la tenía de esta forma, pero mi abrazo no iba a detenerse.

— ¿Qué estás haciendo? — dijo Ariza sorprendida. Su cara estaba roja pues ahora había causado que se sonrojara por segunda vez.

— Todos necesitamos un abrazo algunas veces — respondí.

Yo era más alto que ella, así que ella alzó su cara y por alguna razón desconocida mis labios estaban conectados a los de ella. Mi corazón se detuvo por una fracción de segundos y mi sangre circulaba rápidamente, sentía que podía levantar un auto. Ella se alejó y entró a su casa roja como un tomate, pero este era el tomate más jugoso y hermoso que habían tocado mis labios antes.

— ¡Adiós! — dijo. Luego cerró la puerta.

No podía moverme, todo había pasado tan rápido que aún me costaba recuperarme, ya era el segundo beso que le daba y la verdad sentía que alguien me había noqueado. Fue un beso corto, pero suficiente para dejarme en estado vegetal. Recuperé mis piernas y me di la vuelta. ¡Boom! Golpeé contra una pared enorme. Cuando subí mi mirada, Aarón estaba enfrente de mí.

— Adam, fíjate por dónde caminas — colocó su mano en mi hombro.

Gracias a Dios no había visto cuando su hermana me besó, pero lo único que sabía es que un golpe de Aarón en verdad me dejaría en estado vegetal. Él se veía más fuerte

que Sam y hasta más alto, así que era todo un luchador profesional que veía en la televisión los sábados.

—Disculpa, no te había visto — dije colocando mi mano sobre mi cabeza.

—¿Qué haces aquí? — preguntó levantando una ceja.

—Estoy aquí porque... — en mi mente no sabía qué decirle, pero se me ocurrió algo de inmediato. —Aarón, venía a decirte que ya tengo quien repare la nevera de tu casa — respondí. ¡Dios! Estaba aliviado de tener algo que decirle. En realidad no tenía quien reparara la nevera; lo dije para salvarme.

—Gracias, pero ya la arreglé — respondió.

Abrió la puerta, se adentró en su apartamento y luego la cerró. Después de unos cuatro segundos, la abrió otra vez: salió y extendió su brazo.

—Ya te puedes ir, ¿sabes? — Mis ojos se tornaron blancos.

—Disculpa, es que me quedé pensando. Ariza me dijo que te habías cortado el dedo.

—Ah, sí, pero fue un corte pequeño, nada de qué preocuparse — respondió calmado.

—Está bien. Bueno, adiós — dije dándome la vuelta y regresando a mi apartamento, como si me importara su estúpida salud.

* * *

No podía dormir. Recordaba el beso de Ariza una y otra vez junto con una sensación que corría por mi cuello hasta mi boca. Tenía la textura de los labios de Ariza en los míos; eran suaves y fríos como un helado. Miré por la ventana imaginándomela a ella. El sol comenzaba a ocultarse, así que el viernes me tocaría trabajar a oscuras y

salir tarde; me preocupaba, pues estas cosas de los homicidios sin resolver me ponían la piel de gallina. Cerré mis ojos con la imagen de esa chica.

El estúpido despertador sonó arruinándome el sueño que tenía con Ariza. ¡Cómo desearía que fuera real! Tomé una toalla y la coloqué sobre mi hombro. Me dirigí al baño aún dormido hasta que mi dedo golpeó la esquina de la mesa del salón. ¡Maldición! Quería morir, me dolía muchísimo, no podía caminar. Arrastrándome al baño encendí el calentador y me terminé de asear. Eché un vistazo al dedo que latía como mi corazón; estaba de color rojo. Definitivamente esto me despertó por completo.

* * *

Esa misma mañana antes de ir con mi escultura de treinta centímetros a la universidad decidí pasar por el apartamento de la señora Dren. Toqué la puerta y Dick en shorts cortos y una franelilla me abrió la puerta.

—Buenos días, ¿la señora Dren se encuentra? — dije con mis ojos abiertos. ¿Qué hacía Dick aquí? La Sra. Dren no tenía a su esposo, ya que él se había muerto hace mucho tiempo.

— ¡Dren, un joven te busca! — dijo Dick mirando por su hombro.

Luego de unos segundos la señora Dren venía con una bata de baño. ¡Qué horror! ¡Ellos habían dormido juntos! Muchas imágenes se cruzaron por mi cabeza. Eran asquerosas, así que las reemplacé por Ariza.

—Adam, ¿cómo te va? Dime qué deseas — dijo la señora Dren, sujetando los lados de la bata de baño para que no se le abriera.

—Solo venía a ver cómo estaba, pero ya veo que está muy bien — dije pícaramente.

— ¡Adam! Dick es solo un amigo y estaba ebrio, así que se quedó a dormir aquí — respondió en voz tenue para que Dick no la escuchara.

No podía creer que la señora Dren me estaba dando explicaciones, ella era cincuenta años mayor que yo. Sentí que la hacía sentirse incómoda, así que decidí marcharme y dejar que siguieran en lo que estaban haciendo.

Bajé las escaleras y di marcha a la universidad. Una vez llegué, volví a hacer mi rutina: enganchar la bicicleta al poste de luz y ver si la camioneta de Sam estaba parada cerca de la puerta; hoy lo veía y era hora de hablar con él para ver qué hacíamos en las largas vacaciones que teníamos. La graduación se acercaba, así que era hora de alquilar un traje para la fiesta de graduación estaba a unos días, hoy era el último día en que veríamos el sol en los últimos seis meses hasta marzo. El salón se encontraba en silencio, no sabía qué pasaba, no es normal ver a todos los chicos tan callados, algunos tenían sus esculturas, pero no estaban felices. ¿Qué había pasado? Donovan entró al salón.

—Chicos, seamos fuertes, estas cosas pasan. Tenemos que unirnos contra los males que se encuentran en este mundo — dijo Donovan serio como siempre.

¿Qué había pasado? ¿Por qué siempre soy el último en enterarme? Me di la vuelta para hablar con Marcus que se encontraba detrás de mí en el salón de clases.

—Un estudiante del equipo de hockey fue asesinado ayer, no saben quién es el homicida, pero algunos dicen

que es el mismo que mata en Anchorage.

Mis piernas temblaban al saber que el asesino ya había llegado aquí. Esto es muy malo. Si un asesino en serie anda suelto en Alaska tendría que estar muy precavido.

— ¡Oh, Santo cielo! — le respondí a Marcus quien puso un brazo sobre su rostro.

Todos los del equipo de hockey de la universidad se iban a graduar este año conmigo, era triste saber que este chico no lo iba a hacer. Los chicos no eran buenos, pero eso no quiere decir que merezcan morir, quien haya hecho esto tenía que pagar por todo.

Donovan revisó uno por uno las esculturas que había en el salón y a todas les colocó una nota increíble y poco predecible. Eso debería de alegrar a todos; sacar la nota máxima con Donovan era imposible. Supongo que lo hizo porque sabía que todos nos sentíamos mal por la muerte del joven, así que de alguna forma no quería que nos deprimiéramos más. Terminó la clase y algunos chicos iban a una misa que querían hacerle al chico, a la que yo no quería ir, ese tipo de cosas no me gustaban para nada. La clase de Estadística se canceló porque la profesora quería ir a la misa con los chicos, así que tenía la mañana libre. Antes de irme coloqué la escultura en mi casillero, tomé mi bolso y me subí a la bicicleta; comencé a pedalear... cuando Sam se cruzó enfrente con su camioneta.

— ¡Rayos, imbécil, casi me matas! — dije sorprendido.

—Disculpa — dijo riendo. A su lado estaba Michelle, que estaba sorprendida de que Sam hiciera eso, pero luego sonrió.

Sam tomó aire y me dijo que tenía que hablar conmigo algo importante. Me subí a su camioneta y me senté en la parte de atrás dejando mi bicicleta en el techo.

No sabía a dónde íbamos. Un pensamiento se posó en mi mente. ¿Y si Sam es el asesino?... ¡Por Dios, qué idiota soy! Lo conozco hace ya cinco años, ¿cómo puedo pensar eso? Sam estaba en silencio y Michelle veía por la ventana las enormes montañas. Me aclaré la garganta.

—Bueno, chicos, ¿a dónde vamos? — dije.

Me intrigaba saber, pero reconocí dónde estábamos: íbamos camino a la cabaña de los padres de Sam; no sabía qué hacíamos aquí.

—Llegamos — dijo Sam mirando a Michelle.

Los pensamientos que tenía antes se cruzaron más y más, mi corazón salía de mi sweater. Estaba un poco oscuro y la aurora boreal iluminaba el cielo estrellado. Si iba a morir, pues que sea ahora viendo esto que es tan increíble. Alejé los pensamientos negativos de mi cabeza cuando Sam abrió la puerta y encendió la luz, todos los que conocía estaban en la cabaña.

— ¡Sorpresa! — gritaron todos.

¿Cómo podía haber olvidado mi propio cumpleaños? Estaba paralizado y me sentía incómodo, obviamente me habían sorprendido. Sam golpeó mi cabeza.

— ¿Crees que tu cumpleaños lo iba a olvidar? Michelle fue la de la idea de dejarte de hablar por estos días.

— ¡Gracias, Michelle!

La felicidad se enmarcó en mi rostro. Todos se acordaron de mi cumpleaños menos yo, estaba tan preocupado por otras cosas que lo olvidé. Abracé a algunos de los que estaban, hasta a Michelle que fue la de la idea de hacer que Sam no me hablara, buscando entre las personas para

ver si veía a mi madre.

—Ella no pudo venir, Adam, pero dice que tiene un regalo para ti en tu apartamento — dijo Sam desilusionado.

—No importa, está bien — dije.

—Esa chica es muy linda, ¡qué lástima que no haya venido! — dijo Michelle al lado de Sam.

— ¿Cuál, acaso no hablábamos de mi mamá? — dije confundido.

—No, tonto. Creía que buscabas a Ariza, no pudo venir — dijo Sam.

— ¿Cómo sabes de Ariza? — dije bajando su mano de mi hombro que me sentía muy pequeño.

—Bueno... Pueblo pequeño — dijo Sam señalando a la señora Dren que estaba hablando con Dick.

No podía creer que Sam sabía de Ariza, la señora Dren es todo un periódico viejo. Cambiando de tema, ya que me sentía incómodo, le pregunté a Sam qué era lo que me tenía que decir. Sam aclaró que eso lo dijo solo por la fiesta, pero Michelle lo empujó.

— ¡Bueno, bueno! — tartamudeó Sam —Michelle y yo vamos a ir a vivir a Nebraska apenas terminemos algunas cosas de la universidad, supongo que en unas semanas.

Me impacté. Esta vez ya no vería nunca a Sam. Nebraska estaba muy lejos de aquí, tanto que duraría horas en avión. Sam percató mi tristeza y me dio un abrazo al cual después Michelle se unió. Alejándome de ellos les pregunté qué iban a hacer en Nebraska.

—La familia de Michelle tiene una tienda, ahí podría trabajar un tiempo mientras conseguía algo mejor.

— ¿Y tu papá? — pregunté aún triste por la noticia.

Estaba feliz por ellos, pero Sam es como mi hermano y no quería que se fuera, algo me faltaría. No tenía a mi ma-

dre y parece que a Sam tampoco, solo tenía a Ariza, que moriría por ella, y a su hermano que me caía muy mal.

—Mi papá se jubilará y venderá su bote para irse de Seward a vivir en Nebraska conmigo luego de que tenga una casa para ellos vivir.

—Bueno... Está bien — respondí con una sonrisa entre dientes para no hacerlo sentir mal. Como dije, estaba feliz por ellos.

Michelle salió de la cocina con un pastel de chocolate, mi favorito; luego todos comenzaron a cantar. Me sentía malditamente incómodo, esto de ser el centro de atención me tenía las mejillas rojas y me dolían de tanto forzar mi sonrisa. Sabía que me veía ridículo, pero era mi cumpleaños, así que no me importó.

CAPITULO 5

Todo había terminado y ya se habían ido de la fiesta sorpresa organizada por Sam y Michelle. Ellos se encontraban en el sofá compartiendo pastel de chocolate con sus lenguas, así que con la intención de arruinar sus degustaciones coloqué mis manos sobres sus hombros.

— ¡Chicos, los amo, gracias por todo! — dije acercándome para darles un abrazo, pero ellos se levantaron dándome uno por uno un cálido abrazo. El último de los dos fue Sam.

—Te quiero, amigo — dijo Sam.

Afuera estaba oscuro, así que Sam tomó las llaves de la camioneta y me dijo que me llevaría a casa. Michelle sonrió y antes de abrir la puerta del pasajero pregunte cundo iríamos por los trajes de la graduación y las noticias desilusionantes las tenia Sam en ese momento.

—No habrá graduación hubo pocas firmas de asistencia, parece que todos se están yendo del pueblo pronuncio Sam

Las cosas ya estaban empeorando y necesitaba que alguien lo dijera para confirmarlo luego Sam y yo nos fuimos. Ella se quedó en la cabaña, creo que ahora ellos duermen juntos.

Un largo regreso a mi apartamento había creado una conversación de todo el tiempo que conocía a Sam y lo mucho que lo extrañaría cuando se fuera. Luego de llegar

a donde vivía, me bajé de la camioneta y junto conmigo, mi bicicleta; antes de que se fuera, le grité a Sam.

— ¿Cuándo nos volveremos a ver para pescar con tu papá, como en los viejos tiempos?

—Pronto — dijo Sam acomodando el espejo de la camioneta.

Sabía que “pronto” era “nunca”, Sam estaba muy ocupado. La universidad está por cerrar, ya no tenía por qué ir, pues había terminado con todo y ver a Sam o a los chicos era imposible, ya que todos desaparecían en invierno por lo endemoniadamente fría que era esta época en Alaska.

Esperé a que Sam se fuera y cuando ya no podía ver su camioneta en la oscuridad decidí caminar un poco; tomé la bicicleta y la coloqué por donde debería ir.

Lo que me pasó con los lobos lo había dejado atrás, ya no me preocupaba. Antes de ir a dormir para trabajar con Bill mañana, di una vuelta por la cuadra donde vivía para relajarme un poco y pensar qué iba a hacer todo este invierno. De regreso sentía que alguien me observaba. Una extraña sensación podía sentir en mis pies. Caminar en la noche sabiendo que alguien había muerto en el pueblo me tenía paralizado. Un auto se acercó a mí y se detuvo. Sin poder hacer nada me quedé esperando a que pasara algo. No quería correr porque nunca el que andaba a pie salía ganando la carrera, así que me quedé parado allí.

El vidrio del auto se bajó y era el oficial Brayan Crawford. Sentí un gran alivio al verlo, tenía el corazón latiendo por lo asustado que estaba; no podía imaginar

morir aquí y menos en el día de mi cumpleaños.

—Jovencito, ¿qué estás haciendo por aquí a oscuras?

— dijo el oficial entrecerrando los ojos.

—Estaba caminado a mi casa, oficial. Estaba en una fiesta, es que hoy es mi cumpleaños.

—Bueno, ¿quieres que te lleve?

No podía negarme, estaba todavía asustado. Fui un idiota al querer caminar ahora que estaba todo oscuro con un asesino en serie suelto. Abrí la puerta del pasajero y me senté colocándome el cinturón de seguridad.

—Adam, no camines más por las calles, ¿acaso no sabes del joven que mataron? — preguntó el oficial.

—Lo siento, es que quería tomar aire fresco — respondí.

—Está bien, ya llegamos, ¿aquí vives, verdad?

No me había percatado de que ya estábamos enfrente del edificio, parece que no estaba tan lejos. Antes de bajarme de la patrulla, Brayan sujetó mi hombro.

— ¿Tú no aprendes, verdad? Si hace un día te salvé de un lobo, Adam.

Estaba avergonzado; él tenía razón, fue una mala idea haber caminado después de lo que me pasó y más con lo del homicida. Me bajé y cerré la puerta, luego di la vuelta y me despedí con la mano; no se fue sino hasta que cerrara la puerta. Brayan es un gran oficial.

Llegué a mi apartamento cansado. La luz de la casa de Aarón y Ariza estaba encendida. No quería molestar ahora, aunque los chicos me dijeron sobre el regalo que ella tenía para mí. Abrí mi puerta y justamente cuando iba a entrar, Ariza abrió la suya, tenía una bolsa en sus manos y corrió a mí como si lo de ayer no hubiese pasado.

— ¡Feliz cumpleaños, Adam! — dijo mientras me besa-

ba la mejilla; podía oler de su cabello menta y aloe vera.

Ella se separó de mí, aunque yo solo quería seguir pegado a ella. Me gustaba y algún día tenía que decírselo.

—Gracias, ¿por qué no fueron a la fiesta que planearon algunos amigos? — pregunté.

—Tenía que hacer algunas cosas con Aarón, pero prometo que a la próxima iré.

Como podía decir eso, faltaba un año completo. Solo sonreí y miré la bolsa que tenía en sus manos.

— ¡Oh, casi se me olvida! Toma esto, lo compré cuando salí con Aarón; espero te guste.

La bolsa estaba cerrada y quería abrirla, pero no iba a actuar como niño; le di un beso en su mejilla como especie de agradecimiento.

—No te hubieses molestado, Ariza —respondí luego de terminar de besar sus suaves mejillas.

Ella sonrió y colocó su mano en su cabello que se había suelto por haberse acercado a mi cabeza.

—Bueno, Adam, voy a regresar a terminar lo que estaba haciendo, ¡que duermas bien!

Esta vez no besé sus suaves y jugosos labios, pero lo haría otra vez sin duda. Solo me coloqué detrás de la puerta mientras ella se iba; una vez cerrada, coloqué mi trasero en el sofá y abrí mi regalo para ver qué me había dado: era una franela color negro que tenía escrito “Mi invierno”. Aunque las letras estaban increíbles no entendía por qué decía eso. Me la probé para ver si me quedaba perfecta y, la verdad, estaba a mi medida.

Una vez me había quitado la camisa, tomé la bolsa y en eso un papel cayó de ella. Dejé la bolsa a un lado y recogí el papel; tenía una frase escrita:

“Mi invierno contigo será perfecto.”

Esto me había contentado, eso me decía que Ariza estaría conmigo estos 6 meses y podría amarla. Me levanté con el papel aún en mi mano y lo coloqué junto al despertador para verlo todos los días.

* * *

Desperté a la mañana siguiente y lo primero que vi fue ese papel, estaba todo oscuro y el frío era increíblemente molesto. Me arrojé con mi abrigo y mis botas de nieve.

Eran las ocho de la mañana y solo se veía un pequeño rayo de luz que se ocultaba a veces por las espesas nubes grises.

—Bienvenido, invierno — dije mirando el cielo oscuro.

No podía manejar la bicicleta, ya que había nevado en la noche y todavía no había pasado la barredora de nieve. Me apresuré a llegar antes de que Bill abriera solo y me regañara por eso.

Al llegar me di cuenta de que Bill todavía no había llegado, así que me recosté de la pared de la cafetería, tomé mi teléfono y reproduje música mientras esperaba que llegase.

Mientras escuchaba música vi pasar la barredora de nieve con Bill atrás pitando como demente. Me quité los auriculares y la barredora dejó una montaña enfrente del local de Bill, la cual sabía que yo tenía que limpiar.

Bill se bajó de su auto y cerró golpeando la puerta, fue a la maleta de su auto y sacó una pala. Se veía en su rostro lo molesto que estaba; odiaba llegar tarde para abrir la cafetería porque sabía que todos tomaban café muy temprano.

— ¡Estúpidos! ¡No saben hacer bien su estúpido trabajo! — dijo Bill enojado mostrando su dedo del medio al sujeto de la barredora de nieve.

Me eché a reír, Bill es todo un demente a la hora de molestarse.

— ¿De qué te ríes? Ven, ayúdame, toma esta pala y saca lo que dejó el idiota mientras abro la tienda.

Aun sonriendo me acerqué a Bill, tomé la pala de sus manos y comencé a sacar la nieve y colocarla a un lado.

Bill encendió las luces de la tienda y todos comenzaban a venir. En un par de minutos yo había terminado y la tienda estaba repleta de personas. Sin descansar fui a ayudar a Bill que estaba sirviendo café como loco.

—Espera, espera... Ya estoy aquí, Bill, esta bebé es mía — dije refiriéndome a la máquina de café.

Bill sonrió y me dio permiso. Comencé a tomar la orden de todos y uno por uno se iban marchando felices con su café caliente. Era como un superhéroe sin máscara y sin músculos. Quería un respiro, atender a tanta gente era como mi *kriptonita*^{*}, estaba agotado. Bill lo notó, así que me dijo que fuera a tomar un descanso.

No quería estar en la parte de afuera de la cafetería: las personas no me dejarían descansar porque algunos sabían que yo trabajaba aquí y me pedirían cosas, y con Bill viéndome tenía que hacerlas.

^{*}**Kriptonita:** *Es un mineral ficticio que aparece en los comics de Superman de DC Comics.*

Fui a la puerta trasera de la cafetería, el lugar donde Bill hacía sus llamadas. La parte de atrás de la cafetería era un callejón cerrado entre varios edificios, lo único que se podía ver era el cielo con algunas estrellas brillando. No fumaba aquí, estar afuera era poco necesario para tomar un descanso. Me asomé por la puerta y podía ver a Bill calmado. A mi lado, en la barra de la cocina, había dos tortillas de chocolate; no le iba a preguntar a Bill si me las podía comer, así que las tomé y volví a sentarme en una pila de cajas vacías de la tienda. Por un momento no escuchaba nada, solo el viento al jugar con los cables de electricidad de los edificios de al lado. A pesar del frío, era agradable estar atrás, aunque estaba solo y oscuro.

Sentí que mi descanso terminó luego de haberme comido las dos tortillas de chocolate. Volví a trabajar.

Una vez adentro podía ver a Bill estar sentado en la caja. Estando algunas mesas sucias, regresé a la cocina por algunos pañuelos para limpiar las mesas que tenían café derramado.

De camino a la última mesa junto a la ventana vi el auto de Aarón pasar a toda velocidad; no sentía que algo estaba mal porque el idiota ya estaba demente.

Luego de terminar todo, me coloqué detrás de la barra junto a mi bebé en espera de que alguien entrara, pero nadie lo hacía. Al ver el reloj en la pared ya era demasiado tarde; una sensación incómoda se disparó por mi cuello, podía sentir el miedo de caminar a esta hora.

— ¡Hey, Bill, mira la hora!— dije mientras señalaba el reloj de la pared.

— ¡Adam, el tiempo pasó muy rápido! Bueno, déjame

llamar a mi esposa mientras tú terminas de limpiar las mesas.

Mientras pasaba cerca de mí tomé su brazo derecho.

—Las mesas están limpias, las limpié mientras estabas en la caja — dije mientras señalaba lo limpias que estaban.

Una vez se dio la vuelta, sonrió.

—Buen trabajo. Yo cierro. Ya te puedes ir, campeón.

No lo pensé dos veces, tomé mis cosas y salí de la cafetería.

Estaba agotado; tenía mucha hambre, a pesar de haber comido las tortillas. Solo quería descansar, no veía la hora de llegar a casa; había salido del trabajo muy tarde. Luego de haber caminado tres calles arriba de la cafetería, observé dos sombras que peleaban, decidí acercarme, la curiosidad me consumía. No distinguía las personas que estaban luchando, la luz dejó ver algo que no podía creer: era Ariza sacando un cuchillo del pecho de un hombre. Mi cuerpo se paralizó, ¿cómo esto estaba pasando?, una luz mostró el rostro de Ariza. Estaba molesta, había odio en su rostro, tenía que irme de aquí y jurar nunca haber visto esto.

Recuperé mis piernas tratando de no hacer ruido y caminé sigilosamente para no hacer ningún sonido. Del miedo no me di cuenta de que una maldita lata estaba delante de mí y la pateé. Mi corazón se detuvo otra vez, la adrenalina explotó como la vez que corría cuando los lobos estaban detrás de mí. Mis ojos se fijaron en los de Ariza cuando volteé adonde estaba. Sin pensarlo dos veces comencé a correr.

¡Rayos! Sabía que me había visto. No podía detenerme. Corría tan rápido que no sentía mis piernas tocar el suelo de la calle, podía sentir la adrenalina correr por cada vena de mi cuerpo. Mi respiración era tenue, sentía que me faltaba el aire. Mis ojos habían visto un escenario que solo en las películas veía y, a pesar de todo, me daba miedo. ¡Esto no tenía que pasarme a mí y justo con mi vecina! A la cual amaba.

Llegué a la puerta del edificio. Una vez que me detuve, vomité lo poco que había comido por haber recordado ver la sangre que brillaba a la luz de la aurora boreal.

Subí las escaleras como nunca las había subido antes golpeando con las paredes por el cansancio. Entré a mi apartamento y allí me quedé recostado en el piso detrás de la puerta. Cerré los ojos y rogué que esto fuera un sueño, pero los pensamientos atormentaban mi mente. Tal vez ella se estaba defendiendo y algo salió mal, nunca pensaría que Ariza hiciese algo así, ella es tan delicada y hermosa. Yo era increíblemente ingenuo. Recordé que Ariza tenía una mancha de sangre y había dicho que Aarón se había cortado el dedo.

Apenas podía hablar, todo lo que me dijo de aquella vez era mentira, ella tenía una mancha muy grande y Aarón había dicho que fue un corte pequeño, tanto que no necesitaba nada para que se aliviara. Todo este tiempo mis vecinos eran unos asesinos y yo estaba completamente enamorado de ella.

Era increíble justo cuando ellos pisaron este pueblo las cosas comenzaban a ir mal, había deducido todo, eran ellos.

No podía respirar, el pánico era peor que aquel día con los lobos. Todavía en la puerta decidí levantarme, tenía que hacerlo y buscar algo, ya que ella vendría por mí.

¡Maldición, vendría con su hermano! Soy testigo de un asesinato.

Tomé un cuchillo que estaba a la vista y volví a la puerta en espera de que algo pasara; estaba enfrente de mi realidad y, si algo sabía, es que no importa cuántas veces Ariza me haya besado y yo a ella, sabía que yo moriría.

Minutos más tarde alguien tocó mi puerta.

— ¡Adam, vamos, sé que estás allí! ¡Abre la puerta, puedo explicártelo!

¡Dios...! Por mi mente pasaban películas de miedo que jamás tenía que haber visto.

—Adam, puedo explicártelo — dijo Ariza otra vez, pero esta vez su voz era diferente, era triste.

—lo lamento, no deberías de haber estado allí—

-Abre por favor - pronunció esas últimas palabras como si le doliera.

— ¿En serio? — respondí sarcásticamente.

Decidí abrir la puerta, algún día tenía que salir. Me levanté y la abrí lentamente. Mis piernas no dejaban de temblar, era un completo cobarde. Solo es una mujer, pero ¡maldición! ella es como *Kill Bill** y yo uno de los japoneses.

***Kill Bill**: Película de acción y suspenso de dos partes estrenada en 2003 y 2004 que fue escrita y dirigida por Quentin Tarantino.

Una vez que la puerta estaba abierta ella entró sin permiso y luego Aarón pasó detrás de ella, cerrando la puerta sin hacer ruido.

—Adam, nosotros no matamos a personas inocentes — dijo. Sus ojos estaban llorosos y su voz era ronca.

— ¡Explícame qué hizo el hombre que vi a quien sacaste un cuchillo de su pecho! — dije enojado.

— ¿Quieres saber? — respondió.

— ¡Rayos, sí quiero! — dije

Ariza tomó un fuerte respiro y comenzó hablar. No sabía si las palabras que salían de su boca eran ciertas, pero se oían convincentes. Ella dijo que ese al que había matado, era un secuestrador de niños quien se hacía pasar por una buena persona para eliminar sospechas.

— ¿Qué demonios...? ¿Por eso lo mataste? — dije con la boca abierta.

Sabía que algunas veces los secuestradores pedían dinero y devolvían a los niños, por eso me parecía cruel tener que matar a una persona por eso, para eso existe la prisión.

— ¿Por qué no le dijiste a la policía? — escupí.

— Idiota, ellos trafican órganos de niños — dije enojada.

Era la primera vez que Ariza me insultaba; mis dudas surgieron. ¿Cómo ellos sabían que eran traficantes de órganos y la policía no tenía conocimiento de esto? Era estúpido. Ariza fijó su mirada en mí, estaba viendo mi cara, sabía que tenía muchas dudas y que me las tenía que aclarar.

—Adam, la policía no sabe de esto porque hay un grupo corrupto en la policía del estado.

— ¡Maldito! ¿Cómo pueden hacerles esto a los niños?
— pregunté enojado.

Ariza pasó una mano por su cabello. La observé de abajo hacia arriba para ver si tenía alguna mancha de sangre, ella parecía ser una profesional en esto. Me explicó que hay una especie de organización de millonarios que estaban dispuestos a pagar lo que sea por salvar a sus familiares.

Seguía sin creer que esto esté pasando en Alaska. Sabía que esto pasaba, pero no en Alaska, y menos en Anchorage.

—El mundo tiene secretos oscuros, Adam — dijo Aarón.

Se me había olvidado que él estaba aquí, un escalofrió me recorrió desde el cuello hasta las manos. Él estaba recostado en la esquina junto a mi ventana, no había encendido la luz cuando entré. Aunque sus ojos son oscuros, brillaban por la luz que entraba por la ventana. No podía estar a oscuras con ellos, es atemorizante, así que escabulléndome encendí la luz y ahí estaban mis nuevos vecinos.

—Tengo una pregunta — dije con una voz vacilante.

—Está bien, tienes derecho a hacerla— dijo Aarón moviéndose adonde estaba Ariza. Ella se encontraba recostada junto a la mesa, su rostro estaba blanco y hermoso. Todavía me gustaba, hasta sabiendo su secreto.

Aaron Tomo una pausa y justo cuando iba a preguntar soltó con facilidad, pero luego tendré que matarte.

Ariza lo miro y luego poso en sus labios la verdad

Eso no es cierto

—Ustedes dos... — dije, siendo interrumpido por Aarón otra vez.

— ¿Nosotros dos qué?

— ¿Puedes dejar de interrumpir? — escupí.

— ¿Quieres saber si fuimos nosotros los que matamos al chico del equipo de *hockey* y los dos de Anchorage? O si somos ese famoso asesino serial.

¡Rayos! Me lo había hecho tan fácil.— Sí fuimos nosotros, ¿tienes algún problema? — dijo Aarón como si no le importase asesinar.

Él dio un paso adelante, sabía que se estaba irritando, pero Ariza sujetó su mano. Él venía directo a golpearme, no sabía por qué lo hizo.

No quise parecer un cobarde, así que me aclaré la garganta e hice lo que parecía mi última pregunta.

— ¿Qué hacen con las personas que saben lo que hacen? Incluyéndome — dije asustado.

— Adam, hasta ahora solo tú sabes esto y la verdad no tenemos intenciones de matarte, si es eso lo que crees — dijo Ariza con una sonrisa débil.

— Tú tienes más tiempo aquí y la verdad nos puedes servir de mucho — dijo Aarón colocando su brazo sobre mí.

Aparté su brazo y me eché hacia atrás.

— No me pidan que mate. Sé que estas personas están haciendo algo malo, pero no puedo matar, nunca haría algo así.

— Lo sé, por eso me agradas — dijo Ariza.

No podía creer que le estaba sonriendo por lo que me dijo. Aarón pasó cerca de mí, abrió la puerta y se fue dejándome con Ariza.

— Sé que su intención es buena, pero ¿matar? ¡Maldición, eso no es fácil! — dije una vez que Aarón cerró la puerta detrás de él.

Ella estaba frente a mí, sus ojos se conectaban con los míos; quería besarla y olvidar todo lo que había pasado.

Un silencio pesado se mantuvo por unos segundos. Ariza estaba pensando algo para decirme, se veía en sus ojos oscuros.

—Una vez que tienes un propósito, Adam, nada te detiene. Mi propósito es vengar la muerte de los niños.

Estaba cansado y completamente agotado, todo esto me quitó el hambre que tenía y solo quería respuestas.

—Perdón por haberte hecho esto. Sé que es difícil de asimilar, pero cuando estés en mis zapatos o los de mi hermano, me entenderás— dijo mientras caminaba a la puerta; se veía triste.

Aunque me costaba asimilar todo lo que había visto hace algunas horas, no quería que Ariza se sintiera mal; dejé que se fuera luego de sonreír. Caminé hacia mi cama; una vez acostado, no pude dejar de ver el papel que había dejado cerca del despertador.

Maldita ironía.

CAPÍTULO 6

Todo va de mal en peor. Sam se mudará a otro estado muy lejos de Alaska, la chica que me gusta es una vengadora homicida y su hermano un psicópata. Las cosas se agravaban con todo el pueblo hablando del hombre que Ariza asesinó anoche. No sabía cómo fingir no saber nada de esto, y por ello no salí de mi apartamento en todo el día.

No podía encender la radio: todas las emisoras hablaban de la desaparición de dos niños la semana pasada y el hecho de saber tanta información me estaba volviendo loco. Era yo o el sonido del reloj se hacía más fuerte. Quería decirle a alguien lo que sabía, esto me consumía, no podía comer ni dormir. Caminaba por el apartamento con una desesperación tan intensa que el sábado por la noche no quería comer; ese sábado fue terrible.

El domingo no se hizo esperar, yo estaba más relajado. No había visto a Ariza ni a Aarón, así que estaba un poco calmado. Esa misma tarde alguien tocó mi puerta, no quería abrir, pero tenía que hacerlo.

—Adam, soy el oficial Brayan Crawford.

¡Qué alivio! Confiaba en Brayan, todos lo conocían. Abrí la puerta; el oficial tenía cara de hacer muchas preguntas.

—Dígame, oficial, ¿en qué le puedo ayudar? — dije sonriendo muy nervioso, cosa que espero que no haya notado.

—Adam, tus vecinos te vieron correr la noche del viernes, ¿tienes algo que decirme, jovencito? — preguntó cruzando sus brazos.

¡Dios, esto es el fin! ¡Me echarían la culpa del asesinato! Soy un sospechoso, esto no estaba bien.

—Oficial, la verdad iba corriendo porque...

Una sombra se cruzó por detrás de Brayan y luego Aarón apareció al lado de la puerta entrecerrando los ojos, pude ver que sonrió e hizo un gesto de silencio colocando su dedo delante de sus labios.

El oficial notó algo en mi mirada, se dio la vuelta para saber que veía y ahí estaba Aarón con su mejor cara de confianza. ¿Cómo podía él actuar de manera tan normal luego de que su hermana hubiese matado a alguien y un oficial estuviera a metros de su puerta?

—¿Qué hay, oficial? ¿Tiene algo? — dijo Aarón.

—Por los momentos nada, señor Williams — respondiendo a la pregunta de Aarón.

Aarón entró y el oficial se volteó hacia mí. Se aclaró la garganta.

—Bueno, Adam, ¿qué hacías corriendo esa noche?

¿Qué le podía decir? No lo que Ariza y Aarón me confesaron. Moriría antes de que me llevaran a prisión, Aarón me mataría o, peor, me torturaría hasta morir.

—Porque había salido tarde y no tenía la bicicleta, estaba asustado porque un chico había muerto ya en el pueblo — dije — aparte, recuerde las muchas veces que me ha salvado — agregué. No quería sonar tan predispuesto, pero era algo inevitable

Al parecer se escuchó convincente porque el oficial solo movió su cabeza afirmando lo que dije; estaba aliviado. Le mentí al oficial que me podía ayudar y mucho peor, ahora soy cómplice por amor y miedo.

Luego de que el oficial Brayan se fuera, Aarón me guiñó el ojo.

—Buen trabajo. La próxima vez, actúa calmado; él te conoce y sabe que no eres capaz de matar a nadie.

Luego del estúpido consejo de un asesino, decidí ofrecerle la salida, ya que, otra vez, mis nervios llegaron a mí y quería estar solo por un tiempo.

* * *

Luego de estar acostado en el sofá pensando si debería irme del pueblo a casa de mi madre, Ariza entró a mi casa sin tocar la puerta, estaba muy nerviosa, seguida de Aarón, que entró enojado.

—Espero no le hayas dicho nada — dijo Ariza.

— ¡Maldición, no! — respondiendo a la estúpida pregunta que salía de sus labios.

—Adam, no confíes en nadie, ni en la anciana esa que tienes de abuela — dijo Aarón señalando donde vivía la señora Dren.

— ¡No te metas con ella, imbécil! — escupí furioso, estaba apretando los puños. Aarón ya se había excedido, quería golpearlo en la cara.

— Dime, ¿qué harás? ¿Golpearme? ¿En serio? — dijo sonriendo diabólicamente.

Sabía que si peleaba con él yo perdería y podía morir. Gracias a Dios, Ariza se interpuso entre ambos.

— ¡Basta, Aarón, cálmate! — dijo Ariza.

Aarón fue hacia la pared cruzando sus manos y apoyán-

dose en ella. Les pregunté si habían escuchado acerca de la desaparición de los niños la semana pasada. Ariza y Aarón confirmaron con sus cabezas, pero no dijeron nada por unos segundos hasta que Ariza me sujetó la mano.

—Adam, los niños eran asesinados apenas desaparecían.

Lo que me dijo era terrible, algunas familias todavía pensarían que sus hijos volverían; esto es una locura. Aarón se pasó una mano por los cabellos y salió de mi apartamento sin decir nada.

Ariza se sentó en mi mueble y yo la seguí. Estábamos juntos y a solas. Aunque este no es el momento para hablar de lo mucho que me gusta no podía dejar escapar esta oportunidad.

—Ariza... — dije en voz baja.

— ¿Sí, Adam? ¿Tienes algún problema? — dijo, respondiendo rápidamente.

“Sí, tu eres mi problema, eres hermosa. Estar contigo me quitaba el aliento, amo tus ojos oscuros que hacen que me pierda en cada mirada. Estoy loco por ti”, quería decirle eso, pero no podía, mi boca no me dejaba; solo moví la cabeza afirmando que no tenía ningún problema. Ella recostó su cabeza en el sofá dejando ver su cuello blanco y suave. Su cabello oscuro caía hasta sus codos, quería besar su cuello. Aclaré mi garganta.

—Ariza, ¿tus padres dónde están? — pregunté. Aunque sabía que había hecho esa pregunta, pero ya comenzaba a pensar que todo lo que me había dicho era mentira.

—Ellos están en alguna parte de Europa, nos dejaron cuando cumplí 16.

Quería hacerle una última pregunta, esta me intrigaba, necesitaba saber.

—Ariza, ¿desde hace cuánto hacen esto? — pregunté en voz baja, como si estuviéramos en un lugar público y alguien nos estuviese escuchando.

—Bueno... Desde que nuestros padres nos dejaron, después de que mi hermano menor fue secuestrado por ellos y lo hallaron tirado en un frío lago cerca de Anchorage.

—Lo siento— dije. Ya sabía cuál es su verdadero propósito y el de su hermano.

—No te preocupes — dijo mientras se acomodaba en el sofá.

Ella nunca tenía problemas para responder, siempre decía las cosas claras, sin ninguna tristeza ni miedo, amaba eso de ella.

Ariza se había quedado dormida en mi sofá. ¡Dios! Esta es la primera vez que la veía dormir y se veía hermosa; su labio inferior unido al otro provocaba felicidad en mi estómago.

Quería besarla, quería abrazarla, quería tenerla, quería que fuera mía.

Todos los días despertaba, me iba a trabajar y veía a Ariza y Aarón en las tardes. Cuando llegaban, ellos me enseñaban algunas cosas sobre lo que pasaba y, a pesar de que no sabían quién era el líder de este grupo de secuestradores, porque el que les daba la información solo decía quiénes hacían el trabajo sucio, mi rutina era completamente aburrida. En estos días, Bill algunas veces se veía algo molesto y las llamadas que hacía atrás de la cafetería eran más constantes.

Un día cuando regresaba de la tienda vi a la desaparecida señora Dren subir las escaleras con Dick; caminé un poco más rápido para alcanzarlos, aunque no hacía falta. Una vez estando a metros detrás de ellos, tomé las llaves de mi apartamento e hice un poco de ruido, los dos voltearon al mismo tiempo.

— ¡Adam, hijo, cuánto tiempo! Justamente iba a subir con Dick para hablarte de algunas cosas.

—Está bien, vamos, no tengo nada que hacer.

Me acerqué a Dick y acerqué mi mano para un apretón de manos.

— ¿Cómo te ha ido, joven? — preguntó Dick.

¿Qué le podía decir? ¿Que mi vida estaba envuelta en un desastre, que estaba enamorándome más de la chica que mataba por venganza o que esconder su secreto pesaba más estos días que seguían sucediendo las cosas? Mejor me mantenía callado.

—Muy bien, señor, gracias por preguntar — sonreí entre dientes.

Abrí mi puerta y ellos pasaron.

—Pónganse cómodos— dije señalando el sofá.

Mientras caminaba a la cocina en busca de café para preparar revisé todo y encontré una bolsa de café que Bill me había dado una noche antes de cerrar. Mientras el café se hacía regresé donde estaban; podía ver que algo le pasaba a la señora Dren, estaba triste; me senté frente a ellos.

—Díganme, ¿qué han hecho todos estos días? — pregunté, mientras juntaba mis dedos.

Los dos sonrieron, luego se miraron pícaramente, no quería saber por qué, así que solo me dirigí a Dick con otra pregunta.

—Oiga, señor, ¿ha vuelto a navegar?

—Claro hijo, junto a ella he estado navegando todos estos días, tenemos que decirte que...

La señora Dren no dejó que Dick terminara de hablar.

—Yo se lo digo, cariño — dijo la señora Dren mirando a Dick fijamente.

—Adam, el señor Dick y yo vamos a viajar en su barco por unos días y, por eso queremos decirte que me mudaré con él y, pues, ya no te veré por mucho tiempo, querido Adam.

La tristeza corrió por mi rostro, la señora Dren era la única persona que me ayudaba y me daba consejos; aparte, estar con ella era agradable, había tenido grandes experiencias. Tomé sus manos.

—No se preocupe, envíeme una postal desde donde estén y recuerde que siempre le voy a estar agradecido por cuidar de mí todo este tiempo.

Me levanté y fui a revisar el café; ya estaba listo. Tomé la jarra de la cafetera y caminé con 3 mini vasos a la mesa, ellos estaban abrazados; imaginé que yo también estaría con Ariza así, pero a la velocidad en la que iba tardaría más en estar solo que en decirle que la amaba, pues aún no lo había hecho.

Interrumpí su abrazo dejando la cafetera en la mesa.

—Adam, ¿por qué te molestaste haciendo esto? — dijo la señora Dren.

— ¡Vaya! ¿Molestarme? Para nada, usted sabe que yo hago esto desde hace mucho tiempo y ya es parte de mí.

Le serví café a los dos; mientras, Dick comenzó una historia sobre dónde iría con la señora Dren; ellos recorrerían todo el mar de Alaska y luego viajarían a algún lugar después de terminar de cumplir su sueño.

CAPÍTULO 7

Todo en mi vida estaba pasando rápidamente. Las semanas pasaron, dos niños habían desaparecido y mi mejor amigo estaba en Nebraska con el amor de su vida.

Me enteré de que Jeff, Marcus y Dilan se mudaron de Alaska para ir a Chicago porque no estaban cómodos en el pueblo por la muerte de Andy. Yo pasaba más tiempo con Aaron y Ariza. La Sra. Dren se mudó con Dick y ahora navegaban, lo último que supe de ella es que estaba en algún lugar de Estados Unidos.

Como no tenía universidad y la graduación era después de que terminase esta oscuridad, trabajaba con Bill cuatro días a la semana. Era agotador, pero no tenía nada que hacer aparte de estar con Ariza.

El martes muy temprano tenía que ir con Bill a Anchorage. De camino Bill había encendido la radio, estaban pasando noticias sobre las navidades tristes que pasarían este año las familias de todos los que habían muerto, pues faltaban pocos meses. Bill cambió y una voz enojada gritaba por la radio. El sujeto decía algo de un niño que estaba desaparecido y que era ya el tercer niño en el mes; mi respiración se tensó. Respirar se me hacía más difícil. Aunque las ventanas estaban abiertas sentía que me fal-

taba el aire, no quería seguir escuchando la radio porque sabía que estos niños estaban muertos y su cuerpo escondido en alguna parte de Alaska.

Todavía no podía creer que alguien haga algo así, es enfermizo, solo son niños, me parecía inconcebible que esto pasara. Aunque no conocía a esos niños, no podía imaginármelos sin cumplir sus sueños, ya que el mayor de ellos tenía cinco años. La rabia se apoderó de mi cuerpo, sentía una impotencia terrible. Olvidé el hecho de estar ignorando a Bill en todo el camino

— ¿Qué te pasa, Adam? — preguntó Bill sorprendido por verme ausente.

— Nada, solo que me imaginaba la familia de esos niños, es trist...

Antes de terminar la palabra llegamos a Anchorage, el miedo se sentía en la ciudad, esto no era normal. Las personas que habían muerto por manos de Ariza y Aaron y los niños desaparecidos por culpa de la organización causaron miedo en las personas. Las calles estaban solitarias, a pesar de que la ciudad es enorme comparada a Seward.

Llegamos al almacén donde Bill compra las cosas para la cafetería; Bill se bajó y me pidió que diera una vuelta por la ciudad para relajarme un poco porque se dio cuenta de que me sentía algo tenso.

Tomé las llaves y conduje por las calles, los anuncios de los niños estaban por todos lados. La voz de Ariza se escuchó en mi cabeza mientras manejaba, de alguna forma sentía que lo que hacía Ariza y Aaron estaba bien.

Tenía muchas ganas de llegar a Seward y decirles a los chicos lo que estaba pensando hacer.

Rescatar a los niños era imposible. Recordé que Ariza me dijo que apenas tenían a los niños, estos eran asesinados de inmediato. Una rabia despertó dentro de mí.

Bill había terminado y me mandó un mensaje para recogerlo. Tener que conducir por las mismas calles donde estaban las fotos de los niños tenía mi cabeza dando vueltas.

Bill se acercó y mientras yo pasaba al lado del copiloto, él se subió a la camioneta. La cartera de Bill cayó al suelo y una foto salió de ella llegando hasta mis pies, la tomé: Bill estaba en la foto con toda su familia. Algo raro había en esa foto, estaban dos niños en ella y Bill solo tenía un hijo, pero este niño de la foto era mayor que el que yo conocía. Bill tomó la foto de mis manos y la escondió en su cartera otra vez.

De camino no mencioné ninguna palabra, observaba a Bill cada dos minutos. ¿Quién era ese niño? ¿Por qué Bill tenía la mandíbula tan apretada? Luego de dos horas llegamos a Seward; los pescadores estaban bajando salmón de sus botes. Quería llegar para decirle a Ariza que un niño había desaparecido y lo que quería hacer. Bajé las cosas de la camioneta de Bill y me despedí de él. Había dejado mi bicicleta enganchada de un poste al lado de la tienda; la tomé y a toda velocidad llegué.

Toqué la puerta y Aaron abrió.

— Dime, Adam ¿qué quieres? — preguntó con una voz fría. Sabía que no estaba contento con verme, no me im-

portó, buscaba a Ariza. Ella se encontraba detrás de los hombros de Aaron, rápidamente sin entrar a su apartamento les dije lo del niño.

Aaron me sujetó de la camisa y me haló hacia dentro cerrando la puerta tan fuerte que los cuadros que estaban colgados cerca se movieron. ¡Rayos! Aarón tenía mucha fuerza.

— ¡Maldición! — dijo Ariza. Era la primera vez que escuchaba a Ariza maldecir.

— ¡Estos hijos de pu...! ¡No van a parar! — dijo Aarón enojado.

— ¿Qué van a hacer? — dije.

— ¿Qué?, ¿quieres unirte? — dijo Aarón levantando una de sus cejas.

Quería hacerlo, no quería sentir más impotencia por no hacer nada. Ellos tenían la solución. Ariza estaba recostada de la pared, estaba pensando en algo y, si ella iba a hacer algo, yo también lo haría.

Luego de 20 segundos de silencio que había contado segundo por segundo, Ariza tomó su abrigo y salió sin decir nada, Aarón la siguió tomando las llaves de su auto. Yo iría con ellos, quería ayudar a parar esto.

Bajando las escaleras Aaron tenía la mandíbula sobresaliendo y Ariza estaba enojada con lágrimas en los ojos. Me subí al auto sin preguntar si podía ir con ellos, no dijeron nada, así que ya estaba dentro en esto.

De camino le mencioné a Ariza lo que estaba pasando en Anchorage y cómo las personas no salían a la calle.

—Pronto esto acabará, Adam, ya lo verás — dijo Ariza toda confiada.

Escuchar eso de ella me aliviaba, de alguna forma sus palabras entraban como flechas a mis oídos y cada palabra que decía nunca se me olvidaba.

Llegamos a un bar de mala muerte a las afueras de Seward; Aaron se bajó y se agachó para decirme que no hiciera contacto directo con las personas adentro, ya que no eran muy buenas que digamos. Tragué saliva y salí del auto colocándome detrás de ellos. Cuando entramos el bar estaba medio lleno, había prostitutas sentadas en el bar acariciando a sujetos completamente sucios, algunos no tenían dientes, se notaba cuando sonreían. Esto estaba mal, quería regresar, dejé de mirar, recordé lo que me indicó Aaron y solo bajé mi cabeza evitando tocar a alguien.

—Hola, chiquita, ¿quieres tener algo de placceerr conmigo? — le dijo un sujeto ebrio a Ariza que caminaba junto a él.

Cuando iba a golpear al sujeto, el brazo de Aarón lo golpeó tan fuerte que en cuestión de segundos el sujeto estaba del otro lado de la barra, todos voltearon y luego siguieron tomando su cerveza como si nada hubiese pasado.

Todavía tenía mis manos hechas puño, aún estaba molesto. Ariza tocó la puerta y un sujeto les abrió, pasamos y todo estaba oscuro; no podía distinguir el rostro de él, pero su voz era familiar. No sabía dónde había escuchado esa voz, pero me sonaba de algún lugar; es posible que haya comprado un café muchas veces en el lugar donde trabajo.

—Otro chico murió, ¿qué sabes? — dijo Aarón.

— ¡Buenoo! Primero, ¿quién es tu amigo? — preguntó

el hombre.

—Es solo un amigo — respondió Ariza dando un paso hacia delante.

—Tranquila... Si él no viene a hacer nada aquí, entonces que espere afuera — dijo.

Ariza volteó a verme y con sus ojos sabía que quería que me fuera, así que salí sin berrinches.

Me quedé detrás de la puerta, escuchaba algunas cosas, pero la mala música del bar no me dejaba escuchar bien. Mientras Ariza y Aarón averiguaban decidí caminar hacia el bar donde Aarón había dejado el sujeto detrás de la barra, me coloqué junto a otro de gafas oscuras, era la única silla desocupada; luego de haberme sentado, el sujeto volteó a verme.

Giré mi cabeza lentamente hacia la puerta y luego llamé al cantinero que coqueteaba con una mujer ebria.

—Oiga, señor, ¿me puede traer una cerveza, por favor? — grité al cantinero.

Todos los de la barra se me quedaron viendo. ¡Maldición! ¿Cómo pude decir “por favor” estando en este bar? El de mi lado con gafas seguía viéndome fijamente, ¿qué estará viendo este sujeto?

—Ared, tráele una cerveza a este niño — dijo el sujeto de las gafas.

—Gracias— dije.

Mientras el cantinero me traía la cerveza y la colocaba enfrente de mí, me quedé viendo al sujeto de las gafas; bajé mi mirada hacia donde estaba la cerveza y la tomé con la mano.

— ¡Salud! — dije y luego tomé un poco de cerveza.

El sujeto de las gafas sonrió entre dientes, luego miré dentro del vaso que me había dado el cantinero y observé que algo se estaba disolviendo. ¡Rayos! ¿Cómo pude haber caído?

Me levanté rápidamente; un mareo me golpeó mientras caminaba al baño o lo que parecía ser la puerta donde estaba Ariza. Sabía que esto estaba mal: lo que habían dejado en mi cerveza me estaba dejando dormido; caí al suelo y en unos 10 minutos que parecían una eternidad, Aarón salió de la puerta con una carpeta y Ariza se encontraba detrás. Estaba tirado en el suelo; Ariza se acercó a mí, podía verlo, pero no me podía mover. A los pocos segundos estaba en el auto y Aarón le estaba gritando a Ariza algunas cosas sobre mí; no podía oírlo bien por algo que zumbaba en mis oídos como algún motor de auto.

Desperté en el parque, lo reconocía porque había visto ese letrero antes y sabía que estaba en el parque del pueblo. Ariza se acercó a mí.

—Oye, ¿qué rayos te pasa? — gritó Ariza.

No sabía qué decir, mi lengua estaba dormida, pero tenía que disculparme.

— ¿Quién te dio esa cerveza, Adam? — preguntó Aarón.

Recuperé poco apoco mi lengua.

—Un sujeto me la dio, tenía unas gafas.

— ¿Acaso tu madre nunca te dijo que no aceptaras cosas de extraños? — gritó Aaron.

Recordé el millón de veces que mi madre me lo decía.

—Solo tomé un poco

—Gracias a dios dijiste que fue un sujeto de gafas.

—Sí — dije.

— ¿Es ese que está del otro lado de la calle?

— ¡Maldición! Sí, es ese mismo sujeto —estaba paralizado, el sujeto nos había seguido.

Aarón caminó hacia al sujeto mientras Ariza se sentaba a mi lado.

—Adam, él es un secuestrador y vendedor de órganos. Gracias a que salimos rápido de allí, o si no estarías en una bañera con hielo o en algún lago.

— ¿A dónde fue Aarón?

—Fue a procurar que ese tipo no nos siga.

— ¿Lo matará? — pregunté en voz baja.

Ella afirmó con su cabeza dejando caer parte de su cabellera sobre mi rostro; me gustaba oler su cabello las veces que estaba cerca de ella. Aarón regresó demasiado rápido, Ariza lo siguió y por unos segundos de haber recuperado mis pies los seguí hasta el auto y me senté callado a esperar que llegáramos al apartamento.

—Adam, ¿estás listo? — preguntó Ariza.

¿Listo para qué? Estaba confundido con su pregunta. Ella lucía tranquila, no tenía gestos en su rostro, se volteó a verme y estaba completamente blanco y sus labios estaban rojos. Quería besarla. La última vez que lo hice mis labios sujetaron los de ella, la sensación seguía en mis labios y era imposible quitármela.

— ¿Quieres comenzar en esto? — preguntó Ariza esta vez con más seriedad que la última vez.

Quería hacerlo, pero se me hacía imposible el hecho de matar a una persona. Ella tiene un motivo, yo no, yo solo siento tristeza, pero eso no es suficiente, no lo es.

—Adam... — dijo Ariza. Esta vez quería una respuesta y tuve que hacerlo.

—Sí, Ariza, quiero hacerlo, quiero formar parte de esto,

quiero estar a tu lado en esto — dije sonriendo cuando terminé la última frase.

Ella me devolvió la sonrisa, fue hermosa. A pesar de que estábamos hablando de matar, su sonrisa hizo que me olvidara de todo lo que nos rodeaba. Si buscaba un motivo, ella es el motivo por el cual mataría.

El pesado de Aarón interrumpió nuestras miradas. Habíamos llegado al edificio y teníamos que comenzar a preparar todo. Mientras Aarón bajaba del auto yo hacía lo mismo, pero Ariza repentinamente sujetó mi brazo.

—Tranquilo, no tienes de qué preocuparte, estaré contigo siempre

Me acerqué a besar sus mejillas blancas que una vez de haber terminado de besarlas radicalmente cambiaron a rojizas, eso me encantaba y no era la primera vez que sucedía.

Ese mismo día Ariza me pidió que fuera el día siguiente a su casa para hablar. Tenía que estar preparado mental y físicamente para ese día; amaba a Ariza y no quería arruinarlo.

Pensar en el gran día de mañana me había hecho perder todo el día. Todo estaba oscuro y la hora marcaba las 10 de la noche; ya había almorzado y cenado, solo tuve que ir a mi cama para esperar el gran día.

* * *

Llegó el esperado martes. Me levanté de la cama y tomé un baño rápido para ir a la tienda a comprar un vino para llevar más tarde a casa de Ariza; tomé las llaves de mi apartamento. La tienda estaba a dos calles, no necesitaría la bicicleta. El auto de Aarón no estaba afuera, él se habría ido del pueblo, por eso Ariza me invitó a cenar con ella.

De camino a la tienda por algo de vino y algunas otras cosas, veía que muchas personas estaban nerviosas y murmuraban “asesinato” en el parque; indiscutiblemente todos estaban hablando del asesino que trata de matarme.

Un miedo recorrió mi cuerpo; había recordado que Aarón había regresado muy rápido y el hecho de que había matado al sujeto tan rápido no me tranquilizaba, era evidente de que Aarón odiaba a estos sujetos y, la verdad, no lo culpo.

Llegué a la tienda y seguía escuchando los rumores; esta vez eran peores, algunos decían “él era un buen sujeto”, refiriéndose a quien había matado Aarón; la comunidad de Seward era tan ingenua. Con el vino en la mano y algunas galletas, caminé hacia la fila para pagar lo que tenía. La cajera que anteriormente me atendió no estaba, en cambio estaba el dueño de la tienda, de seguro la cambiaron por demente. La fila pasaba rápido. Me quedé parado allí esperando por si recordaba comprar algo, pero nada se me vino a la mente; tomé mis cosas y pagué al dueño de la tienda.

La bolsa que envolvía el vino era de papel y tenía miedo de que se rompiera, ¡qué bueno que había venido caminando! La sujeté por debajo y las otras cosas con la otra mano. Esta vez, a pesar de que era temprano, no había nadie en la calle, supongo que ya estaban lo bastante asustados como para estar más tiempo en la calle, ¡qué triste es saber que algunos inocentes sufran por este grupo! El que los niños desaparecieran y que Aarón y Ariza vengaran tenía a todo el pueblo atemorizado.

Mientras caminaba podía ver a los oficiales ir a toda velocidad, pero no entendía por qué lo hacían; si en realidad quisieran atrapar a los sujetos solo tenían que ir a un lugar, luego recordé que no todos los oficiales sabían sobre el grupo.

Al llegar al edificio, subí las escaleras; el vino lo coloqué en la mesa junto a la puerta y las cosas las tenía que dejar en la cocina para comenzar a preparar el almuerzo.

No era tarde. De camino a la cocina encendí la radio; pasaba las emisoras y todas hablaban de los asesinatos que ocurrían en la ciudad y el pueblo, me imagino cómo estaban los periódicos repletos de anuncios de “se busca” e información de las personas que habían muerto. Apagué la radio, tomé mi teléfono y lo conecté a los amplificadores para reproducir mi lista de canciones.

Tomé las cosas que había comprado y comencé a preparar la comida. Hasta ahora nada andaba mal en mi casa; no me quemé tratando de cocinar y en pocas horas estaría junto Ariza a solas.

La música se seguía reproduciendo automáticamente mientras comía; nada podía ser más relajante que escuchar tu música favorita mientras comes. Había acabado de comer. Luego de que dos canciones terminaran de reproducirse tomé mi plato y lo coloqué en el lavaplatos junto a las cosas que había usado.

Estaba lleno, tenía que esperar a que la comida bajase un poco, así que me senté en el sofá y cerré mis ojos para dormir un poco. A pesar de los días raros que pasaron, las

ganas de dormir no se iban; yo sabía quién los hacía y la sensual de mi vecina se vengaba por ello.

Aunque mi intención era dormir, me había levantado rápidamente y asustado creyendo que había perdido la cita con Ariza, pero no, solo habían pasado algunas horas; me levanté para prepararme. Coloqué lo que me iba a poner en la cama: una camiseta marrón y unos pantalones de jean desgastados, no me quedaba más ropa en el armario, algún día tenía que llenarlo con ropa nueva.

A los pocos minutos de haberme bañado y vestido me miré en el espejo rápidamente; recordé que esta camisa no era mía, sino del difunto hijo de la señora Dren. Me quedaba bien, no tenía otra. Enfoqué mis ojos hacia la pared donde estaba el reloj que marcaba la hora, eran ya las seis; tomé mi sweater y las llaves y salí de mi apartamento. Justo cuando daba algunos pasos hacia la puerta de Ariza, recordé que había dejado el vino, di una vuelta; en eso, Ariza abrió la puerta.

¡Rayos!

—Adam, ¿a dónde vas? — preguntó; se notaba algo sorprendida.

¿Qué podía decir? Seguí caminando.

— ¡Espera, olvidé algo! — grité.

Apuré mis pasos para traer el vino y abrí la puerta. Del otro lado estaba ella parada, esta vez estaba sonriendo. No tuve que pasar, coloqué mi mano en la manilla de la puerta y con la otra tomé el vino junto a la puerta donde lo había dejado. Cerré la puerta y cuando ella me miraba levanté la botella de vino y señalé hacia ella; luego caminé riendo.

Ella me ordenó que pasara; antes de hacerlo le di la botella de vino.

—Toma, gracias por la invitación —dije mientras seguía riendo por lo que había pasado.

—Gracias. Ven, terminemos de pasar— dijo.

No caminamos hacia el sofá, sino directamente hacia la mesa en el comedor, ¿cómo no recordar la mesa donde había dejado los bocadillos el día de la fiesta? Ahí es donde la vi con su hermoso vestido; esta vez tenía otro vestido de color azul; amaba todo lo que era de ella. Este es el momento de decirle lo mucho que me gusta.

Luego de unos segundos de estar viéndonos a los ojos y sonreír, vi lo que había preparado: una hermosa cena; había hecho salmón con puré de papas y ensalada.

Ella es perfecta.

Una larga noche de risas donde yo le contaba lo que me había pasado con el agua fría la había dejado muy feliz, me encantaba verla así.

El tiempo cenando había pasado rápido y luego de terminar me levanté y la ayudé a recoger todo, ella encendió la radio y estaban pasando canciones de amor, justo el ambiente perfecto, ella me gustaba y era el momento de avanzar. Colocamos todo en el lavaplatos y nos sentamos en el sofá, ella tenía el brazo cerca de mí, poco a poco acerqué mi brazo al de ella y la toqué suavemente, ella volteó a mí.

—Dime, Adam — dijo Ariza sorprendida

—Te amo — dije mirándola a los ojos con firmeza tratando de no perderme en sus ojos oscuros. Ella se sonrojó, se veía incómoda, pero sabía que le había gustado que le dijera eso, sabía que estaba esperando esto.

Estábamos solos, así que me acerqué a ella con miedo de que me rechazara, pero no lo hizo, ella seguía mirándome.

Coloqué un mechón de su cabello detrás de su oreja, seguí bajando mi mano hasta su cuello donde coloqué mi mano detrás y la jalé hacia mí, ella no se resistió y me besó otra vez, allí estaban sus labios fríos.

Besaba su cuello con intensidad, su piel olía a durazno, cada parte de su cuello olía así, de ahora en adelante mi fruta favorita sería el durazno, me recordaría a ella.

—Adam... — dijo como si le faltara el aire.

—Ariza... — dije después de un beso largo en sus labios.

Ella colocó mi mano sobre mi pecho y me alejó un poco, quería detenerse y yo no quería, amaba esto, quería más.

Unas llaves se escucharon afuera, Aarón venía rápidamente. Me separé de Ariza y me alejé de ella hasta la otra parte del sofá, Aaron entró frunciendo el ceño.

— ¿Por qué respiran así? — preguntó Aarón.

No podía ser más obvio. Tomé mi sweater y antes de salir me despedí de Ariza con un beso en su mejilla.

—Gracias por la cena — dije en sus bellos oídos.

Ella se mordió los labios y se levantó. Mientras yo me iba me quedé parado en la puerta mirando a Ariza para despedirme por última vez, Aarón sujetó la puerta y la cerró en mi cara.

— ¡Imbécil! ¿Cuál es su problema? — dije en mi mente. Me di la vuelta y comencé a caminar a mi apartamento; la puerta se abrió otra vez, Ariza se asomó.

— T - E - A - M - O — dijo letra por letra sin hacer ruido. Quería besarla, pero ella cerró la puerta.

Entré a mi apartamento, no encendí las luces, solo me fui a mi habitación deseando que nunca hubiese llegado Aarón, pero algo bueno sabía, es que Ariza me amaba y yo a ella y ahora juntos compartiríamos algo.

* * *

Aarón tocó la puerta a la mañana siguiente, estaba oscuro; apenas abrí la puerta, me preguntó si ya estaba listo.

— ¿Para qué debería estar listo? — pregunté mientras fruncía el ceño.

Aarón terminó de pasar sin que yo se lo ofreciera.

—Tienes que estar listo para pelear.

Estaba asombrado de que ya me estuviese ofreciendo esto.

—Vamos, te entrenaremos en el bosque, te daré algunos consejos de cómo matar.

No podía creer lo que estaba pasando en mi apartamento; Aarón me enseñaría a matar a varios del grupo. No asimilaba el hecho de que él quería entrenar conmigo para darme algunos consejos de cómo matar. Lo que pensaba era frío, pero era por un bien, no podía negarme.

Me había bañado antes de que él tocara mi puerta, así que solo tomé mi sweater y nos dirigimos caminando al bosque lleno de nieve; él sujetaba un bolso.

Una vez cerca del bosque podía ver que no había mucha gente caminando a pesar de la hora. A lo lejos y antes de entrar al bosque di un vistazo largo a la cafetería, pero no estaba abierta. Era raro saber que Bill no abrió hoy; supongo que era por la poca cantidad de gente que caminaba.

A continuación ya nos encontrábamos en el bosque. En algunas partes del suelo la nieve cubría parte de las rocas enormes que sabía que estaban allí. Luego de atravesar algunos árboles y sin que Aarón me dirigiera una palabra llegamos a un campo abierto por el que muy pocas veces pasaba y, a pesar de la poca luz que había, podía ver que más adelante se encontraba el lago donde a veces venía a relajarme.

—Llegamos — dijo Aarón lanzando el bolso que sujetaba contra la nieve.

—Al fin — dije mientras veía que estaba un poco ansioso. Esta no era una buena idea, Ariza no se encontraba y yo estaba solo con el sicópata de Aarón.— ¡Rayos, mala idea! — dije en voz alta.

— ¿Sabes pelear? — preguntó Aarón.

—Sí — respondí.

—Bueno, entonces, da tu mejor golpe — gritó Aarón.

Tenía mi muerte asegurada, moriría aquí en este bosque frío.

— ¡Vamos, Adam! No tenemos todo el tiempo — dijo dando pasos hacia mí.

— ¡Rayos! — dije en voz alta otra vez— ¡ahí viene!

En solo dos segundos Aarón estuvo delante de mí y me golpeó justo en la nariz; me tambaleé, cayendo sobre mi espalda, él me había noqueado. No podía levantarme, tenía los ojos entrecerrados y algo tibio salía de mi nariz, él me había partido el tabique.

— ¿Qué mierda te pasa, imbécil? — grité. Estaba aturcido, su golpe era doloroso.

— ¡Vamos! No te hice nada, solo fue un golpe suave — escupió colocando un gesto en su cara de cabrón.

En realidad creo que sí lo fue, había visto a Aarón en el

bar golpeando a un sujeto y la verdad su golpe había hecho que cayera detrás de la barra.

Coloqué mi mano sobre mi nariz y vi qué era lo cálido que tenía: mi mano estaba completamente llena de sangre; Aarón me había roto la nariz con solo un maldito golpe.

Estaba furioso. Di forma a mis manos con puños y salté sobre él golpeando su mandíbula una y otra vez.

¡Maldición!

Él ni se movía, al parecer estaba acostumbrado. Sujetó mis dos manos, las separó y me dio una patada en el estómago cortando mi respiración, caí al suelo sin poder respirar, estaba jodidamente mal; cerraba los ojos y después de segundos los volvía a abrir, no podía pararme.

— ¡Adam! — gritó una chica. Reconocí esa hermosa voz, era Ariza.

— ¿Qué rayos te pasa? ¿Por qué le hiciste eso? — preguntó Ariza a Aarón mientras todavía me encontraba viendo los árboles enormes del bosque. Mi espalda estaba congelándose por la nieve del suelo, luego Ariza apareció interrumpiendo mi vista.

Y solo me quedé con esa imagen en mi cabeza de su hermoso rostro delante de mí, aún sin poder ver muy bien. Alguien me levantó rústicamente y me lanzó dentro del auto haciendo que me golpeará contra el vidrio.

Aunque por la falta de aire no podía hablar para decirle lo idiota que es, en mi mente me imaginaba mil maneras de cómo matarlo. El imbécil me trataba como un muñeco de trapo.

— ¡Aarón, no hagas eso! — escuché la voz de Ariza enojada, sabía que estaba disgustada por cómo me dejó él.

— Bueno, ¿cómo esperas que lo dejen los de la OTO?
— gritó Aarón.

Yo sabía lo que era la OTO, así Aaron les decía a la Organización de Tráfico de Órganos; si ellos me tuvieran no tendrían piedad, me torturarían vivo.

Recuperé la vista luego de unos minutos. Abrí mis ojos por unos segundos porque no podía ver mucho, solo las sombras de los árboles; los cerré por unos segundos y cuando los abrí veía la hermosa aurora boreal que iluminaba el cielo estrellado de Alaska. Aún no lograba levantarme por mí mismo, así que Aarón me levantó, el muy hijo de p... tenía mucha fuerza. Abrieron la puerta de mi apartamento y Aarón me lanzó; literalmente, me lanzó contra el sofá.

— ¡Con cuidado! — gritó Ariza.

Escuché la puerta cerrar, pero alrededor unos pasos se escucharon, luego una salvadora Ariza colocó una toalla húmeda sobre mi nariz limpiando la sangre. Me levanté y me recosté de la mano del sofá. Mi camisa estaba llena de sangre y estaba húmeda, Ariza me sonrió.

—Lo siento, mi hermano a veces se comporta como un idiota — dijo. Ella todavía estaba enojada, pero seguía limpiando delicadamente.

—No te preocupes, estoy bien — sonreí.

El dolor latía constantemente, pero no era momento de ser un completo debilucho. Odiaba tener sangre en mi pantalón. Tomé el borde de mi camisa y apretando los labios me la quité. ¡Cómo desearía tener un cuerpo envidiable en este momento! Ariza bajó sus delicados dedos encima de mi pecho desnudo, se detuvo en mi abdomen, se recostó encima de mí y besó la mitad de mis labios.

La electricidad se fue en ese momento, solo teníamos la luz de la aurora boreal que entraba por la ventana.

No quería perder más tiempo, tomé algunos mechones de cabello y los coloqué detrás de sus orejas para ver otra vez su bello rostro. Estábamos en el sofá, me levanté y comencé a besarla hasta estar sobre ella en el sofá, sabía que estaba cómoda. Coloqué mi mano donde terminaba su camisa y se la quité delicadamente para que no se asustara, ella no se resistió, me acerqué para besarla.

Otra vez tenía mis manos sobre los bordes del sofá, si algo debía pasar tenía que ser ahora. Besé cada centímetro de su cuello bajando hasta su pecho, ella levantó su pecho lentamente dejando su espalda separada unos centímetros, tomé el botón de su pantalón y lo desabroché, ella hizo lo mismo y uno por uno nos quitamos los pantalones húmedos por la nieve.

Estábamos semidesnudos, el calentador dejó de funcionar por la falta de electricidad y el frío se hizo presente, pero nuestros cuerpos estaban calientes luego de quitarnos las prendas de vestir. Hubo una línea de besos desde sus piernas hasta sus labios.

En una vuelta rápida dejándome debajo de ella, se sentó encima de mí, me levanté un poco y la abracé sin dejar espacio entre nuestros pechos. Mis manos la rodeaban, coloqué mis dedos sobre el broche de su sujetador y lo desabroché, bajé mis manos lentamente por su espalda haciendo que se erizara todo su cuerpo.

Lo que estábamos haciendo era amor y era increíble. Sin querer ella golpeaba mi nariz algunas veces, eso me dolía, pero la verdad en este momento no me importaba.

—Adam, te amo — dijo Ariza dejando su aliento recorrer todo mi cuello, el frío hacía que nuestros alientos se vieran.

—Ariza — dije sin poder hablar casi — te amo — jadeé.

No sentí que lo que estábamos haciendo estaba mal. Me gustaba Ariza y ella gustaba de mí. Nuestros cuerpos estaban unidos, mis labios estaban hinchados y los de ellas estaban rojos, luego todo pasó.

Entendí la diferencia de tener sexo y hacer el amor.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente desperté en el sofá con Ariza desnuda, ella se veía hermosa durmiendo. Me levanté con cuidado de no despertarla para ir a preparar un desayuno increíble; tomé la camisa que me había obsequiado y un pijama de rayas que estaba en mi cama y me dirigí a la cocina.

En ese caminar pasé delante de un espejo.

¡Maldición...! Aarón me había dejado el ojo morado y mi nariz estaba ligeramente torcida. Ariza no tenía que verme así. Corrí antes de llegar a la cocina y tomé un baño rápido antes de que ella despertara.

Volví a la sala. Ella seguía durmiendo en el sofá. Tomé mi camisa de StarWars y la coloqué en la mesa. Su camisa estaba llena de sangre por mi culpa, así que cuando despertara tendría que colocarse algo limpio. Tomé rápidamente las cosas para preparar panquecas; las hice lo más rápido que podía, tomé un plato limpio y las coloqué allí; tomé una bandeja y dos vasos con jugo de naranja. Ella se había despertado y tenía su cabello recogido, tenía puesta mi camisa, amaba como se veía; me senté junto a ella. Ariza sonrió y me besó.

—Aaron te tiene que golpear más a menudo — dijo Ariza riendo entre dientes. Sabía que lo que hicimos esa no-

che le había gustado, le devolví la sonrisa.

—Estoy dispuesto a pasar por eso solo por ti — dije. Era tan masoquista. Dentro de mí jamás quería que Aarón me golpeará, era endemoniadamente doloroso y él no tendría piedad de hacerlo otra vez. —Quiero estar junto a ti, Ariza — dije colocando mi mano junto a la de ella. Mi intención con ella era buena, amaba todo lo que tenía relación con ella, menos al idiota de su hermano.

—Yo también, Adam — otra vez sonrió dejándome sin palabras. Acerqué el plato a ella y coloqué el vaso de jugo a un lado.

—No te gustará esto, pero tienes que seguir entrenando con mi hermano hoy hasta que estés listo.

No sabía qué decir, no quería luchar contra Aarón. La última vez, hace unas horas, él me había dejado mal y como ejemplo tenía mis ojos morados. No le podía decir que no.

—Está bien. Hoy me imagino que tenemos que volver al bosque — dije.

—Sí — afirmó, no solo con su hermosa boca, sino que sacudió su cabeza.

Minutos más tarde habíamos terminado de desayunar; ella se levantó y caminó hacia la puerta. Antes de que abriera la puerta le sujeté la mano, le di una vuelta rápida y la besé tan fuerte que su cabeza se echó para atrás. Coloqué mi mano sobre la pared junto a la puerta y la seguí besando, dejándola sin escapatoria. Ella colocó su mano sobre la manija de la puerta y la abrió; me detuve, di dos pasos atrás y dejé que se fuera. Me quedé mirándola hasta que entró a su apartamento.

Recogí sus cosas; las mías las coloqué en la lavadora. Estaba listo para practicar contra Aarón. Después de que Ariza cerrara su puerta, tomé mis botas y mi sweater limpio, tenía que ponerme unos lentes oscuros ya que no quería que Bill me hiciera ninguna pregunta acerca de ello, bajé las escaleras y comencé a correr por las calles oscuras.

Esta vez Bill había abierto la cafetería; crucé la calle y abrí la puerta. Bill estaba solo en la caja en la tienda, no había nadie.

— ¿Qué tal, Bill? Oye, ayer pasé por la tienda y estaba cerrada.

— ¿Qué tal, Adam? Sí, es que tuve que buscar algo en Anchorage. Como puedes ver, no hay mucha clientela, así que no me importó cerrar.

No noté que Bill estaba molesto, pero sí algo tenso. Le pedí que me diera una tortilla para almorzar; faltaban pocas horas para preparar el almuerzo y no tenía muchas ganas de hacerlo.

Luego de pagarle a Bill y de tomar la tortilla, caminé despacio al hospital del pueblo; odiaba como olía, pero necesitaba saber si estaban bien mi nariz y mi ojo, ya que estaban algo hinchados.

— ¡Oh, amigo! ¿Quién te golpeó?— dijo el doctor apenas me vio.

—Me caí de mi bicicleta — dije. Sabía que no podía decir que Aarón me había hecho esto; el doctor preguntaría el motivo y yo no le diría que me estaba entrenando para matar a un grupo traficante de órganos en el pueblo.

—Tienes que tener más cuidado — sugirió el doctor.

Caminé hacia la habitación de Rayos X. Mientras me tomaba la radiografía, pensaba en cómo Ariza me había

visto así en la mañana y lo ridículo que me estaba viendo.

Al terminar, seguí a la enfermera que me sentó en una silla y me examinó la nariz; luego de unos segundos el doctor había entrado, lucía algo feliz, esperé que me diera buenas noticias.

—Bueno, no tienes nada de qué preocuparte, la enfermera te colocará la nariz donde va y te colocará algo para el ojo.

Mientras el doctor salía de la habitación veía cómo la enfermera acercaba sus manos hacia mi nariz.

—Esto no te dolerá, espero que para la próxima tengas más cuidado.

—Ajam... — dije esperando a que terminara con esto de una vez por todas.

Lentamente ella colocó sus dos dedos encima de mi nariz y dio un rápido movimiento haciendo que sangrara. Ella había vuelto a poner mi nariz en donde debería estar; estaba un poco asombrado. Frotó mi nariz con una toalla húmeda y terminó colocándome algodón dentro para que no siguiera botando sangre; me pidió que mantuviera mi cabeza por unos minutos arriba y luego que me fuera.

¡Gracias, mi dios! Esto había terminado. Salí caminando al edificio esperando ver a Aarón más tarde para entrenar.

Minutos después de haber llegado tomé un baño, estaba ansioso.

Encendí la radio y pasaban una canción. Gritaba la canción sin importar si alguien me escuchaba; amaba esta canción y amaba a Ariza.

Terminé de bañarme y me senté en el sofá a comer la tortilla que había comprado en la cafetería; justo después de terminar Aarón tocó mi puerta.

¡Demonios...! ¿Y si viene a matarme por haber hecho algo con su hermana? Tomé un fuerte respiro y abrí la puerta, Aarón pasó y Ariza lo siguió. Ella se veía normal, tenía puesta otra camisa y su cabello estaba húmedo; se había bañado.

—Esta es tu primera víctima — dijo Aarón colocando una carpeta sobre mi pecho. Él sonreía endemoniadamente.

¡Dios mío! ¿Es mi imaginación o es que el sonido del reloj sonaba más fuerte? Tomé la carpeta con mis dos manos y la abrí, no podía creer lo que estaba viendo: había una foto de una chica, la reconocía de inmediato, era la misma que tocó mi espalda en el comedor, la misma de la fiesta de Aarón y Ariza, ella es.

—Dina — dije sorprendido.

No podía pararme sobre mis piernas, me temblaban tanto que me podía caer en cualquier momento. Tenía la mesa cerca, así que me recosté en ella.

—¿Estás seguro? — le pregunté a Aarón.

Ariza no había dicho ni una palabra, estaba parada al lado del sofá.

—Adam, esa chica que ves allí es la que secuestró al niño que escuchaste en la radio cuando estabas con Bill tu jefe.

—¿Cómo? — estaba atónito por qué Dina haría algo así, es imposible. — ¿Cómo saben eso? — pregunté a los dos esperando que Ariza dijera algo.

—Hay muchas personas que dicen todo por no querer morir — dijo Aarón sonriendo.

Obviamente esto les hacía más fácil el trabajo de encontrar quién hacía eso.

Aarón no quería perder más tiempo, así que colocó sus

manos sobre la manilla de la puerta y antes de abrirla dijo que había una fiesta mañana en el bosque y que todos los chicos de la universidad estaban allí, así que Dina de seguro iría para actuar normal delante de los demás.

—Adiós — se despidió Aarón dejando a Ariza conmigo otra vez a solas.

— ¿Quieres que haga esto? — le pregunté a Ariza.

Ella no dijo nada, así que me acerqué a ella levantando su barbilla para mirarla a los ojos.

—Respóndeme, por favor, ¿quieres que haga esto? — le pregunté otra vez.

—Adam, no quiero que estés en esto conmigo. Aunque matamos por un motivo, tú no tienes uno. Pronto el arrepentimiento vendrá a ti y será muy doloroso — ella tenía razón en cada palabra.

Aunque ella era el motivo por el cual iba a matar no era suficiente para quitarle la vida a alguien, no es un juego de mesa donde si pierdes vuelves al inicio.

Ariza me abrazó rodeando sus manos alrededor de mi espalda, coloqué mis manos sobre sus mejillas y mirándola a sus oscuros ojos le dije que quería hacerlo sin tener ningún motivo.

Aarón regresó abriendo la puerta. Gracias a Dios Ariza y yo estábamos separados. Aarón se sentó en el sofá y colocó su mano sobre su cabeza.

—Adam, ven aquí, tengo que explicarte algunas cosas que debes saber.

Tomé asiento junto a él y esperé a que hablara, tomé un fuerte respiro y coloqué mis manos sobre mis rodillas.

—Bueno, hay cinco cosas que debes saber: uno, actúa normal delante de las personas, que ellos no sepan que vas hacer algo malo; dos, habla con algunos chicos... Bueno,

no tienes amigos, así que hablarás conmigo y Ariza; tres, ten esta daga y que nadie te vea con ella; cuatro, que nadie te vea con Dina; y la última y la más importante, no dejes que Dina se escape, máatala rápidamente.

¿Qué demonios...? Estaba sorprendido, ellos tenían una estrategia increíble y sabían claramente lo que hacían.

— ¿Entendiste? — preguntó Aarón.

Afirmé con la cabeza, ya que tenía un nudo en la garganta. En unas 24 horas mataría a una persona, y no a cualquier persona, sino a una chica que parecía ser indefensa pero es parte del OTO.

Cada segundo, minuto y hora que pasaba me tenía más preocupado. Recordaba cada segundo las cosas que me dijo Aarón. Ariza se había ido sin decir nada y Aarón me dejó pensarlo y asimilar lo que tenía que hacer mañana.

No había tiempo para entrenar y posponer ya que esta oportunidad no se presentaría otra vez, aunque tenía que saber usar mis manos, hoy estaría todo el día con Aarón.

Luego de pasar horas caminando de lado a lado en mi pequeño apartamento, Aarón me pasó buscando otra vez, esta vez para practicar; solo tomé la daga que me había dado y bajé detrás de él para ir al bosque. Luego de llegar abajo vi a Ariza en el auto; me sonrió.

—Esta vez no dejaré que mi hermano te lastime, iré con ustedes.

—Está bien, así verás cómo le pateo el trasero a tu hermano.

— ¡Uy, qué rudo! — gritó Aarón riendo.

Ariza solo rio; me encantaba verla así, me quitaba toda

ansiedad y nerviosismo sobre lo que pasaba.

No perdimos tiempo, el auto de Aarón iba rápido y no tardaríamos más de cinco minutos en llegar al bosque.

—Espero y hoy estés preparado, aprenderás a usar la daga que te di— dijo Aarón viendo por el retrovisor.

—Está bien — dije girando mi cabeza hacia la ventana.

No quería hablar con él, seguí mirando la ventana del auto; todo lucía oscuro y deprimente. Hace algunos años, el invierno, a pesar de que era oscuro, las personas mantenían la luz y el pueblo a lo lejos se veía increíble, pero este año lo único que brillaba eran los faros y algunos estaban congelados.

—Ya llegamos —dijo Ariza rompiendo con el silencio que parecía flotar entre los tres.

Bajamos y caminamos por donde había pasado con Aarón en aquel entonces, esta vez la nieve terminaba de cubrir las rocas y el frío era increíble, se me hacía difícil respirar; no me imaginaba cómo estará la fiesta mañana.

—Listo, saca ya tu daga, Adam.

—Está bien.

—Mírame, sujétala así.

Él tenía todos sus dedos rodeando la daga, pero su mano estaba volteada; podía ver que sujetándola así lucía más cómodo; de repente el idiota corrió hacia mí

— ¡Rayos!

Di algunos pasos hacia atrás y caí otra vez sobre mi espalda, Aarón se subió a mí sujetando mis manos con sus rodillas.

Miré a Ariza, ella solo estaba parada allí. A pesar de que Aarón no me estaba haciendo nada y todo pasaba en segundo, sabía que Ariza solo se metería si Aarón me

causara una lesión o algún corte; mientras, lo que tendría que hacer es defenderme y sacarlo. Miré a mi alrededor, no había nada que usar, solo la estúpida nieve.

Mientras Aarón seguía sobre mí, con la cuchilla en mi cuello, tomé algo de nieve y la apreté con mi mano haciendo una bola; esto no le haría daño. Antes lo había golpeado en su mandíbula y nada le había hecho, ni tambalear; pero, ¿qué podía perder?

— ¡Vamos! ¿Qué vas a hacer, niñita? — gritó despacio Aarón mientras Ariza seguía parada allí esperando a que yo me levantara.

— Nada — dije.

Cuando él se reía de mí, tomé el puño con el hielo y lo lancé tan fuerte sobre su cara que él se resistió un poco, de inmediato aproveché separando mi espalda del suelo. Di un vistazo a mi alrededor para ver qué podía agarrar para mantenerlo en el suelo y que no se moviera; él cayó. Antes de que se levantara, tomé la navaja que tenía en su mano; la mía había visto que cayó muy lejos.

Me lancé sobre él haciendo que golpeará su cabeza contra la nieve; sabía que eso no evitaría que se levantara, así que lo golpeé en la nariz justo donde él me había golpeado a mí; le hice lo mismo que él había hecho conmigo.

— Bien hecho, Adam — dijo Aarón sonriendo mientras un poco de sangre caía de su nariz.

Me di la vuelta todavía sin dejar que Aarón se levantara; solo quería ver a Ariza, ella estaba sonriendo. Le guiñé el ojo y justo cuando regresaba a ver a Aarón, el idiota había desatado su mano.

—No te distraigas nunca —dijo riendo.

¡Maldición, no otra vez! Él me golpeó justamente en la nariz. Caí a su lado. Esta vez no me había dolido como la primera vez, pero me quedé en el suelo mientras Aarón se levantaba. Ariza corrió a mí.

—Lamento que te hayas distraído por mi culpa. La nariz te está sangrando, Adam.

Pasé mi mano para limpiarme la boca de sangre y solo levanté mi cabeza y la besé.

—Es suficiente —dijo Aarón.

No le prestamos atención, seguíamos besándonos; ya no nos importaba si él estaba o no junto a nosotros.

—Los veo en el auto rápido o tendrán que caminar de vuelta —gritó Aarón.

Ariza separó sus labios de los míos, me levanté y caminamos detrás de Aarón sonriendo. Cuando llegamos al auto, Ariza le pidió que fuéramos al hospital para curar otra vez mi nariz. No sabía qué le diría a la enfermera esta vez, lo de la bicicleta ya no era creíble y menos si se lo repetía.

Minutos más tarde nos detuvimos en el hospital. Me bajé del auto y caminando hacia la puerta del hospital, la enfermera justamente iba saliendo; ella solo hizo un gesto con su boca que me hizo sentir un poco de vergüenza.

— ¡Vamos...! ¿Otra vez te caíste de la bicicleta? — dijo frunciendo el ceño.

—No, esta vez me caí por las escaleras —dije riendo sin parecer un idiota. Ella era amable a pesar de venir yo con la nariz rota por segunda vez.

—Ven, vamos a colocarte otra venda y ver si puedo volver al estado normal a tu nariz, jovencito—caminé con ella a mi lado; Ariza me esperó junto a Aarón en el auto.

Luego de otra visita al hospital por lo mismo, regresé al auto con Aarón y Ariza y me acerqué a la puerta del conductor.

—Gracias, imbécil, ahora la enfermera que me atendió cree que soy un idiota.

—De nada —dijo Aarón sarcásticamente.

Abri la puerta del asiento trasero del conductor y me senté; Aarón condujo directamente al edificio. Llegar era lo único que quería. ¡Maldición! Después de esto no quiero volver nunca más al hospital.

Una vez pasamos todos los semáforos y esquinas de Seward para llegar al edificio Ariza seguía mirándome, pero por su mirada intuí que ella no sabía qué decir; era normal, puesto que su hermano me partió la nariz por segunda vez. Mientras Aarón estacionaba el auto, miró por el retrovisor.

—Mañana es el día.

Me bajé del auto y caminé; sentí la mano suave de Ariza sujetar mi brazo bajando lentamente hacia mi mano derecha.

—Me encantó lo que hiciste con mi hermano —dijo Ariza.

— ¡Rayos, no lo había golpeado tan duro! Pero, bueno, siendo él, creo que tuve mucha suerte —dije queriendo alardear.

Ella se inclinó a mí y luego me besó.

El puño de Aarón y los besos de Ariza eran los únicos que me noqueaban cuando los recibía de sorpresa. Luego de separarnos, Ariza subió las escaleras delante de mí.

—Buenas noches — dijo mientras giraba para seguir subiendo los escalones.

No quería perder este momento, así que la deje subir

mirando su cuerpo lentamente.

Recibí un golpe en el hombro.

— ¡Vamos! ¿En serio? — grité.

Aarón me golpeó la espalda haciendo que por poco me cayera por las escaleras. Lo ignoré luego de que siguió subiendo sin percatarse de que casi provocaba que me lastimara. Seguí subiendo y a los pocos segundos escuché la puerta de Ariza cerrar. Luego de pasar a mi apartamento me acosté sobre la cama, no quería hacer absolutamente nada que no fuese dormir.

Mañana es el día. Recordé las palabras de Aarón una y otra vez hasta quedarme dormido.

* * *

A la tarde del siguiente día era agobiante la presión que sentía, no me dejaba comer; quería terminar con esto. Luego de estar horas sin nada que hacer volteé hacia el reloj de mi sala y solo podía pensar que ya era hora de ir al bosque.

La ansiedad era abrumadora, cada segundo que pasaba en mi apartamento sentía que era más pequeño. Tomé un fuerte respiro. Es hora de tomar las cosas en serio. La policía no haría nada y ella seguiría con esto cuando tuviera oportunidad, hay que acabar con esto.

Tomé aliento y caminé a casa de Ariza. Apenas toqué la puerta, Ariza abrió, parecía que me estuviera esperando. Me sentía incómodo, no se veía feliz de que yo hiciera esto.

—Directo en el corazón — dijo Aarón señalando con sus dedos hacia mi pecho.

Quería hacerlo, pero me era difícil. Aarón tomó las llaves de su auto y se adelantó a encenderlo, se veía ansioso,

disfrutaba esto. Ariza se acercó a mí, colocó sus brazos en mis hombros y me dio un beso suave.

—Tienes que tener cuidado— dijo Ariza sacando sus manos de mis hombros.

Las cornetas del coche de Aarón se escucharon, él estaba muy apurado. Ariza cerró la puerta, bajamos las escaleras y nos subimos al auto. Aarón estaba recostado de la puerta de su auto con un cigarrillo, parecía todo un mafioso. Tiró el cigarrillo a la nieve y subió.

— ¿Están listos? — preguntó.

Ninguno de los dos respondimos. Yo no quería hablar; los nervios hacían que todo mi cuerpo dejara de funcionar. El bosque de la fogata estaba a 15 minutos de mi apartamento. Ariza estaba muy callada mientras yo veía el cielo estrellado acompañando la nieve caer.

—Listo, aquí estamos — dijo Aarón girando hacia mí.
— ¿Estás listo, Adam? — preguntó muy serio.

No podía hablar, no dije nada, no afirmé con la cabeza y tampoco negué, estaba asustado.

Cuando los tres estábamos ya fuera del auto la ansiedad comenzó a apoderarse de mí. Aarón saludó a unos chicos que estaban con él y Ariza se quedó conmigo, Aarón se alejó sonriendo y bromeando con los chicos.

Él sabía actuar, Ariza también; ella sonreía cuando algunas chicas del pueblo pasaban por el frente.

Mis piernas temblaban, sentía que me iba a caer, me recosté del auto, luego una bella Ariza se recostó en mí; coloqué mis manos a su alrededor y nos besamos.

Un lunático corrió semidesnudo enfrente de nosotros con una antorcha, me reí un poco, el sujeto estaba loco. Hacía mucho frío y este sujeto se encontraba con poca

ropa, él se alejó con la antorcha hasta que un resplandor salió de entre los árboles. Encendieron una fogata inmensa en pleno bosque, no tardaría la policía en llegar; Ariza sabía eso, así que nos separamos y caminamos entre los árboles.

—Adam, ya sabes qué vas a hacer — dijo colocando sus manos en mis mejillas. Me dio un último beso y se alejó.

Comencé a buscar a Dina, no tenía que perder tiempo ni tenía que preguntar dónde estaba ella, ya que levantaría sospechas, así que solo la busqué. Había poca luz que venía de la fogata, decidí caminar hacia la misma y vi a Dina bailando sola; como no quería que me vieran con ella esperé a que se alejara de la multitud. Parecía todo un homicida. Pasaron unos cinco minutos, conté cada segundo y Dina por fin se alejó entrando más a la oscuridad del bosque; caminé lo más rápido posible hacia donde estaba, era difícil seguirle el paso. Antes de llegar escuché algunos gritos que me eran muy familiares.

— ¿Sabes que te mataré, verdad? — dijo la voz familiar. Quería saber quién era. Di unos cuantos pasos hacia adelante escabulléndome entre los árboles y ¿qué estaban viendo mis ojos?, era Bill sujetando a Dina por el cuello. No sabía si intervenir; recordé a Aarón decirme que hiciera eso rápido y me aparecí enfrente de ellos.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Adam? — gritó Bill asombrado.

— ¿Tú qué haces aquí, Bill? ¿Por qué tienes a Dina? ¡Suéltala! — grité.

— ¡Adam, ayúdame, Bill es el asesino que mató al chico de la universidad! — gritó Dina.

Es una maldita mentirosa. Aarón y Ariza me dijeron que ellos habían matado a todos; ella solo quería salvarse de Bill.

—Adam, no te metas en esto — dijo Bill volteando a los lados para asegurarse de que no hubiese nadie más.

— ¡No me iré hasta que me digas qué vas a hacer! — grité a Bill. Quería que me contara por qué él estaba haciendo esto.

—Adam, mi hijo, el que viste en la foto, lo mató ella y su grupo, busco venganza. Sal de aquí, no te haré daño, Adam, ¡solo sal de aquí! — gritó Bill.

Di unos pasos atrás; estaba aturdido por lo que dijo Bill, él estaba haciendo lo mismo que Ariza y Aarón.

Cuando me daba la vuelta para irme y dejar a Bill, Dina lo golpeó soltándose de él y corriendo dentro del bosque; Bill cayó y ahora venía yo a terminar con esto.

Comencé a correr detrás de Dina, ella corría muy rápido, supongo que era su adrenalina. No iba a dejar que se escapara; sería el final. Trataba de no golpear las ramas de los árboles, era difícil, estaba muy oscuro y solo la luz tenue de la aurora boreal entraba entre los árboles.

Dina se tropezó con una roca y cayó boca abajo, se arrastró un poco, pero yo ya estaba encima de ella; no sé qué tenía, pero no era yo. Tomé la daga de mi bolsillo y la apuñalé en su pecho tal como Aarón me ordenó. Al ver lo que había hecho y tener mis manos llenas de líquido caliente, me levanté y di unos pasos atrás.

Dina gemía de dolor. Comencé a ver a mi alrededor, no había nadie. La sangre que salía de la boca de Dina era

brillante, estaba completamente asustado, este no era yo, ¿en qué me había convertido? Di unos pasos atrás, pero todo me daba vueltas. Golpeé fuertemente el suelo lleno de nieve, no podía levantarme. Unos segundos después sentía que me movía, abría los ojos y los cerraba otra vez. Veía árboles y luego la carretera. Ya no vi más, todo era oscuro.

CAPÍTULO 9

Desperté en una habitación que nunca había visto, la cama era muy cómoda, no sabía dónde estaba hasta que alguien se sentó junto a mí.

—Gracias — dijo Bill.

No respondí a su agradecimiento, esto no es de agradecer. Me traté de levantar, pero Bill me sujetó del hombro.

—Espera, tengo que decirte algo. Comprendo que tienes algunas dudas, pero esto se puede explicar y sé que tú me dirás por qué mataste a esta chica — dijo Bill.

Bill se levantó de la cama y se sentó en una silla verde que estaba junto a ella.

—Hace algunos años mi hijo desapareció y fue encontrado en el mismo bosque en el que estuvimos anoche, la policía nunca atrapó a los culpables. Eso era muy raro, así que decidí investigar por mi cuenta y supe de la Organización de Traficantes de Órganos; se lo mencioné a algunos oficiales, pero ellos me creyeron loco. En un bar conocí a un oficial que me contó todo esto. Cada vez que desaparece un niño la mayoría de las veces era culpa de la Organización — dijo Bill.

Aclaré mi garganta, pero sin decir nada me levanté y tomé mis zapatos.

—Adam, las veces que viajo no son para vender a comprar productos, es para saber sobre esta organización — dijo Bill.

Cuando se percató de que me levantaba para irme, tomó mi brazo.

—Adam, no soy el único que hace esto — susurró Bill.

Me sorprendí al saber que él no es el único en esto de los vengadores, el notó eso en mi cara.

—Sé de tus vecinos y también su historia, no creas que no sé nada, supongo que estás haciendo esto por la chica o por lástima, eso no me importa, yo sé cosas que tus vecinos no saben. Necesito ayuda, así que quiero que los llames — dijo Bill.

— ¡Ni lo sueñes! — grité.

—No te preocupes, ya lo hice por ti, deberías cambiar tu contraseña del teléfono — dijo Bill riendo como si fuera gracioso *hackear** mi teléfono.

Caminé hacia la puerta del frente y justo cuando me iba alguien tocó el timbre de la casa de Bill, él pasó alrededor de mí y abrió la puerta. Del otro lado estaban Ariza y Aarón. Se veían enojados, esto no les gustaba.

—Bienvenidos, chicos — saludó Bill. Aarón no lo pensó dos veces y entró seguido de Ariza para sentarse en el mueble junto a la puerta.

—Mi esposa fue con mi hijo al mercado, así que solo estamos nosotros cuatro.

— Ya estamos aquí, Bill, habla, ¿qué sabes? — preguntó Aarón.

—Primero, toma esto — dijo Bill tirando la daga que me había dado Aarón. Recordé que lo había dejado en el pecho de Dina.

Hackear*: Se refiere a la acción de explorar y buscar las limitantes de un código o de una máquina.

—Adam la había dejado en la chica que mató, ¡tenían que haberlo visto! Estaba endemoniado, no dejó que la chica rogara — dijo Bill sonriendo.

No estaba orgulloso de esto, me hacía sentir incómodo conmigo mismo. Yo no soy así, nunca mataría a nadie y menos a una chica. Ahora míreme, soy todo un asesino de traficantes de órganos. Aarón me miró molesto, una de sus reglas es no dejar pistas y yo dejé una que por suerte Bill la tomó.

—A lo que vinimos — dijo Ariza molesta, nunca la había visto así.

Bill pasó su mano por su cabello y luego la colocó en su barbilla.

—Sé quién es el líder de este grupo, vive a las afueras de Anchorage, si queremos acabar con esto es preciso cortar desde la raíz —.En una pausa se inclinó frente la mesa— ¿me entienden? — dijo.

Afirmé con la cabeza sin querer, fue un impulso que no podía evitar.

Esto intrigaba a Aarón y Ariza, ya que ellos solo sabían quiénes son los secuestradores, así que esperaron a que Bill dijera algo más.

— ¿Se sorprendieron, verdad? Bueno, lo que quiero es fácil: el domingo vamos los cuatro a las afueras de Anchorage, matamos a su líder y nunca nos volvemos a ver. En especial tú, Adam, yo te dejaré la tienda a ti, ¡será tuya!, yo me iré de Alaska después de que termine esto.

— ¿Quién matará al líder? — preguntó Ariza.

—Yo estoy dispuesto a hacerlo — dijo Aarón levantándose.

Bill se rio, entre nosotros no sabíamos cuál era la gracia que tenía esto.

— ¡Chicos, a ustedes los conocen muy bien! ¡Hasta a mí! No nos han hecho nada porque de alguna forma cuando matamos a los secuestradores les ahorramos dinero a los millonarios. Si no me entienden, la cuestión es que la paga la reciben cuando secuestran a un niño. Ustedes... pues, nosotros, los matamos apenas uno o dos días después del secuestro, gracias al informante, quien también es uno de la organización. Un día había dejado a Adam solo en la tienda y cuando llegué observé la cámara, un sujeto había entrado temprano — Bill volteó a mí — ¿lo recuerdas? El que parecía detective.

No podía responder aún, el sujeto había dicho que era un oficial y resultó ser uno de la organización.

—No te preocupes, ya terminé con él — dijo Bill mientras sujetaba su mirada con Aarón.

—Entonces, ¿quién lo hará? ¿Conoces a alguien? — preguntó Ariza otra vez.

Bill se volteó hacia mí.

—Adam lo va hacer, a él nadie lo conoce — dijo Bill.

No podía ser yo, es imposible hacer esto, sé que maté a Dina fríamente, pero matar al líder no es fácil.

—Es imposible que Adam lo haga, es un debilucho, ¿no lo ves? — replicó Aarón señalando bruscamente.

No me gustaba que Aarón me insultara, quería golpearlo, pero de alguna forma yo no estaba preparado y él tenía razón.

—No podemos involucrar a más personas, tiene que ser Adam. Aarón, tú lo puedes preparar — dijo Bill.

— ¿Qué demonios...? La última vez que Aarón me entrenó casi entro en estado vegetativo. Me prepararé yo solo, quiero acabar con la OTO tanto como ustedes; no será fácil, pero denme un tiempo.

Ninguno respondió, Ariza se acercó a mí y me abrazó sin decir nada.

— ¿Qué OTO, Adam? — preguntó Bill con curiosidad en su rostro.

—Yo le digo OTO a la organización que hace toda esta mierda — dijo Aarón.

—Pues esto tiene que ser rápido, no podemos demorar, es posible que secuestren a otro niño — dijo Bill, esta vez se veía preocupado.

Ariza salió de la casa de Bill y luego lo hizo Aarón; tenía que irme con ellos y justo antes de salir de la puerta, Bill me sujetó del hombro.

—Sé que puedes hacerlo, eres fuerte y capaz — Bill ansiaba acabar con esto, quería que todo fuese normal.

El pueblo todas las tardes estaba solitario, ya nadie caminaba y algunos ni salían de sus casas. Cuando íbamos de camino a donde vivíamos vi que Aarón cambió de dirección.

— ¿Adónde vamos? — pregunté.

—Vamos a casa de Dina, hay una reunión por su muerte, necesitamos estar allí para no levantar sospechas — respondió Ariza.

No dije nada más hasta que llegamos a la casa de Dina. Su madre y padre estaban llorando al lado de su ataúd y algunos chicos de la universidad estaban allí callados.

No me sentía cómodo estando aquí, yo la había matado con mis propias manos y ahora estoy aparentando ser un buen sujeto; esto tenía que terminar. Me acerqué a sus padres, les di mis respetos y me dirigí al auto de Aarón.

Mi corazón latía muy rápido, sentía que iba a darme un infarto. Coloqué mis manos sobre mi pecho y me recosté del auto. Ariza sujetó mis manos y las apartó de mi pecho.

—Adam, tienes que calmarte, sabes lo que ella hacía, no tienes que sentirte así, esto va a terminar y pronto nos iremos lejos — dijo Ariza reconfortantemente.

Ella tenía el don de calmarme, es la cura de cualquier dolor, la amaba y no escuchaba ni veía nada cuando estaba con ella.

* * *

Al día siguiente Ariza tocó mi puerta, tenía una maleta; entró y se sentó en el sofá, tenía puesta una camisa rosada, unos vaqueros ajustados, su cabello estaba recogido y parecía una chica normal.

—Adam, aquí está todo lo que debes saber para el domingo — dijo Ariza abriendo la maleta.

Ella sacó unos papeles enrollados que después de verlos me di cuenta que era un plano de un edificio, tenía anotadas algunas cosas. No sé por qué me puse nervioso, ya sabía que esto iba pasar, pero el hecho de saber que teníamos que planificar por si algo salía mal me ponía la piel de gallina.

—Escucha con atención: tenemos 10 minutos para hacer esto, sé que no es mucho, pero no durará tanto. Bill, Aarón y yo estaremos afuera de este edificio por si algo sale mal.

—¿Qué haré yo?

—Adam, tú entrarás por la puerta principal, preguntará por Debon; diles que necesitas cobrar un favor. Una vez que estés dentro cuenta cuántos sujetos hay y si están armados. No es un edificio muy grande, como puedes ver.

Debon es el líder, lo que sabemos es que él está en el segundo piso, todo lo que tienes que hacer es eso. Por favor, ten mucho cuidado.

—Estoy listo, quiero hacerlo — dije con mi voz de confiado. Sabía que no estaba preparado, pero no quería que ella lo supiera.

Nos levantamos del sofá; Ariza entrenaría conmigo para mañana solo para aprender algunas cosas.

Tomé mi abrigo y bajé las escaleras junto a ella; esta vez no tendríamos que ir al bosque, sino en un lugar para boxeo cerca de la universidad. Ariza tomó las llaves de Aarón y nos dirigimos a toda velocidad al lugar.

—Me encanta verte manejar —dije para cortar el silencio entre nosotros.

Ella volteó a mí y sonrió; fijó sus ojos en la calle.

—¿Sabes manejar? — preguntó.

—Por supuesto, manejo mi bicicleta.

Ella rio entre dientes.

—No, la verdad no sé manejar; como ya sabes, nunca tuve a alguien que me enseñara.

Ella tuvo un gesto de tristeza en su rostro y subió sus hombros.

—Pues mañana, Adam, yo te enseñaré a manejar, ¿qué dices?

—Por supuesto, estoy de acuerdo, tendré a la profesora de manejo más hermosa del mundo.

—Pues espero que no te desconcentres.

Reí un poco junto con ella; noté que fijó sus ojos en el lugar dándome a entender que ya habíamos llegado.

Luego de bajarnos del auto y entrar en el salón completamente vacío y sin luz, Ariza, que estaba conmigo, había desaparecido.

— ¡Ariza! — grité varias veces; no escuché que me respondiera, estaba comenzando a preocuparme, cuando de repente las luces se encendieron y todo parecía un domo de artes marciales.

“Era aquí donde me tendría que traer Aarón para entrenar” me dije a mí mismo.

Ariza salió de una puerta azul, he allí donde estaban los interruptores de la luz. Ella tomó su bolso, sacó unos guantes negros de cuero y me lanzó dos hacia mí.

—Póntelos —dijo mientras me daba la espalda y subía al cuadrilátero.

Y es ahí donde comenzó todo. Escuchaba en mi cabeza la canción de *Rocky Balboa*^{*}, mientras subía donde se encontraba ella.

Ariza comenzó a estirarse y yo me reía tratando de hacer lo mismo. Se acercó a mí y golpeó mis puños con los de ella.

— ¡Vamos!— dijo antes de tirar un golpe que venía hacia mí.

— ¡Rayos! — grité— tranquila, no te quiero hacer daño.
— Ella rio.

—Tranquilo, puedo soportarlo.

Cuando ella se acercó a mí rápidamente para el segundo golpe, la sujeté como había hecho con Aarón, pero esta vez hice algo que no haría con él y es besar su boca. Se detuvo. Dejé que se volteara hacia mí y luego sentí cómo un golpe casi rompía mis costillas. Caí al suelo, ella se acercó y me besó.

Rocky Balboa^{*}: *Es un personaje de ficción creado e interpretado por SylvesterStallone. El personaje es un boxeador italoamericano.*

—No estoy jugando, bebé — dijo riendo incrédulamente.

Entre descansos y golpes hacia los costales de arena había entrenado lo suficiente y veníamos de regreso al edificio. Ariza se ofreció a enseñarme a conducir mañana antes del domingo; mencionó ir a las vías de Anchorage, allí las calles eran amplias y pocos autos pasaban.

* * *

En la tarde del día siguiente íbamos de camino al lugar que había dicho Ariza con el auto de Aarón.

—Vamos, toma el volante y presiona el acelerador — dijo Ariza señalando donde se encontraba los frenos. Me bajé del lado del pasajero del auto y me coloqué enfrente del volante; estaba emocionado y podía ver a Ariza estarlo también.

—Ten cuidado, despacio. Presiona el acelerador.

Afirmé con la cabeza y coloqué mi pie encima del estúpido acelerador cuando el auto comenzó a andar a toda velocidad.

— ¡Despacio, Adam! — gritó Ariza sujetando mi brazo.

Segundo intento y hasta ahora nadie había muerto, pero mi corazón salía de su lugar. Respiré profundo y lo intenté otra vez; ahora definitivamente estaba bien, el auto iba despacio, pero estaba bien. Un venado súbitamente se cruzó enfrente del auto y presioné el freno provocando que Ariza por poco se golpeará. Volteó hacia mí.

—Lo mismo con los frenos, písalos despacio.

—Tercer intento — dije en mi mente.

Mantuve presionado el acelerador y poco a poco lo presionaba más.

—Ya lo tienes — dijo Ariza besando mi mejilla.

¡Maldición! Perdí el control y frené rápidamente haciendo que ella cayera sobre mis piernas. Me relajé un poco, solté el volante y teniendo Ariza allí me quité el cinturón de seguridad y me agaché para besarla; ella no se resistió, pero sí se levantó. No sabía dónde estábamos en este momento, pero no me importó; seguimos besándonos en el auto sin preocuparnos de lo que pasaba a nuestro alrededor.

CAPÍTULO 10

El domingo llegó sin darnos cuenta, Aarón tenía todo listo, Ariza lucía muy asustada y Bill no tenía ningún gesto en su cara. Estábamos yendo directo a mi suicidio.

El camino era largo y había mucha tensión. Nadie se miraba, ni siquiera Ariza me miraba, ella solo observaba por la ventana a mi lado. Mi corazón latía cada vez más fuerte cuando veía los letreros indicando que faltaba poco para llegar. No quería morir, pero si iba a hacerlo, entonces esta es la oportunidad. El auto se detuvo, miré alrededor y solo había edificios; de inmediato reconocí a cuál tenía que entrar, abrí la puerta y apenas cuando estaba saliendo Bill me dio la buena suerte; vi a Ariza que se encontraba llorando, esto la tenía muy asustada, mi vida podía terminar justo ahora.

Respiré con fuerza y comencé a caminar hacia la puerta, la abrí y alguien se cruzó enfrente. Sabía que tenía que estar calmado, así que solo me quedé parado allí esperando a que el sujeto dijera algo, pero no lo hizo, solo me dejó entrar. Recordé lo que me había dicho Ariza acerca de ver cuántos sujetos había, solo estaban dos por ahora. El ascensor se abrió y decidí entrar, uno de los sujetos me siguió.

— ¿Vienes a ver al señor Devon, verdad? — preguntó el hombre a mi lado. Él era de mi altura, lucía algo mayor, bastante mayor.

— Sí, vengo a cobrar un favor — respondí calmadamente.

Un sonido se escuchó en el ascensor, estaba indicando que habíamos llegado al segundo piso justo como Ariza había dicho. Antes de salir el sujeto me revisó para ver si tenía algo, gracias a Dios no cargaba nada; sabía que esto iba a suceder, así que no tomé nada. Al llegar salí del ascensor y caminé por un pasillo con poca luz hacia una puerta que estaba medio abierta; la ansiedad se disparó y sentía que no podía caminar.

Un hombre mayor abrió la puerta dejándome pasar. Cada paso que daba eran mil latidos que sentía en mi pecho. En la habitación estaban tres sujetos, uno se encontraba sentado en un sofá de cuero rojo y los demás sentados en un minibar en la misma habitación, lucían un poco mayores y estaban vestidos con trajes.

—Siéntate, muchacho, tenemos mucho de qué hablar.

¿Qué rayos...? ¿De qué iba a hablar este sujeto conmigo? No lo conocía y él quería hablar conmigo, supongo que me quería contratar para matar. Me enfadé, pero mantuve la calma y me senté. Los dos sujetos se levantaron y se fueron mirándome, algo raro estaba pasando y no sabía que era.

Una vez que se fueron reconsideré las opciones con las que podía matarlo. Mis ojos se fijaron en una espada colgada en la pared, se veía vieja, supongo que es de alguna tribu de Alaska.

—Esa espada es muy antigua, muchacho, la compré hace mucho tiempo — dijo levantándose y caminado al bar mientras tomaba una copa y whisky.

Me levanté y tomé la espada de la pared.

—Parece que te gusta, ¿verdad? — curioseó él con una de sus cejas levantadas.

—Un poco — le confesé sacándola de su estuche; estaba afilada.

¿En qué me había convertido? En este preciso momento mataría a un líder y, algo que es muy raro, es que hasta ahora todo parece ser muy fácil. Su voz interrumpió mis pensamientos.

—Sé a qué vienes aquí. Sé quién eres y lo que buscas y estoy dispuesto a aclararte todo — dijo.

Él se veía calmado, no entendía por qué si él sabía que venía a matarlo, ¿por qué me dejó pasar? Es momento de terminar con todo el drama. Tomé bien la espada y corrí para incrustársela en el pecho.

Mientras corría hacia él, se hallaba sorprendido. Antes de que su copa de whisky cayera al piso, la espada se había incrustado en su pecho. Mis manos temblaban, lo miraba a los ojos, se veía confundido, no sabía que esto iba a pasar. Dejé la espada en su pecho y comencé a correr por el pasillo. Mientras llegaba al ascensor un sujeto entró a la habitación.

— ¡No lo dejen ir! — gritó alguien de la habitación, él seguía vivo; tenía que haber esperado que muriera, ¡maldición!

No podía esperar a que el ascensor llegara, así que tomé las escaleras de emergencia, alguien me seguía. Apenas llegué no miré atrás, me subí al auto y Aarón arrancó, íbamos a toda velocidad.

— ¿Lo hiciste? ¿Lo mataste? — preguntó Bill varias veces.

Solo afirmaba con la cabeza, no podía hablar, estaba en shock.

—Nos están siguiendo — dijo Aarón.

Volteé mi cabeza para ver y nos venía siguiendo una ca-

mioneta enorme a toda velocidad, estábamos en una persecución donde parecía que los malos éramos nosotros. La camioneta golpeó la parte de atrás del auto, Bill sacó una pistola de maleta y salió de la ventana una y otra vez. Se escuchaban disparos, todo estaba oscuro y se veía que éramos los únicos en la carretera.

— ¡Aaron, vamos! — gritó Ariza. — Adam, ¿estás bien?

— Sí, sí lo estoy, solo salgamos de esto.

Bill seguía disparando, hasta que un silencio se hizo presente. En segundos se escucharon unos neumáticos resbalar detrás de nosotros; cuando volteé la camioneta explotó dejándome ciego por unos segundos. Luego un fuerte grito se escuchó en el silencio.

— ¡Aaaaaaron! — gritó Ariza. Prontamente todo tornó oscuro.

No podía mover mis piernas, todo a mi alrededor parecía eclipsado, solo sabía una cosa: estaba en la nieve. Mi respiración cada vez era más lenta, no me llegaba el aire, no sentía mi cuerpo, solo el frío que adormecía mi mejilla. Cerré los ojos y solo esperaba a que los demás estuvieran bien.

CAPÍTULO 11

Desperté en el hospital. Reconocía este lugar por su olor a medicina y detergente barato. La cama estaba cómoda y alguien sujetaba mi brazo; eché un vistazo a ver quién era, estaba sorprendido al poder distinguir a mi madre. La ubicaba sentada en una silla, estaba dormida, así que me moví un poco para despertarla.

— ¡Oh, Adam, despertaste! ¡Cuánto te extrañé! ¿Estás bien? — dijo mi madre llorando. Estaba cansada, no sabía cómo ella había llegado tan rápido a Alaska.

— ¿Cuánto tiempo estuve así? — pregunté confundido. Comenzaba a sentir mis brazos y piernas, gracias a Dios no me había pasado nada.

—Estuviste dos días en coma, el doctor dijo que tardarías en despertar porque habías tenido un fuerte golpe en la cabeza. Tus amigos están bien, solo que el chico está en urgencias porque el auto en el que iban se estrelló contra un árbol y su lado fue el más afectado. Todavía no me han explicado cómo te encontraron en el suelo, Adam — dijo mi mamá.

Estaba muy confundido, recordaba una y otra vez cuando Ariza gritó.

—Adam, tenemos que hablar, sé que puede esperar, pero no soporto más. . . Esto necesito decírtelo.

—Puedes decirme, estoy bien — dije mientras me levantaba con cuidado de no provocarme un dolor inquietante.

Ella colocó su mano en su bolsillo, sacó una fotografía y la colocó en mis manos.

Un sujeto estaba en la foto, se veía joven, pero sabía quién era, todo a mi alrededor se nubló; hasta mi corazón se volvió loco, palpitaba una y otra vez con tanta velocidad que la máquina no dejaba de pitar. Mi madre se levantó y justo cuando iba a llamar a la doctora yo la detuve.

—Mamá, estoy bien, ¿quién es este señor? — pregunté.

—Él es tu padre, Adam, y fue asesinado el domingo, justo el día del accidente. La policía no tiene pruebas de quién lo hizo, no tienen nada, pero no se detendrán hasta saber quién lo hizo.

Ella estaba llorando, sabía que estaba enojada por saber que mi padre había muerto. Seguía amándolo, pero ¿por qué? ¿Por qué seguía amándolo? ¿Cómo le decía que fui yo quien maté a mi padre? Todo me daba vueltas. ¡Dios! Por eso él había dicho que tenía mucho de qué hablar y todas esas cosas que dijo.

Bill sabía esto y supongo que se lo contó a Ariza y ella dejó que yo lo hiciera, por eso fue tan fácil entrar y hacer todo esto solo. Estaba enojado, quería que me explicaran.

Mis manos apretaban las sábanas con rabia, pero mi madre sujetó mis dos manos y las unió.

—Adam, tu padre era un buen sujeto, él se alejó de nosotros porque nos amaba. Antes de que nacieras unos sujetos entraron a casa y golpearon a tu padre muchas veces, querían golpearme a mí, pero él me defendió, no dejó que nos hicieran daño.

—Pero, ¿por qué si él era tan bueno hacía estas cosas con los niños? ¿Por qué es el líder de OTO? — dije mientras aún sujetaba mis manos. Mi madre sorprendida se

quedó sin hablar, ella no esperaba que yo supiera eso.

Estaba muy confundido, mi corazón seguía latiendo muy fuerte. Una enfermera entró y me inyectó algo en el brazo, dijo que necesitaba descansar.

En segundos mis ojos se cerraban solos. Antes de que durmiera, un cálido beso en mi mejilla se sintió dejándome con un alivio.

* * *

Abrí lentamente mis ojos todo estaba oscuro. Había una carpeta en una mesa junto a la cama, no sabía qué día era ni cuánto tiempo estuve aquí, no había nadie a mi alrededor. Tomé la carpeta y la abrí; había dos sobres, estaban cerrados. Uno decía el nombre de mi madre y otro decía mi nombre. Abrí el mío, no podía esperar, estaba desesperado por ver qué tenía.

Saqué una hoja de ella, no había nada más, le di vuelta.

“Para mi hijo:

Perdóname, perdóname por no estar a tu lado, por no ser la figura paterna que necesitabas, lamento decirte que esta carta no la escribo para que me busques, la escribo para despedirme, necesito que sepas la verdad de mi pasado y el porqué de no estar junto a ti y tu madre, no sé cómo decírtelo, temo que si llegaras a enterarte creerías que es cierto pero no es así. Quisiera hacerte entender que todo es mentira, tuve una vida de fracasos donde me endeudé y no podía salir de allí, tu madre me sacó del mundo en el que estaba antes de que fuera tarde, pensábamos que así sería pero nos equivocamos, las amenazas continuaron y justo cuando nos enteramos que te tendríamos, el miedo de perderte a ti y a tu madre llegó a la puerta; no podía hacer nada, Adam, excepto alejarme y pagar las deudas de la peor forma posible; escucharás que soy el culpable de secuestros y asesinatos pero quiero que sepas y me creas, todo es mentira. Me duele solo pensar que algún día te enterarías y yo no podría estar allí para aclararte las dudas. Cuida a tu madre Adam, perdóname por fallarte y abandonarte por mi pasado. Sé que eres un joven maravilloso y no seguirás los pasos que yo he seguido, que terminarás pronto tus estudios, lamento no ayudarte a pagar la universidad, ni ayudarte a aprender a andar en bicicleta, no sé cómo decir adiós ya que no sé si esta carta te llegará antes de que yo muera, pero me hubiese encantado mirarte a los ojos y decirte lo mucho que te amo,

Adiós Adam.”

Las lágrimas caían por mi mejilla y terminaban su viaje en la hoja. Mi padre no era un asesino, solo se culpaba de esto para salvarnos. Estaba enojado conmigo mismo, yo lo había matado.

Bill y Aarón sabían que él era mi padre, hasta Ariza. No quería seguir estando en la cama sin hacer nada, estoy cansado de esto. La puerta se abrió y Ariza entró, ella se veía triste y agotada, tenía en su frente una banda y sus brazos estaban rasgados, dio algunos pasos y colocó su mano en su hombro.

—Adam, quiero decirte algo. Pero, primero, quiero que sepas que te amo, solo quiero que lo entiendas — dijo antes de contarme lo que ya sabía. Yo me levanté.

—Ariza, yo ya lo sé todo.

— ¡Sabes que eres el único que podía acabar con esto!

Tomé la carta que se encontraba en la cama y golpeé con ella en su pecho, quería que ella se enterara de lo que había hecho. No quería hablar con ella ni con nadie más. Salí de la habitación donde estaba y caminé por el frío pasillo.

No miré atrás; escuché a mi madre, gritaba mi nombre, pero no quería detenerme; escuché unos pasos que venían detrás de mí, ella me detuvo.

—Adam, no puedes caminar, ¿a dónde vas? — preguntó mi madre.

— ¡Solo quiero salir de aquí! ¡No quiero estar aquí!
— grité apartando su mano de mi pecho. Ella se quedó parada allí contraída llorando, eso fue lo último que vi mientras me alejaba del hospital.

Ya no tenía miedo de caminar en la noche, me tenía miedo a mí mismo; me convertí en otra persona, no soy así. Maté a una chica, a mi padre que solo trataba de defenderme y, lo peor, no dejé que pudiera decirme la verdad antes de matarlo.

Aunque el apartamento no se encontraba cerca tenía que ir para buscar algo que ponerme; caminaba por las calles y en ninguna esquina podía ver a alguien que me ayudara. Subí las escaleras y golpeé la puerta hasta abrirla, una vez dentro de mi apartamento caminé a mi habitación; mis ojos se fijaron en un papel que se encontraba junto a la cama.

¡Maldición!

Lo tomé en mis manos. Cuando miré lo que tenía recordé que era el papel que Ariza había dejado en la bolsa con el regalo del día de mi cumpleaños.

La rabia sacudía mi cuerpo, arrojé todo al piso, caminé hacia la sala y todo lo tiraba; me había vuelto loco, no quería estar más en mi apartamento. La rabia me agotaba y estar en mi apartamento me dejaba sin aire. Salí sin ponerme nada en los pies, estaba descalzo y cada paso que daba en la calle me dolía. Sentía que alguien me observaba. Cada vez que volteaba no veía a nadie. Me detuve. No podía caminar y me senté en un banco junto a un árbol. Cerré mis ojos por unos segundos hasta que escuché a alguien acercarse, cuando volteé a ver quién era no podía creer lo que estaba viendo: era la misma anciana de aquella noche y venía con su perro. Ella se sentó a mi lado.

— ¿Recordaste lo que te dije? “Tristeza y oscuridad

vendrán a ti”, y veo que así fue. Toma esto, las necesitarás adonde vayas — dijo la anciana sacando unas botas de su bolso.

Ignorando la escalofriante predicción de la anciana tomé las botas de sus manos que no podía rechazar, me las coloqué con cuidado; caminar en la calle había provocado que la piel se rasgara con el asfalto congelado. Me levanté y comencé a caminar adentrándome en el bosque, ya que las sirenas de la policía comenzaron a escucharse; mi madre había llamado al 911, pero ya era demasiado tarde.

Le temía a la oscuridad del bosque, la luz de la espesa luna recorría mi cuerpo frío dejando mi sombra en los árboles, los pasos que daba sentía que me acercaban a mi destino. ¡Y pensar que sería feliz con Ariza! No podía saber qué era más doloroso: la muerte de mi padre a manos de su propio hijo o ser engañado por el amor de mi vida.

Podía sentir sus voces en mi oído, entre la lejanía del bosque podía escuchar que gritaban mi nombre, no reconocía sus voces, pero no me importaba, no quería detenerme, no quería morir, no le tenía miedo a la muerte, le tenía miedo a saber que no terminé mis sueños.

Si la muerte es lo interminable, pues la muerte ganó todos mis sueños no cumplidos.

Mis pensamientos se cruzaban con el poco aire que me quedaba. ¿Qué más podía hacer? En mi mente todo daba vueltas, no tenía a nadie, no podía ver a mi madre a la cara, y el momento cuando maté a mi padre volvía una y otra vez a mi mente.

Los pinos eran enormes, cubrían el cielo estrellado y la aurora boreal. Cada paso que daba era ahogador, sentía la sangre húmeda en mis pies. Alcé mi cabeza y estaba enfrente de un lago completamente congelado, caminé hacia una roca cerca y me senté allí. Cerré mis ojos e imaginé que todo esto era un sueño, pero no podía despertar de algo que se convirtió en una pesadilla. Me levanté y caminé sobre el lago congelado y con cada paso que daba se escuchaba el hielo partir hasta que me encontraba dentro del lago. Miraba hacia arriba, solo veía la luz de la aurora boreal brillar encima del agua, estaba hundiéndome poco a poco en la oscuridad del lago. Mis ojos se cerraron de repente, todo lo que me había pasado desde el momento en el que sonó el despertador aquella mañana hasta ahora se había cruzado recordando a todos y por unos segundos la imagen de mi padre quedó en mi mente. Mi corazón solo se detuvo.

ÍNDICE

DEDICATORIA	9
CAPÍTULO 1	11
CAPÍTULO 2	31
CAPÍTULO 3	49
CAPÍTULO 4	71
CAPÍTULO 5	89
CAPÍTULO 6	103
CAPÍTULO 7	111
CAPÍTULO 8	133
CAPÍTULO 9	149
CAPÍTULO 10	159
CAPÍTULO 11	163

Adam un joven de 19 años que vive en un apartamento pequeño de un pueblo de Alaska llamado Seward; él es uno más del montón, no destaca en clases, trabaja para pagar sus estudios y sus necesidades, sin novia y sin muchos amigos. Vive su vida normal, hasta que llegan sus nuevos vecinos. Ellos le dan un giro inesperado a su vida y deberá decidir si sigue con su patética existencia, o se arriesga a jugar al héroe.

